
HARLEQUIN
Bianca™
Margaret O'Neill
REMEDIO PARA UN CORAZÓN

Bianca™

REMEDIO PARA UN CORAZON

Margaret O'Neill



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Remedio para un corazon, n.º 1161 - septiembre 2019
Título original: A Family Concern
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1328-657-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

LA SALA de espera estaba casi llena. Todo el mundo tosía y estornudaba. No había nadie en la recepción de la consulta.

Gemma esperó pacientemente, mientras se decía a sí misma que aquella era la pequeña consulta de un pueblo rural de Dorset. No podía esperar la acelerada eficacia de la gran ciudad.

–A lo mejor tiene que esperar mucho –le dijo uno de los afables tosedores, con la voz tomada y ese característico acento de la zona–. El doctor Sam está solo. El viejo médico está atendiendo una emergencia, Ellie está enferma y la señora Mallory no podrá venir en un tiempo.

Aquella mina de información era un anciano de la zona, que esperaba pacientemente a ser atendido. Sonrió amigablemente a Gemma y ella también le sonrió.

–¿No sabe cuánto puede tardar?

–Pregúntele al doctor ahora –dijo el anciano y señaló con la mirada la puerta que se acababa de abrir.

Allí apareció un hombre alto y rubio, que se inclinaba sobre la viejecita que salía de la consulta. La mujer llevaba un audífono y el médico tenía que subir la voz para que lo pudiera oír.

–Vuelva dentro de un par de días, señora Bryce, si las pastillas no funcionan. Si no puede llegar hasta aquí, no dude en llamarme y yo iré a su casa.

Gemma se dio cuenta entonces de que estaba en un lugar perdido de la civilización, donde los médicos todavía visitaban a los enfermos.

La anciana le dio unas palmaditas.

–No lo haré a menos que sea absolutamente imprescindible, doctor. Ya me conoce. Me gusta andar de acá para allá –se apoyó en el bastón y se alejó pasillo abajo hacia la salida.

Gemma le abrió la puerta y la anciana asintió.

–Gracias, querida.

El médico atravesó la sala y se dirigió hacia el mostrador. Sacó el libro de citas y sonrió a Gemma.

–¿Tiene...? –el teléfono comenzó a sonar en ese momento–. Un segundo. ¿Diga? Sí... ya... Pam, lo que tiene que hacer es mantenerla caliente. Que beba mucho líquido. Alguien irá a verla en cuanto nos sea posible.

Escribió unas cuantas notas en el cuaderno que tenía al lado y volvió a mirar a Gemma.

–Lo siento. Ahora, dígame, ¿en qué puedo ayudarla? ¿Tiene una cita concertada? –tenía una hermosa voz, matizada con un ligero acento de Dorset, además de unos maravillosos ojos azules, ensalzados por una espesa mata de pestañas oscuras.

–He venido a registrar a mi hija y a mí en su consulta. Acabamos de venirnos a vivir aquí. Pero, si está muy ocupado, tal vez debería volver en otro momento…

El doctor sonrió. Sus ojos también sonreían.

–Si pudiera volver más tarde sería mucho para mí. Estamos un poco cortos de personal esta mañana.

–Ya lo veo… Bueno, ¿necesita ayuda? –la sugerencia salió sin pensar, y la sorprendió a ella tanto como al doctor–. Soy enfermera y tengo experiencia como recepcionista.

Las amables maneras del doctor cambiaron de inmediato.

–Gracias por su amable oferta, pero, como comprenderá, no puedo admitir aquí a cualquiera que se presente asegurando estar cualificado, señora…

–Señora Fellows –dijo ella secamente. Se había ruborizado–. Claro que no puede… Ha sido solo una estúpida sugerencia. Podría ser una adicta a las drogas, o una criminal cualquiera. Lo dejo, doctor. Luego vendré.

Sam Mallory la vio darse la vuelta y la siguió con la mirada. Sin querer, reparó en lo atractiva que era: tenía el pelo caoba, largo y sedoso, y los pantalones se le ajustaban sugerentemente. Estaba furiosa, probablemente, no solo con él, sino con ella misma también.

El doctor se apresuró hacia la puerta y le interrumpió el paso.

–Lo siento. He sido un estúpido –le dijo–. Está muy claro que no tiene nada que ocultar, pero hoy en día hay que ser precavido, incluso en un pueblo como Blaney St. Mary.

Gemma respiró profundamente.

–Sí, claro –dijo–. No se preocupe. Mensaje recibido. Vendré esta tarde a registrarme.

–¡No! –le tocó el brazo. Su tacto era suave, pero Gemma sintió el calor de sus dedos y se estremeció–. ¿Tiene a mano su certificado de estudios?

–Sí, claro. También tengo mi currículum y mis referencias. ¿Por qué? –aquel preciado documento había sido lo primero que había sacado del equipaje y había puesto en lugar seguro.

–¿Podría traerlo? Si vive en el pueblo, no estará muy lejos de aquí.

Gemma frunció el ceño.

–Vivo al otro lado de la explanada de césped, pero…

–Por favor –le rogó él–. Realmente, necesitamos ayuda. En este momento estamos sin enfermera y sin recepcionista. Es usted como un regalo del cielo. Le ruego me de la oportunidad de resarcirla por mis malos modales.

Gemma trató de tragarse el nudo que se le había puesto en la garganta.

–¿Me está ofreciendo un trabajo o solo necesita a alguien para esta tarde?

–Me valen las dos cosas –el teléfono sonó en ese momento–. Tengo que contestar. Vuelva con todo lo necesario y charlaremos. ¿Qué le parece en tres cuartos de hora? Para entonces ya habré terminado de ver a casi todos los pacientes y mi padre estará de vuelta.

Gemma salió en dirección a su casa, con la sensación de estar flotando. No estaba soñando, pero la conversación con el doctor le había parecido un sueño. De pronto, como por arte de encantamiento, había resuelto el mayor de los problemas: el de encontrar un trabajo. Pero, aquello solo podía haber ocurrido en un lugar como Blaney St. Mary.

A la muerte de su tía Marjorie, con la que solo había mantenido correspondencia en Navidad, esta le había dejado su pequeño adosado, bajo la condición de que ocupara la casa. Eso la había obligado a marcharse de Londres, lo que no era más que un pequeño precio a pagar por una casa libre de hipoteca. Por fin podría vivir en un lugar decente y no en un pequeño y desaliñado apartamento en la gran ciudad, un lugar que Daisy podría llamar hogar.

Alzó la vista hacia las elevadas torres del colegio y rogó porque su pequeña hija se estuviera adaptando al nuevo colegio. Había sido, sin duda, un gran cambio, acostumbrada al enorme colegio en el que estudiaba. Pero Daisy no había puesto ningún problema al dejarla a cargo de la directora, Joy Scott. Daisy era una niña feliz. Seguramente, había sido Gemma la que había estado más nerviosa.

En una inversión del papel de madre e hija, había sido la pequeña la que había animado a su madre con unas cuantas palmaditas en la espalda.

–Estaré bien, mami, no te preocupes por mí. Me encanta esta escuela. Es como una casa de muñecas.

Gemma le había apretado cariñosamente la mano.

–Estoy segura de que estarás muy bien, cariño –le había dicho y había posado un dulce beso sobre su mejilla redondeada–. Estaré aquí a las tres para recogerte. No vayas a ningún sitio hasta que yo llegue.

La señorita Scott había intervenido para tranquilizarla.

–No se preocupe. Siempre hay personal encargado de que los niños estén bien y no salgan del colegio hasta que los padres los recogen.

Convencida de que la niña estaría perfectamente, Gemma se encaminó finalmente hacia la casa, atravesó el pequeño jardín de entrada y abrió la puerta.

Sobre el escritorio del salón había dejado todos los documentos importantes, entre los que estaban su título, su currículum y sus referencias.

Miró una de las cartas de recomendación, la de Jonathan Willet, su jefe en el hospital de Nine Elms, y sintió cierta nostalgia.

Pero fue solo un breve momento de debilidad. En realidad no se arrepentía en absoluto de haberse marchado de Londres. Había dejado allí a unos cuantos buenos amigos que, de vez en cuando, irían a visitarla. Pero, realmente, no los iba a echar de menos, porque, generalmente, Daisy y ella estaban solas.

Una madre sola con un pequeño bebé no tiene ni tiempo ni energía ni dinero para salir demasiado. Sus amigos, hombres o mujeres, solían estar ocupados con su trabajo o con sus relaciones de pareja. Y su relación con ellos se había limitado a esporádicas y ocasionales visitas mutuas.

De pronto, todos aquellos recuerdos hicieron que las lágrimas afloraran. Al principio lo había pasado muy mal y habría necesitado el apoyo de sus padres. Pero ninguno de los dos estaba cerca. Divorciados y en muy malas relaciones, cada uno de ellos se había ido a vivir a lados opuestos del mundo.

–Ya está bien –se dijo a sí misma mientras se servía un café–. ¡Deja de sentir pena por ti misma! Estamos viviendo en una casa estupenda y, encima, estoy a punto de conseguir trabajo. Además, puede ser un trabajo estupendo, con médicos a los que realmente les importan sus pacientes.

Dos tazas de café después, se preparó para visitar al doctor Mallory, doctor Sam, como lo llamaban los del pueblo. La idea de volver a ver al joven doctor le dio un vuelco al estómago.

Al llegar, la sala de espera estaba vacía, con la excepción de un hombre alto, rubio y con las sienes canosas que miraba el libro de citas.

Levantó la cabeza y miró a Gemma. No había duda de quién era. Tenía los mismos ojos que su hijo.

Sonrió, una sonrisa abierta y generosa.

–¿Es usted la señora Fellow?

Gemma se sorprendió ante el reconocimiento.

–Sí. ¿Cómo lo ha sabido?

El hombre alzó las cejas.

–Es usted una extraña y no estamos acostumbrados a ver nuevas caras por aquí muy a menudo. Además, mi hijo me comentó que vendría y la descripción que me dio encaja exactamente con usted.

Gemma se preguntó qué le habría dicho el joven doctor.

–¡Vaya! –dijo ella–. No me imaginaba que podría estar llamando tanto la atención.

El doctor Mallory se rio.

–Bueno, ¿qué le parece si pasamos a mi oficina y charlamos un rato mientras Sam viene? Estará aquí en breve, está con su último paciente.

La oficina tenía una gran ventana que daba al jardín. Desde allí, se veía un gran tejado rústico de piedra y una vieja chimenea que se alzaba entre las copas de los árboles.

–¡Qué bonito es esto! –dijo ella.

El doctor se volvió hacia la ventana.

–Es nuestro pequeño huerto. Este año ha florecido mucho y muy pronto. Vivimos ahí. Eso que se ve, es caña. Yo nací aquí y mis niños también. No me puedo imaginar a mí mismo viviendo en ningún otro sitio, aunque, la verdad es que es un sitio demasiado grande. Pero mi mujer, Sam y yo vivimos muy a gusto. De vez en cuando, se llena de nietos, eso sí.

Su voz era cálida y agradable y parecía orgulloso de su familia. Por lo que acababa de decir, Sam todavía vivía con sus padres, lo que era sorprendente para un hombre de treinta y tantos años.

Seguramente, tendría una parte de la inmensa casa, donde podría tener a su propia familia.

Gemma puso freno a su pensamiento, sin atreverse a preguntarse qué la había llevado a determinadas preguntas que no la atañían. La vida personal del doctor no era asunto suyo.

–¿Tiene una familia muy grande, doctor Mallory? –le preguntó.

–Otro hijo y dos hijas, todos ellos casados y con descendencia. Pero no quiero aburrirla con estúpidas historias familiares. Por favor, tome asiento y cuénteme lo que considere oportuno sobre usted. ¿Dónde estudió?

Gemma respiró profundamente y se sintió segura. Aquel era su terreno y podía manejarse perfectamente.

–En City Central, pero durante los tres últimos años he estado trabajando en un centro de salud de Londres, como enfermera. Tengo una carta del último lugar en el que trabajé. Es del doctor Willet –sacó la carta y su currículum.

–¿Jonathan Willet, un médico de mi edad?

–Sí.

El doctor sonrió.

–Estudiamos juntos y coincidimos en un par de cursos. Es un tipo estupendo –agarró la carta–. Veamos que tiene que decir mi viejo amigo sobre usted, señora Fellows.

Gemma se ruborizó.

–Ha sido muy generoso conmigo.

–Nada que usted no se haya merecido, de eso estoy seguro –se puso las gafas y leyó la carta, hasta que alguien llamó a la puerta–. Ese debe de ser Sam. ¡Pasa!

El hombre esperó a que su hijo entrara.

–Sam, mira. Es una carta de referencia del doctor Jonathan Willet. La señora Fellow trabajaba para él –le entregó la carta a su hijo.

El joven doctor sonrió y tomó el documento de manos de su padre. En realidad, tenía los ojos de un azul más vivo que su padre y era ligeramente más alto.

Leyó de arriba a abajo la carta y sonrió.

–¡Estoy impresionado! –dijo–. Está claro que al doctor Willet le costó desprenderse de usted, y que a usted también le costó irse de allí. Pero, entonces, ¿por qué se ha venido a Blaney St. Mary, señora Fellow?

–He heredado una casa de mi tía abuela, la señora Rivers.

–¡Claro, la Casa de los Tres Cerezos! –dijo el viejo doctor Mallory–. ¡Me alegra saber que estaba conectada al pueblo por algún familiar!

Sam Mallory se rio.

–¡Te estás poniendo paternalista, papá! –se volvió hacia Gemma–. Mi padre odia los cambios y llevamos tanto tiempo viviendo aquí que se siente responsable de la seguridad y bienestar de todo el mundo.

Gemma respondió sin pensar.

–Me gusta que así sea. Lo prefiero a vivir en un lugar en el que a nadie le importa nadie.

–Pues a mí me alegra que valores esa forma mía de ver las cosas –dijo el doctor y miró a su hijo con cierto desafío–. Bienvenida a Blaney St. Mary, señora Fellows. Ahora, sigamos con lo que nos interesa. Según tengo entendido, tiene una hija. Pero no puede ser muy mayor. ¿Su marido se podrá ocupar de la niña para que pueda desempeñar su trabajo aquí?

–Daisy tiene seis años y ha empezado a ir al colegio aquí esta misma mañana. Yo estoy divorciada. Así es que solo sería capaz de trabajar durante las horas de escuela, a menos que pueda encontrar a alguien de confianza que se ocupe de ella mientras yo estoy trabajando. ¿Me elimina esto como candidata para el puesto?

Los dos médicos negaron con la cabeza.

–Por supuesto que no –dijo Sam–. Mi madre puede cubrir algunas horas. Es una mujer extraordinaria, una especie de supermujer, diría yo.

El doctor Mallory sonrió.

–Así es –dijo con una voz cálida y llena de afecto–. El mayor problema pueden ser las vacaciones de verano. Pero ya asumiremos el problema cuando lo tengamos. Para entonces, tanto la niña como usted se habrán integrado en la comunidad y tendrán amigos que les puedan solucionar el problema. Bueno, ¿qué opinas, Sam?

El hombre no parecía tener ninguna duda, a pesar de la pregunta. La carta de recomendación del doctor Willet había sido fundamental.

Pero, ¿qué opinión tendría Sam Mallory de ella? Durante unos segundos temió que su respuesta pudiera ser negativa.

Sam miró a Gemma y sonrió.

–Con una carta de recomendación así, no se puede rechazar a nadie –le tendió la mano–. Bienvenida a tu nuevo trabajo, Gemma.

Tumbada en la cama, Gemma comenzó a repasar todo lo acontecido aquel singular día. Había sido mágico, como un pequeño milagro. Había conseguido un trabajo y Daisy había vuelto encantada de su primer día de colegio. Incluso ya tenía una amiga.

A las tres en punto había ido a recogerla y la pequeña había corrido a los brazos de su madre llena de emoción, acompañada de su nueva amiguita.

–Mamá, esta es Katy –le había dicho la niña–. Es mi mejor amiga. La señorita Scott dice que ella va a cuidar de mí, porque se sienta a mi lado.

–Hola, Katy –le había dicho Gemma a la pequeña delgaducha con trenzas que su hija le acababa de presentar–. Gracias por cuidar de Daisy. Es estupendo tener una amiga cuando se es nuevo en un colegio.

Katy se puso muy seria.

–Eso es lo que dice la señorita Scott. Yo tenía que enseñarle dónde estaban las cosas a Daisy.

–Ahora ya lo sé –dijo Daisy–. Pero vamos a seguir siendo buenas amigas.

–Sí –le aseguró Katy.

En ese momento, llegó la madre de la pequeña, que se presentó como Mary Martin.

–Espero que Katy no haya estado haciendo alguna de las suyas. Es una revolucionaria. Siempre los revoluciona a todos. Es tremendamente traviesa.

–No, claro que no –le aseguró Gemma–. Hoy ha estado cuidando de Daisy, enseñándole dónde estaban las cosas. Además, dudo que nadie pueda revolucionar a mi hija.

La mujer sonrió.

–Yo no apostaría en su lugar –se rio la madre.

Gemma y Daisy se habían ido juntas a casa, charlando sobre lo que había ocurrido en el día.

Medio dormida, recordó la respuesta de su hija cuando le había dicho que ya tenía trabajo. La pequeña había corrido emocionada a los brazos de su madre.

–Ahora, ya no hay ninguna mosca en la sopa –había dicho la pequeña, recordando lo que su madre le había dicho tiempo atrás, refiriéndose a la falta de trabajo con ese curioso dicho.

–No, ya no hay moscas en la sopa.

Gemma se arropó, mientras pensaba en que al día siguiente comenzaría a trabajar. Estaba segura de que su labor con los dos médicos y la supermujer Olivia Mallory sería muy interesante.

La madre de Sam había resultado ser una pequeña mujer de aspecto inofensivo. No obstante, y a pesar de la firmeza que tanto su hijo como su esposo parecían tener, no habían dudado en obedecer sus órdenes en el momento en que los había llamado al orden.

En cuanto se habían quedado solas, se había puesto manos a la obra.

–Ahora, Gemma… No te importa que te llama Gemma, ¿verdad? –Gemma había respondido que no con la cabeza–. Pues bien, ahora te enseñaré dónde están las cosas y cuáles son tus tareas aquí.

Con ese recuerdo, Gemma se quedó dormida.

Al otro lado del pueblo, mientras Gemma dormía, Sam Mallory trataba de desconectar su cabeza de las preocupaciones de un agitado día.

Se sentó en su sillón de orejas, con un vaso de whisky en la mano y se permitió la libertad de pensar en Gemma Fellows y el milagro de que hubiera aparecido por la consulta aquella mañana. Había sido como una luz en mitad de la oscuridad de un día de excesivo trabajo y la amargura de la muerte de un paciente.

Se acordó del viejo Tom Bowles. Sí, claro que era mayor, tenía ochenta años, además de una bronquitis crónica y se había negado a que lo llevaran al hospital cuando había aparecido la neumonía. A pesar de los muchos cuidados de su devota hija, su muerte había sido inevitable. Pero el hecho de que Tom fuera viejo, no evitaba que Sam sintiera una profunda tristeza.

Cuando era niño, solía trotar alrededor de Tom, mientras este trabajaba en su jardín. Aquel hombre le había enseñado el valor de la naturaleza y de cuanto los rodeaba. Y había muerto.

Sam suspiró desolado. Solo le quedaba el consuelo de haber estado junto a su lecho de muerte en los últimos momentos, de haber hecho menos doloroso ese final.

Dio un sorbo de su whisky y miró al fuego que ardía en la chimenea. Su brillo rojizo le recordó el cabello caoba de Gemma. A la salida de la escuela, la había visto corriendo detrás de su hija, jugueteando como dos niñas. Era indudable que Daisy era suya, pues tenía exactamente el mismo pelo brillante y rojizo. Se había quedado fascinado por la visión.

Sam se preguntó si Gemma sería capaz de adaptarse a la forma de vida de una pequeña ciudad. Seguramente, para Daisy sería más fácil. Los niños se hacen a todo. Pero, ¿y su madre?

Les había contado que era divorciada, pero, ¿su ex marido seguiría ocupando un espacio en su vida? Quizás, habría otra persona. Sintió un inexplicable resentimiento contra ese posible desconocido. Claro, no quería quedarse sin una enfermera como aquella.

Recapacitó unos instantes. ¿A quién quería engañar? Tuvo que reconocer que no era solo por eso por lo que quería tenerla con él. Eso lo molestó. Era una mujer atractiva, pero no podía permitirse…

Con cierta impaciencia, apartó de su cabeza aquellos pensamientos. Se levantó, apagó el fuego de la chimenea y se fue a la cama.

Capítulo 2

LE GUSTABA la sensación de estar vestida de uniforme otra vez. Gemma se abrochó el cinturón. Aquel había sido el regalo de graduación que le habían dado sus padres justo antes de separarse, hacía ya diez años. Poco después, se habían marchado.

Habían tenido un desdichado matrimonio, que habían mantenido hasta que habían logrado que su hija tuviera una sólida carrera. Pero ya desde niña, había sido consciente de sus problemas y su separación había estado llena de recriminaciones y de amargura. Incluso su amor por Gemma se había visto afectado, pues esta había intentado actuar de conciliadora hasta el último momento, con lo que había conseguido solo hacer que la separación fuese aún más dolorosa.

Los dos habían acabado marchándose a los lugares más remotos del mundo. Su madre se había ido a Nueva Zelanda con un nuevo marido, que tenía un rancho de ovejas. Su padre, ingeniero, se había marchado a Sudamérica con su nueva pareja también.

Habían mantenido contacto con Gemma por carta y se llamaban en Navidad y durante los cumpleaños. Pero Gemma no tenía ya la seguridad que le daba su amor y su cariño. Ni siquiera habían conocido a su nieta.

Su pobre bebé no había tenido abuelos que la quisieran y solo un padre inmaduro que la visitaba de vez en cuando. Ni siquiera sabía si iría a verla a Dorset.

Probablemente no.

La reacción de la pequeña cuando su madre le había dicho que quizás su padre no la vería muy a menudo había sido muy triste.

–A lo mejor papá no estará tan enfadado cuando me saque a pasear si no me ve tan a menudo.

Gemma sintió la obligación de defenderlo.

–Pero tu padre no está siempre enfadado. Y cuando lo está es porque tiene problemas. Es un hombre muy ocupado.

Daisy no era una niña fácil de engañar.

–Tú también estás muy ocupada y no estás siempre enfadada como él.

–¡Oh, Daisy, te quiero tanto! –un beso y un abrazo habían puesto punto final a la conversación.

Después de semejante conversación, Gemma se dio cuenta de

que era un milagro que su hija fuera una niña tan normal y feliz. Estaba orgullosa de ella.

Se dispuso a bajar. Hacía un rato que había oído a la pequeña ir hacia la cocina. Cuando llegó allí, la vio sirviéndose cereales. Sus pequeñas manos agarraban con dificultad el paquete.

Se había vestido con la ropa que su madre le había preparado la noche anterior.

–Vamos, mami –dijo la pequeña–. No quiero llegar tarde al colegio y tú tampoco debes de llegar tarde a tu nuevo trabajo.

Gemma le abrochó de nuevo los botones de la chaqueta en el orden correcto y la besó tiernamente en la frente.

–No vamos a llegar tarde. No te puedo dejar en el colegio antes de las ocho y media porque no habrá nadie.

Daisy miró al reloj.

–La manecilla pequeña está en el ocho y la grande ha pasado el doce. Son un poquito más de las ocho, ¿verdad, mamá?

–¡Muy bien, mi amor! –Gemma le dio otro beso y un abrazo–. Tenemos mucho tiempo para llegar al colegio.

Olivia Mallory estaba en la recepción cuando Gemma llegó. La sala de espera estaba solo ligeramente ocupada.

–La calma que precede a la tempestad –dijo la señora Mallory con una sonrisa–. Estos son los pacientes que tienen hora. El lío empieza a las nueve y media, con las urgencias. Sam está en la consulta esta mañana, así que prepárate para hacer unos cuantos análisis de sangre extra. Esta es la lista de los que ya están concertados.

Le dio a Gemma una lista con los nombres de los pacientes y lo que se debían hacer.

–¿Ha llegado alguno ya?

–Sí, Ben Ashley. Es un hombre mayor que lleva una bufanda roja y está sentado en la primera fila de sillas. Siempre llega pronto. Shirley Lowe tiene cita a las nueve, pero, para cuando lleva a los niños al colegio y llega hasta aquí, ya se le ha pasado la hora. Yo creo que deberías empezar con Ben. Yo me encargaré de explicárselo a Shirley si aparece mientras estás dentro.

La mujer sonrió, una sonrisa muy similar a la de su hijo.

–Es fantástico tenerte aquí, Gemma. ¿Puedes encontrar tú sola la sala de análisis?

Gemma asintió.

–Sí. Después de la visita de ayer, creo que sé dónde está cada cosa.

–Entonces, buena suerte en tu primer día de trabajo. No dudes

en llamarme si me necesitas.

Ben Ashley era un hombre charlatán y agradable, muy curioso y ansioso por saber cosas sobre Gemma. El hombre insistió en indagar sobre su vida y la de su familia, cuando ella le dijo que había heredado la casa de su tía abuela.

–La señora Rivers era realmente encantadora. No sé por qué le gustaba tanto viajar al extranjero.

Gemma cambió de tema para evitar alimentar el cotilleo.

–Tiene usted unas venas estupendas, señor Ashley. Parecen las de un hombre mucho más joven.

Ben pareció complacido por el comentario.

–Yo creo que todavía tengo mucha guerra que dar. Pero el doctor insiste en estar haciéndome pruebas continuamente.

–Eso es para controlar su diabetes –le explicó Gemma.

–¡Diabetes! Hace años que la tengo y nunca me ha molestado en absoluto, siempre y cuando tome las pastillas regularmente.

Gemma le explicó que la medicación necesitaba un control regular.

–Ya está. No necesitaremos nada más durante otras cuatro semanas. Hasta el mes que viene, señor Ashley.

Gemma lo acompañó hasta la sala de espera y llamó a la señora Lowe.

–Acaba de llegar, pero ha ido al servicio. Te la enviaré para allá en cuanto salga.

Pocos minutos después, alguien llamó a su puerta. Era Shirley Lowe, quien entró azorada y pidiendo disculpas. Era una mujer alta y delgada, atractiva, con una desordenada mata de pelo canoso.

–Lo siento, pero no puedo evitar tener que ir al baño. El doctor me hizo un análisis de orina y no ha encontrado nada.

–A veces en el análisis de orina no aparece lo que está causando el dolor y, sin embargo, un análisis de sangre sí –le explico Gemma–. Puede, incluso, determinar qué virus o bacteria está causando el problema.

–¿Y si no aparece en ese análisis?

–Entonces hay que buscar una razón mecánica.

–Quizás pueda ser un prolapso. A veces siento algo extraño –dijo la mujer ruborizada.

Gemma se quedó extrañada con el comentario. Aquella mujer pensaba que podía tener un prolapso y no se lo había dicho a Sam. ¿Por qué? No podía ser por timidez, pues había tenido cinco hijos y parecía una mujer razonable y práctica.

Gemma optó por preguntárselo.

–Si sospecha algo, ¿por qué no se lo ha dicho al doctor Sam? Con que la hubiera examinado internamente habría sabido si era

eso o no.

La señora Lowe rompió a llorar.

–Sé que suena absurdo –le dijo–. Sé que puede sonar absurdo, porque ya he tenido cinco niños. Pero tengo cuarenta años y todavía puedo ser madre. Suponga que decido que me gustaría tener más hijos. No quiero que me vacíen. Me gusta tener niños a mi alrededor. Mi marido dice que soy como la madre tierra, siempre ansiosa por tener hijos.

Así que era aquello lo que la preocupaba.

–Pero no tiene por qué ser así. No es seguro que le vayan a quitar nada –dijo Gemma–. Si se localiza a tiempo es posible que una pequeña operación solucione el problema. Deje que el doctor la examine. Una vez que compruebe lo que es, ya verá él qué acciones hay que tomar. Mire, voy a intentar que la vea esta mañana, aunque no sé si va a ser posible. Si no le importa esperar, creo que hará un hueco.

–No, no me importa esperar. Mi madre se ha quedado con el más pequeño, así que tengo todo el tiempo del mundo.

Al final del pasillo estaba Sam, que acababa de salir de su consulta. Gemma se aproximó a él.

–Doctor, ¿tiene un momento?

Él levantó la cabeza y la miró con sus inmensos ojos azules.

–Sí, enfermera y, por cierto, buenos días –hubo un tono ligeramente áspero en su voz.

–Lo siento –se disculpó ella–. Buenos días.

–No se preocupe –le dijo y la agarró firmemente del brazo para que lo acompañara a su oficina.

–No quería abrumarlo con mis prisas –dijo ella–. Pero quería asegurarme de hablar con usted antes de que entrara el siguiente paciente.

–¿Cuál es el problema?

–Es más una petición que un problema –le expuso el caso de Shirley Lowe–. Me preguntaba si sería posible que la viera esta mañana.

Sam miró el reloj.

–Sí, hágala pasar ahora mismo, antes de que empiece con las urgencias.

–¡Estupendo! Se alegrará de que la atienda tan rápido.

Sam se encogió de hombros.

–Es lo mínimo que puedo hacer para tranquilizarla. Además, cuanto antes la examine mejor. Si necesita una intervención quirúrgica, las listas de espera en Shorehampton son infinitas.

Gemma hizo una mueca.

–¡Qué me va a contar! En Londres también lo son –se dio media

vuelta–. Voy a avisar a la señora Lowe.

Sam la sujetó del brazo.

–Por cierto, lo de doctor es solo para los pacientes.

Gemma salió de la consulta en dirección a la sala de análisis. De camino para allí, envió a Shirley Lowe a ver a Sam.

Su siguiente paciente para análisis era Martin Carter, un muchacho delgado y nervioso, de dieciocho años, que iba de parte del doctor Mallory padre.

El resto de la mañana fueron radiografías cervicales y un caso ginecológico para el que Sam le rogó tuviera tanto tacto como había tenido con Shiley Lowe.

La paciente en cuestión era Marian Talbot y, ciertamente, necesitaba un trato especial, pues estaba muy nerviosa.

Después de una charla para distender el ambiente, le contó que era madre soltera de un niño de tres años: Tim.

Gemma se sintió identificada con la complicada situación de la mujer.

–¿Dónde ha dejado a Tim?

–Está con mi vecina, Betty Bond. Es encantadora con él. Es una enfermera retirada y, a veces, me hace de canguro. Es una suerte tener a alguien como ella.

–Sí, la verdad es que sí –dijo Gemma, que sabía perfectamente las dificultades de ser una madre sola con un hijo pequeño.

Y, desde luego, iba a necesitar a su vecina, si tenían que hospitalizarla.

Ya habían pasado unas cuantas horas cuando pudo irse a tomar un café a la sala de personal.

Se dirigió hacia allí, convencida de que estaría sola, pero, para su sorpresa, se encontró con que Sam estaba allí, echando agua en una taza.

Levantó la mirada en cuanto entró.

–Seguro que te mueres por una taza de café –dijo él–. Te hemos dado mucho trabajo en esta primera mañana. ¿Qué prefieres café o té?

–Café –dijo ella–. Solo.

Echó agua en una segunda taza.

–¿Azúcar?

Gemma dudó.

–Vamos, no importa tomarse un poco de azúcar. Aquí las calorías se queman rápido. Además, esta tarde tenemos que ir al hospital infantil. Perderás un par de kilos sin darte ni cuenta.

Gemma se rio.

–Tu madre me lo ha contado –dijo ella–. Me gusta trabajar con niños. Si me hubiera quedado en el hospital, me habría especializado en niños.

–Me alegra mucho que así sea –dijo él–. Tu antecesora estuvo aquí unas pocas semanas, en parte porque no podía con determinadas partes del trabajo. Era un alma inquieta que no encajó en un lugar como este.

Sam sonrió y continuó.

–Espero que nuestro encuentro no sea así de breve –dijo y chocó su taza contra la de ella.

Gemma bebió y se preguntó, simultáneamente, qué quería decir. ¿Había en sus palabras una doble intención? ¿Estaba hablando de trabajo o se refería a algo más personal?

Se le aceleró el pulso ligeramente.

–No puede ocurrir nada de eso. Nuestro hogar está aquí ahora y, en tanto en cuanto mi hija se encuentre bien aquí, es aquí donde viviremos.

Su mirada locuaz se enturbió.

–Lo siento, creo que he asumido más de la cuenta. Lo siento. Me he dejado llevar por el entusiasmo y he hablado sin pensar. Sencillamente, trataba de decirte que, ahora que te he visto trabajar, no me gustaría perderte –volvió a su sonrisa de antes–. ¿Me disculpas?

Llevaban sin enfermera un mes, de modo que era normal que se alegrara de que ella estuviera allí.

Gemma lo miró directamente a los ojos. Eran claros y honestos como la luz del día.

Asintió.

–Por supuesto –le dijo.

–Bien –respondió él, dejó la taza sobre la mesa y miró el reloj–. Será mejor que me vaya. Tengo que hacer una serie de visitas.

Se levantó y se marchó.

Gemma se quedó mirándolo mientras se alejaba. No sabía qué pensar de él. No sabía tampoco si sus palabras habían sido tan inocentes como le había querido hacer ver al justificarse. Estaba claro que era encantador y que le resultaba fácil relacionarse con las mujeres, lo que no era de extrañar teniendo dos hermanas.

De pronto, se arrepintió de la respuesta que le había dado. Había sido demasiado tajante. El pobre hombre se había visto sobrepasado por la vehemencia de sus palabras. La expresión de sus ojos había variado, incluso había en su mirada un algo dolorido. ¿O, quizás, se lo había imaginado ella?

Seguro que un hombre de su edad y de su experiencia no se sentiría dañado simplemente por un comentario así. Lo más

probable era que apreciara en su justa medida la sinceridad de que había hecho gala, dejándole muy claro que su mundo giraba en torno a su hija Daisy.

En cualquier caso, no tenía sentido que un hombre como aquel, educado, atractivo y de una buena familia, tuviera en consideración a una divorciada de treinta y tantos años con una niña.

Con eso, decidió apartar de su cabeza a Sam Mallory y continuar con su trabajo.

Sam también pensó sobre el corto encuentro en la sala de personal.

Se preguntaba por qué Gemma se había puesto a la defensiva. No veía el motivo, pues no consideraba que le hubiera dicho nada para provocar semejante reacción. Lo único que le estaba diciendo era que, después de haber visto cómo se desenvolvía con los pacientes, no quería perderla.

Había sido un comentario puramente profesional, dirigido a su habilidad como enfermera… ¿Realmente había sido eso?

–Sí, claro que sí –murmuró en silencio.

Shirley Lowe se había quedado muy impresionada.

–Me gusta mucho su nueva enfermera –le dijo la mujer–. Ha sabido darme confianza para poder explicarle mis temores. Es realmente estupenda.

Sam no había dicho nada pero estaba completamente de acuerdo con el adjetivo. Era, sin duda, estupenda, y no solo como enfermera, sino también como mujer. Le gustaba su pelo caoba y sus grandes ojos verdes. Debajo de ese aspecto apacible se ocultaba una mujer libre e independiente.

Sí, definitivamente le gustaba eso.

Pero tenía que poner freno a su impetuosidad. Sabía lo que le ocurría cuando había una mujer bonita cerca, incluso si esa mujer tenía una hija de seis años. Tenía que tomarse las cosas con calma. Además, Gemma estaría a su lado durante mucho, mucho tiempo.

Trató de tranquilizarse, mientras se dirigía a casa de la señora Smith.

El trabajo en el hospital infantil era tan ajetreado como ya le habían advertido. Pero a Gemma le encantaba.

Después de la conversación con Sam, había temido que su encuentro hubiera podido ser complicado, pero no lo fue. Cualquier amago de tensión se vio disipado, además, cuando se vieron los dos con un delantal rosa sobre el que había una serigrafía de un

Teletubby.

Gemma no había podido contener la risa.

–¡No se ría de mí, enfermera! –le había dicho él con fingida severidad–. Esto no es más que un arma para seducir a esos pequeños.

Ella sabía que tenía razón, que aquel era el mejor modo de ganarse a los pequeños. Y pudo comprobar que era así a lo largo de toda la sesión.

Uno de sus pacientes fue un pequeño bebé de once meses, que se entretuvo con los colores del delantal rosa durante el tiempo que duró la revisión.

–El bebé está cada vez mejor y va muy bien –le dijo a la madre que lo miraba ansiosa–. Está un poco delgado, pero eso es, en parte, porque es muy activo.

El bebé hizo un sonido gutural y la madre se rio nerviosamente.

–Aquí tienes a tu pequeño, Jessie –le dijo–. Ya puedes vestirlo. Volveré a verlo en cuatro semanas, a menos que te preocupe algo concreto antes.

En cuanto la mujer salió, Sam se dirigió a Gemma.

–¿Qué te había dicho? Lo del delantal funciona.

–Sin duda, tienes un conocimiento superior y tengo que reconocer que lo utilizas con cordura –dijo ella en tono de sorna y se rio.

Su último paciente fue una pequeña niña de catorce meses, Patsy Jordan, que tenía problemas con el paladar y la acababan de operar. Había superado bien el postoperatorio, pero Sam estaba examinándola con todo cuidado por si acaso.

–Creo que estaría bien que viera al pediatra, porque el oído podría estar deteriorado, lo que podría afectarla ahora que está empezando a hablar.

–¿Tendrá que usar un aparato? –pregunto Maeve Jordan preocupada.

–Eso tendrá que decidirlo el doctor Rayburn. Pero, en cualquier caso, será mejor que lleve aparato a que no aprenda a hablar correctamente –le hizo cosquillas en el cuello y la pequeña se rio.

Gemma agarró a la niña y la levantó por los aires. La pequeña volvió a reír.

–Además, aunque necesite aparato, los que hay hoy en día son muy pequeños y los rizos que tiene lo ocultarán por completo. Nadie se dará cuenta.

Cuando la madre y la niña salieron, Sam le agradeció el comentario.

–Muchas gracias por haberle dado ánimos –le dijo–. Eres muy buena dándole ánimos a la gente.

Sam miró al reloj.

–Son casi las tres –le dijo–. Es hora de que vayas a buscar a tu hija al colegio.

Gemma se quedó perpleja.

–¡Dios santo! No me había dado ni cuenta. ¿Te importaría que recogiera a la niña y regresara para recoger todo esto? No molestará.

–Ya sé que no y, además, nos gustaría conocerla. Pero has tenido un primer día muy agitado. No te preocupes, yo lo recogeré.

Gemma se quitó el delantal.

–Si estás seguro, así lo haré. Para la semana que viene me las arreglaré para salir un poco más tarde. Siempre se queda alguien en el colegio hasta las tres y media.

Sam sonrió.

–De acuerdo. Pero, ahora, vete.

–Muchas gracias –se dirigió hacia la puerta.

Cuando estaba a punto de salir, la llamó.

–¡Gemma! Muchas gracias por todo. Formamos un buen equipo.

Capítulo 3

LAS ÚLTIMAS palabras que Sam le había dicho volvieron a su memoria.

«Formamos un buen equipo».

Sí, claro que formaban un buen equipo. Habían trabajado juntos mano a mano, cooperando el uno con el otro, sin discordias.

En los pocos días que llevaba de enfermera, había pasado a formar parte del equipo, trabajando en armonía con los dos doctores Mallory y con la señora Mallory. Lo único que pedía era que la recepcionista, Ellie Peterson, que, según Sam, llevaba mucho tiempo con ellos y que regresaría el viernes, la aceptara también.

Ellie, que era una pequeña y hermosa mujer, con grandes ojos marrones y el pelo negro, la recibió con una sonrisa reservada pero sincera la mañana del viernes.

–Imagino que eres Gemma, ¿verdad? –le dijo, mientras le tendía la mano–. Yo soy Ellie. Ya me han dicho que has sido una inyección de fuerza en esta consulta durante mi ausencia. Me alegro mucho. Los Mallory son muy buena gente y trabajan duro para mantener un extraordinario nivel profesional.

–Sí, he podido comprobarlo –dijo Gemma, mientras le estrechaba la mano–. Han sido muy amables conmigo, me han recibido estupendamente.

Ellie asintió.

–Esto es como una pequeña familia. Si a la señora Mallory le gustas, pasarás a formar parte de ella.

Gemma se rio.

–¿Los doctores no tienen nada que decir en todo esto? ¿Supongamos que ellos no están de acuerdo? –la idea de que la señora Mallory controlara todas las decisiones allí continuaba pareciéndole gracioso.

Ellie se carcajeó.

–No se atreverían –dijo Ellie–. Todos confiamos en su instinto. Así es que, si ella ha dicho «sí», sé bienvenida a St. Mary, Gemma.

–Gracias. ¿Qué tienes ahí para mí?

–Una larga lista. Hoy es el día de la sesión de mantenimiento. A Sam le cuesta mucho que la gente entienda que estar gordo y tener colesterol no es lo mismo y que lo que necesitan es estar en forma por dentro y por fuera.

Ellie le dio un montón de tarjetas.

–Con unas pocas excepciones, por la mañana vendrá la gente mayor y algunas mamás con bebés. Hay una sesión por la tarde para la gente que trabaja. Pero de esa se encargará la señora Mallory o alguno de los doctores.

–Hay una lista muy larga. ¿Es posible que haya tanta gente en el pueblo con problemas de sobrepeso?

–No. Vienen de otros pueblos también –le explicó Ellie–. Incluso en un lugar tan apartado como este, la gente está concienciada con el problema del sobrepeso y la necesidad de una dieta sana.

–Todo culpa de la televisión. Ahora, si…

De pronto, entró un hombre con un niño en brazos de unos seis años. Tenía el rostro cubierto de sangre.

–¡Es mi niño! ¡Se ha cortado! ¡Ha atravesado la puerta de cristal del invernadero!

–Tráigalo aquí –dijo Gemma, mientras lo guiaba hacia la consulta–. Ellie, por favor, llama a uno de los médicos. Ponga a Brian en la camilla.

Agarró un montón de pañuelos y le quitó parte de la sangre, temerosa de que el cristal pudiera haber afectado al ojo. Con el cristal es muy difícil saberlo a primera vista.

Sam apareció casi de inmediato y, el pequeño, abrió los ojos.

Gemma y Sam notaron que sus ojos estaban bien, pero los dos sabían que podía haber una fractura craneal, puesto que el paciente había perdido el conocimiento.

–Creo que se desmayó del shock –murmuró Sam, mientras se ponía los guantes de látex. Se inclinó sobre el pequeño–. Brian, soy el doctor Sam. ¿Me oyes?

El pequeño susurró algo.

–Sí.

–Te has hecho daño –le dijo Sam–. Tu padre te ha traído a la consulta. Voy a ver qué pasa con esos cortes.

Brian se sobresaltó.

–¡Papá!

El padre lo agarró de la mano.

–Tranquilo, Brian, estoy aquí –miró al médico y le habló con voz implorante–. Va a estar bien, ¿verdad? Está sangrando tanto…

Sam respondió tratando de tranquilizarlo.

–Las heridas siempre sangran mucho, por pequeñas que sean. Vamos a ver cómo está.

Limpió cuidadosamente la herida, tratando de extraer todas las pequeñas piezas de cristal.

–Creo que está limpio –murmuró y juntó las dos caras de una de las heridas con los dedos–. No vamos a coser. Las heridas no son tan

profundas como parecía en principio. Vamos a ponerle una tirita especial para que se una sin problemas.

Agarró la mano del pequeño y le sonrió.

–¿Has oído lo que le he dicho a tu padre? Vamos a arreglar estas heridas sin tener que coser. Pero, para que no sientas nada, te pondré algo. ¿Entendido?

–Sí –dijo el niño, pero de inmediato hizo la pregunta que todos esperaban–. ¿Me va a doler?

–No. Pero quizás te escueza un poco después. Por eso, te voy a dar otra cosa para que eso no te pase. ¿Estás preparado para empezar?

–Sí –dijo el pequeño.

Mientras Sam hablaba, Gemma ya había preparado todo lo necesario.

Le dieron a Brian una aspirina y anestesia local, que le hizo efecto en unos minutos.

Sam se puso manos a la obra e hizo un delicado arreglo, que sorprendió a Gemma.

–Muy buen trabajo –le dijo.

–Gracias –Sam sonrió a Brian–. Ya está. Has sido muy valiente. Creo que te mereces una golosina. Vamos a ver qué te puede traer la enfermera.

Sam la miró de reojo y ella se dio cuenta del encanto que aquel joven doctor tenía. Gemma sonrió complacida.

Aquel momento se esfumó, como si nunca hubiera sucedido y transfirió su sonrisa a Brian.

Gemma agarró el frasco de las golosinas y lo abrió para el pequeño.

Mientras este elegía una piruleta, Sam le daba a Hugh, el padre, las instrucciones precisas.

–En cuanto ocurra algo anormal, me llaman. Manténganlo bien caliente y denle mucho zumo de naranja. Vuelva a traerlo pasado mañana para que vea cómo va progresando la herida.

El resto de la mañana pasó muy deprisa. Pesó y midió a muchos pacientes y les fue dando instrucciones sobre lo que debían o no debían hacer. La mayoría eran gente que trataba de perder unos cuantos kilos, pero también había uno con problemas de falta de peso.

Se llamaba Ralph Wyman. Se estaba recobrando de un cáncer de estómago. Le habían estirpado el trozo infectado y había recibido quimioterapia. Era escritor y viudo, y vivía solo en una casa apartada de todo a las afueras del pueblo. Había sufrido en los

últimos tiempos ciertos ataques de epilepsia y le habían retirado el carné de conducir temporalmente.

Sam había escrito una nota en el expediente.

Este paciente tiene serios problemas de falta de peso. Por favor, intenta convencerlo para que coma todo cuanto le guste, especialmente hidratos de carbono y proteínas. A mí no quiere hacerme caso.

A Gemma le resultaba difícil imaginarse a Sam teniendo problemas con un paciente. Pero estaba claro que ni siquiera alguien tan humano como Sam Mallory podía ganarse a todos los pacientes.

Salió a la sala de espera y llamó al hombre en cuestión.

Efectivamente, el señor Wyman era un hombre alto y excesivamente delgado, con los pómulos angulosos que le sobresalían y una piel pálida y poco saludable.

Al entrar, sonrió dulcemente.

Gemma lo invitó a que se sentara.

–Supongo que ahora me dará la charla y me dirá que tengo que comer.

Gemma sonrió.

–Eso es lo que oficialmente debería hacer, pero no creo, realmente, que sea necesario. Usted sabe que está rayando la malnutrición y que puede llegar a conseguir que todo el esfuerzo de una operación como la que ha pasado sea baldío. No tiene náuseas ni sufre de dolores cuando come. Entonces, ¿por qué lo hace?

–Nunca me ha interesado en exceso la comida y se me olvida comer cuando estoy escribiendo.

–Y, para cuando se acuerda, ya no tiene hambre.

–Exactamente. Mi mujer era la que me mantenía bien alimentado… –su rostro se oscureció de repente.

Gemma sintió un vuelco en el corazón.

–¿Cuánto hace que murió su mujer?

–Tres años… pero me parece que fue ayer. Creí en su momento que, si me alejaba de nuestro círculo común de amigos, lograría superar el trance con más entereza. Pero no ha sido así.

–Pero supongo que no se ha enfermado conscientemente.

Él hizo una mueca de desagrado.

–No, claro que no.

–¿Tiene a alguien que lo ayuda con la casa?

–La señora Fairbody viene a casa tres veces por semana. Es una mujer estupenda.

Gemma sonrió.

–¿Sabe cocinar?

–Está ansiosa por usar mis cazuelas desde el primer día.

–Permítale que lo haga. Que le prepare cosas que pueda dejar en

la nevera y que estén ricas y sean nutritivas. Si tiene comida en la nevera, comerá.

Ralph Wyman la miró en silencio durante unos segundos.

–¿No me va a torturar con la larga lista de problemas que tendré si no como?

Ella negó con la cabeza. Su instinto le decía que no tenía sentido insistir más. Aquel era un hombre inteligente y había recibido alto y claro el mensaje que ella le quería transmitir.

–¿Para qué, señor Wyman? No necesito decirle lo que debe hacer. Si quiere seguir vivo, tendrá que comer. De no hacerlo, muy pronto volverá al hospital y eso no será más que una pérdida de tiempo y dinero que no lo llevará a ningún sitio.

La miró directamente a los ojos.

–Está tratando de ser dura, pero realmente le importa lo que me ocurra –el hombre se levantó–. Algo me dice que es de esas personas que se implican. Tomo nota, enfermera. Gracias por ser sincera conmigo.

El hombre se marchó y Gemma se preguntó si había hecho bien en tratarlo como lo había tratado. ¿Había sido correcto usar semejante dureza con un hombre frágil e infeliz? Tal vez se había excedido. ¿Aprobaría Sam lo que ella había hecho?

En ese momento, la puerta se abrió lentamente y Sam asomó la cabeza.

–Acabo de llamar –se disculpó él.

Gemma sintió un cosquilleo en el estómago. Era muy agradable verlo a él, después de la patética imagen de Ralph Wyman. Irradiaba alegría y salud.

–Lo siento, no te he oído. Por favor, pasa. Estaba pensando en el pobre señor Wyman.

–Por él, precisamente estoy aquí. Al verlo irse me he preguntado si no deberíamos hacer algo más por él.

Se sentó sobre la esquina de su escritorio.

Ella lo miró a los ojos.

–Sinceramente, creo que él aún no ha decidido si quiere vivir o morir y, hasta que no lo tenga claro, es muy poco lo que tú o yo podemos hacer.

–¿Quieres decir que quizás no quiere vivir porque todavía echa de menos a su esposa?

–Sí.

–En alguna ocasión he intentado que me hablara de ello, pero es una persona muy reservada. ¿Te ha dicho algo?

–Solo que la echa de menos.

–¿Lo admitió?

–Sí.

–Bueno, eso ya es algo. A mí me vino a decir que no era asunto mío. ¿Y sobre lo de comer?

–Creo que me he puesto demasiado drástica con él. Su respuesta me ha desconcertado pero, al menos, me ha dado las gracias por mi sinceridad. Lo que no sé es si tendrá el efecto deseado –Gemma se ruborizó–. Debería haber consultado contigo antes de tomar una actitud tan tajante. Puede que le haya hecho más daño que otra cosa.

Sam negó con la cabeza.

–No lo creo. Lo has mirado con una perspectiva distinta a la que yo pueda tener y puede que le hayas dado justo lo que necesitaba. Ninguna otra estrategia había funcionado hasta ahora –se levantó del escritorio y le sonrió a Gemma–. Confío en tu criterio. Yo utilizo mi instinto y lo aplico en lo profesional. Pienso que tú haces lo mismo.

Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo antes de salir y se volvió hacia ella.

–Bueno, ¿cómo te sientes después de una semana de trabajo aquí? ¿Te arrepientes de haber empezado a trabajar para nosotros? –levantó la ceja en un gesto burlón y una sonrisa jovial alumbró su rostro.

–No, desde luego que no. Tengo la sensación de llevar años trabajando aquí, es como si…

–¿Pertenecieras a este lugar? –sugirió él.

Ella lo miró fascinada.

–Sí.

Sam sonrió una vez más.

–Que Dios bendiga a tu anciana tía Marjorie por haberte traído hasta nosotros –dijo él.

Algo en su voz hizo que a ella se le acelerara el corazón. Trató de reprimir lo que sentía.

–¡Amén! –dijo ella humorísticamente para aplacar la tensión que sentía–. Es lo mejor que nos ha ocurrido a Daisy y a mí. Las dos tenemos la sensación de pertenecer a este lugar.

Sam sonrió con los ojos ante el énfasis que había puesto en «las dos».

–Sí, claro –murmuró–. Daisy. Todavía no la conocemos. Esta tarde yo tengo un pequeño intervalo entre consultas, mi madre estará aquí y, probablemente, mi padre también. Estaría bien que vinierais y así podemos conocerla todos a la vez.

–Gracias, le encantará. Es una niña muy curiosa y se pasa la vida haciendo preguntas a todo el mundo. Tengo que contarle con todo lujo de detalles lo que sucede cada día –de pronto frunció el ceño–. ¡Me parece que la estoy describiendo como un auténtico monstruo!

Sam se rio.

–No, en absoluto. Por lo que dices parece una niña inteligente y cariñosa a la que su madre adora –miró el reloj–. Bueno, me tengo que ir.

Sam dejó la consulta y se dirigió a la suya. Gemma se quedó escuchando sus pasos mientras se alejaba.

El resto de la mañana pasó sin incidentes. Dos de las mujeres a las que atendió eran jubiladas con un exceso de peso y hubo un tercer caballero que había adelgazado por un problema de cadera.

–El que se me haya quitado ese terrible dolor me parece un milagro –dijo él.

A la hora de la comida, la consulta estuvo cerrada durante cuarenta y cinco minutos. Gemma se fue a casa para comer rápidamente algo, mientras recogía y limpiaba, y volvió a tiempo de tomarse un café con Ellie.

Ellie vivía en un pequeño pueblo a varias millas de allí, así que no podía ir a comer a casa y se limitaba a comerse un sándwich en la sala de personal.

–Los Mallory me invitan a comer, pero yo prefiero aceptar solo ocasionalmente –dijo ella–. No quiero molestar.

–Me parece una postura muy razonable. Tu marido no suele ir a comer a casa, ¿verdad? Tiene un trabajo relacionado con las granjas, ¿no es eso?

Gemma se sorprendió al ver que el gesto de Ellie se endurecía.

–Está siempre fuera. Se dedica a vender y a reparar maquinaria agrícola –su voz sonaba amarga y dolorida. Su rostro palideció–. Le importan mucho más esas bestias mecánicas que yo.

Gemma no sabía qué responder, así que se quedó en silencio, mirando su taza de café. No había previsto aquel tipo de comentarios.

Ellie bebió de su taza.

–Lo siento. No es justo que te hable así. No quería hacerte sentir incómoda. Pero es que, a veces, es superior a mí. Me da la impresión de que le importa todo menos yo. Incluso tengo la sensación de que intenta evitarme.

Gemma sabía exactamente de lo que le estaba hablando, pues eso, exactamente, era lo que le había ocurrido en su último año de matrimonio con Neil. Pero prefirió no hacer ningún comentario al respecto.

–Los hombres y sus máquinas. Son como niños, ¿verdad? La mayoría de ellos no saben hablar de otra cosa. Quizás, en el fondo, le gustaría hablar de sus emociones, pero no sabe ni por dónde

empezar.

–Quizás –dijo Ellie sin creerse la actitud de Gemma. Sonrió en un gran esfuerzo por recomponerse–. Bueno, cuéntame algo sobre ti. La señora Mallory dice que tienes una niña. ¡Qué suerte!

–Sí, Daisy. Tiene seis años. Es el mejor regalo que me ha podido hacer el cielo. Pero, claro, no puedo ser objetiva. Esta tarde vendremos, así que la podrás conocer. Sam me ha sugerido que la traiga para que conozca a la familia con la que trabajo. Opina que puede ser bueno para ella.

De pronto, Ellie se ruborizó, lo que sorprendió a Gemma.

–Es muy de Sam preocuparse así por los niños –le dijo–. Es maravilloso con ellos.

–Sí, la verdad es que sí. Ya lo pude ver el día que estuvimos en el hospital infantil.

–Tal vez sea porque es el hermano mayor. Según la señora Mallory siempre se ocupó de sus hermanos pequeños. Pero, la verdad es que es un hombre muy especial, ¿no crees? –Ellie parecía admirar realmente a Sam y, quizás, algo más que admiración.

Gemma reparó en que a Ellie realmente le gustaba el joven doctor y se preguntó si él sería consciente de ello. ¿Por qué tendría un marido, entonces…?

Ellie repitió la pregunta.

–¿No te parece un hombre muy especial? A todas las mujeres se lo parece –dijo en un tono demasiado agresivo.

Gemma evadió la pregunta.

–La verdad es que no lo conozco lo suficiente. Por lo que he visto hasta ahora, los tres Mallory me parecen gente muy especial.

–Sí, claro que lo son –dijo Ellie, pero Gemma se dio cuenta de que la mujer esperaba algo más explícito que no obtuvo. ¿Acaso sospechaba que Gemma podía tener algún interés especial en el médico?

Gemma miró el reloj y se dio cuenta de que era hora de volver a su puesto de trabajo.

Lo que quedaba de tarde fue casi exclusivamente para los pacientes diabéticos. Sam le enviaba de vez en cuando a algunos para que los pesara y les tomara las muestras de sangre. Citó a algunos para un análisis de sangre el lunes, ya que no podía hacer las pruebas por la tarde, dado que el hospital de Shillingbury Cottage no admitía pruebas que llegaran más tarde de las doce de la mañana.

A las dos y media, Sam le envió al último paciente. Era una recién casada a la que acababan de diagnosticarle diabetes. Quería que la pesaran y le dieran una cita para el análisis de sangre.

–Este es otro caso que necesita que la reconforten, Gemma –le

dijo Sam, antes de que entrara la muchacha–. Está aterrada ante la idea de que la diabetes pueda ser un problema para tener niños. Convéncela de lo que yo ya le he dicho. No hay ningún motivo para que no pueda tener un bebé perfectamente sano aunque sea diabética.

–Así lo haré –le dijo Gemma, una vez más impresionada por el interés personal que ponía en sus pacientes.

Sin embargo, Cathy Burns, la paciente, no se fue totalmente convencida de la consulta por lo que Gemma le prometió que, cuando volviera el lunes para el análisis de sangre, se lo explicaría en detalle.

Gemma tenía que convencerla de que si seguía las normas no tendría ningún problema. La cuestión era cómo conseguirlo. Quizás si otra madre diabética pudiera hablar con ella la convencería con una experiencia de primera mano. Le preguntaría a Sam o a su padre si había alguien de esas características en la zona.

Minutos después ya se dirigía hacia el colegio para recoger a la pequeña Daisy.

Hicieron una corta pero exitosa visita a la consulta. Daisy se había mostrado tan alegre y cariñosa como siempre, sin llegar a ser pesada ni pecar de tímida.

Aparte del rincón infantil, no había nada excesivamente interesante en la consulta del doctor. Pero, a pesar de todo, la pequeña había disfrutado de la visita a las diversas dependencias de la mano del doctor Sam.

Sin duda, el éxito de la visita había sido la oferta de golosinas que el doctor había hecho a la pequeña. Le explicó que los dulces eran para los niños que se mostraban valientes en la consulta.

Cuando Daisy estaba a punto de meter la mano, se detuvo.

–Yo no he hecho nada valiente hoy. ¿Está bien que me coma un dulce?

Sam sonrió.

–Claro que sí. Digamos que, en este caso, es un regalo de bienvenida a Blaney St. Mary.

Daisy se entusiasmó.

–¡Fantástico! Gracias.

Ya en la cama, Gemma pensó sobre lo acontecido en aquella jornada y llegó a la conclusión de que había sido un día interesante.

Capítulo 4

GEMMA se despertó aquella mañana de sábado cuando Daisy se metió en su cama. Abrió los ojos somnolientos y farfulló algo ininteligible cuando la pequeña le besó la mejilla. Gemma también la besó y le acarició la suave mata de rizos.

–Buenos días, cariño –murmuró y miró por encima de la cabeza de la pequeña al reloj que estaba sobre la mesilla. Eran casi las ocho. Había dormido como un tronco.

–Buenos días, mami. Mi habitación está inundada por el sol. ¿Por qué la tuya no?

Era la primera pregunta del día.

–Porque tu habitación da al Este, que es por donde sale el sol –le explicó Gemma–. Pero si abres las cortinas podremos ver el cielo azul y planear, mientras, lo que vamos a hacer hoy.

–¡Genial! –dijo Daisy y saltó de la cama. Se aproximó a la ventana y abrió las cortinas. El cántico de los pájaros se filtraba en la habitación.

Daisy volvió a la cama y se acurrucó junto a su madre.

–Me gusta mucho el cole, pero me gusta más estar en casa contigo, solas tú y yo.

Gemma se sintió reconfortada.

–Cariño, tienes la habilidad de decir siempre lo que debes en el momento adecuado.

La niña se rio.

–Mami, ¿qué vamos a hacer hoy?

–Podríamos ir a Shillingbourne, explorar la ciudad y hacer unas cuantas compras. Necesitas unos pantalones cortos y unas sandalias. Las del año pasado se te han quedado pequeñas.

Daisy se incorporó.

–¿Puedo elegirlas yo? Por favor, mami, yo sé exactamente las que quiero. Son rojas…

–Ya veremos lo que hay. Aquí no hay tantas tiendas como en Londres.

Pasaron un día estupendo en Shillingbourne, una ciudad mucho más grande de lo que Gemma había imaginado. Había muchas tiendas, desde tiendas caras hasta tiendas económicas y muy

accesibles.

Consiguieron las sandalias que Daisy quería y, aunque fueron un poco caras, a Gemma no le importó, pues eran de calidad, cómodas y con suficiente tamaño para permitir que el pequeño pie creciera.

Compraron los pantalones y un par de camisetas en el mercadillo local y fueron realmente baratos. A pesar de eso, Daisy no dejaba de decir que eran geniales.

Gemma se compró unos pendientes en el puesto de al lado, no sin sentir cierto remordimiento. Pero se dijo a sí misma que era una recompensa por su primera semana de trabajo duro.

Comieron en la terraza de un pub, al aire libre. Después de comer, fueron a la biblioteca y sacaron varios libros.

Luego, fueron al polideportivo, que estaba sorprendentemente bien equipado, y se bañaron en la piscina.

Finalmente se dirigieron a un gran supermercado que estaba a las afueras, para hacer acopio de víveres. En la sección de revistas, Daisy encontró un vídeo que llevaba pidiendo hacía semanas. Gemma le compró otro más, con ayuda de los ahorros de la pequeña. La niña, que sabía que era una de las exigencias de su madre, añadió, gustosa, parte de su dinero.

Después de todo aquello, se dirigieron de vuelta a casa, mientras cantaban Brilla, brilla estrellita y otro montón de rimas infantiles y canciones que cantaban en la escuela.

Acababan de terminar La gallina turuleta, cuando llegaron a la casa.

Al bajar del coche, se encontraron a la señora Heinman en el jardín. Cojeaba malamente y estaba muy pálida y contraída por el dolor. Parecía que estuviera a punto de marearse de un momento a otro.

Gemma se aproximó a ella a toda velocidad y la sujetó cuando estaba a punto de caerse al suelo.

La anciana abrió los ojos.

–¡Gracias a Dios que está aquí! Me he hecho daño en el tobillo o en la rodilla… Pensé que, como es usted enfermera… No quería molestarla.

–No me molesta. Siento mucho no haber estado en casa. Pero no se preocupe, enseguida me encargaré de todo –Gemma se volvió hacia Daisy y le dio las llaves–. Abre la puerta, cariño y, después, tienes que ir a la casa de al lado a pedirle al señor Roberts que nos deje la silla de ruedas de su esposa y me ayude a meter a la señora en casa.

Daisy hizo lo que su madre le dijo. El señor Roberts llegó rápidamente con la silla de ruedas, pero les llevó algún tiempo el poder meter a la señora Heinman en la casa, procurando que no

sufriera daño alguno en la pierna.

Una vez en el salón, pusieron a la señora Heinman en el sofá y dejó que el señor Roberts se marchara a atender a su esposa inválida. Explicó que la mujer se ponía muy nerviosa si se la dejaba sola. El hombre agarró la silla y se la llevó rápidamente.

–Esa mujer abusa de él –dijo la señora Heinman. Sin responder, Gemma le descubrió la pierna y se puso a examinarla–. Bueno, yo no debería de hablar, pues estoy abusando de usted. ¿Sabe qué me ha pasado, enfermera? ¿Podré andar?

–No durante un par de días y, eso, solo si es un tobillo torcido. De ser algo más…

La señora Heinman la interrumpió.

–¡Hija mía, no pensará que puede ser algo peor! ¿Verdad? Qué fastidio –la mujer iba recuperando el color, y parecía estar más furiosa que dolorida.

Gemma dijo suavemente:

–Sinceramente, no lo sé. Habrá que mirarla por rayos X. Voy a llamar a la consulta para pedir que venga alguno de los médicos –Gemma se volvió hacia Daisy, que había estado observando la escena en silencio absoluto–. Cariño, tráeme algunas toallas y un poco de hielo. Le voy a poner un tratamiento de frío.

Daisy se marchó, y la señora Heinman aprovechó para interrogar a Gemma.

–¿En qué consiste, exactamente, ese tratamiento?

Gemma le explicó que se trataba de poner frío sobre la zona inflamada.

Daisy apareció rápidamente con todo lo necesario.

Gemma llamó a la consulta y dejó un mensaje para que alguno de los médicos acudiera cuanto antes. Le colocó una bolsa de guisantes congelados sobre la inflamación y esperaron.

–Le ofrecería un té –dijo Gemma–. Pero es preferible que no tome nada, no sea que tenga algo roto y tengan que ponerle anestesia. No creo que ese sea el caso, pero tendremos que esperar a que venga el médico y ver qué nos dice. Lo que si puedo hacer es darle un pequeño cubito de hielo si tiene la boca reseca.

–Gracias, pero no hace falta –dijo la señora Heinman en un tono cáustico–. Ahora, dígame…

En ese momento, sonó el timbre.

–Supongo que ese el médico. Daisy, cariño, vete a abrir.

Pero antes de que Daisy pudiera hacer nada, Sam ya estaba dentro.

–La puerta estaba abierta.

Gemma sintió un vuelco en el corazón y se encontró a sí misma respondiendo a la sonrisa de él con otra espléndida sonrisa. Volvía a

suceder lo mismo que había ocurrido el día anterior después de la visita del señor Ralph Wyman. Y tal y como había sucedido entonces, sus ojos luminosos brillaban con fuerza.

–¡Por favor, pasa por aquí! –le dijo–. La señora Heinman se ha caído y se ha hecho daño en la pierna.

Sam asintió y se dirigió hacia la enferma.

–Sí, eso he leído en el mensaje –dijo él–. Hola, señora Heinman. Sabe usted de sobra que a sus noventa años se arriesga usted demasiado. No sé qué va a decir mi padre de este último episodio.

La mujer protestó.

–Supongo que su padre no esperará que me envuelva a mí misma en algodones, porque él tampoco será capaz de hacer eso cuando llegue a mi edad. La señora Fellow, además, no piensa que mi pierna esté rota, solo torcida o algo así. Espero que aprecie el trabajo que ha hecho por mí. Tanto ella como la pequeña Daisy han logrado hacerme sentir cómoda mientras usted llegaba.

–No me cabe duda de ello –dijo Sam y sonrió, primero a Daisy y luego a su madre–. Y que tampoco le quepa a usted de que la apreciamos en lo que vale en la consulta. Ahora dígame en qué puntos le duele la pierna.

Se agachó y comenzó a examinar cada zona con dedos expertos. Daba la impresión de que sus dedos pudieran ver lo que sucedía dentro de la extremidad.

Mientras él trabajaba, la mujer explicó qué era lo que le había sucedido. Al parecer se le había torcido el tobillo y se había golpeado la rodilla contra un poste.

–Decidí pedirle ayuda a la señora Fellow. Pero, cuando estaba a mitad de camino, pensé que no lograría llegar hasta su puerta. Por suerte, ella apareció en el momento oportuno.

Sam terminó de examinarla.

–Bueno, la enfermera ha hecho un buen trabajo al ponerle hielo –dijo él–. Ha evitado que la zona se inflamase más y eso empeorara las cosas. Por lo que veo, solo se ha torcido el tobillo y se ha golpeado la rodilla, pero no hay nada roto.

–¿No necesito ir al hospital?

–No, al menos de momento. Pero, seguramente, tendrá que irse con su sobrina a Bourne End o contratar a alguien para que la ayude en casa. Le voy a poner una venda desde el pie hasta la rodilla. Tendrá que usar muletas. Bueno, ¿qué decide? ¿Se va a casa de su sobrina o le decimos algo a la señora Carter?

Gemma cada vez estaba más maravillada del trato tan cordial que había entre médicos y pacientes en Blaney St. Mary. Algo le decía que, en no mucho tiempo, también ella estaría en posición de hacer lo mismo.

La señora Heinman se decidió por irse a casa de su sobrina en Bourne End, porque la señora Carter tenía que quedarse con su hermana durante unas semanas.

–Bien –dijo Sam–. Molly la cuidará como es debido. Además, su hijo puede subirla y bajarla en brazos las veces que sean necesarias.

Media hora después, Gemma y Daisy ya estaban solas en casa.

Sam se había ido a visitar a otros enfermos, después de haber vendado la pierna de la señora Heinman, de haberle dado un analgésico y de haber llamado a su sobrina Molly.

–Iré a verla a Bourne End el lunes –le prometió a la mujer.

Antes de salir, le había dado a Daisy sus sinceras gracias por el modo en que había ayudado con la paciente.

–Solo hice lo que mamá me pidió.

–Esa es la mejor ayuda profesional que alguien puede dar –respondió él.

Gemma lo acompañó hasta la puerta.

–Gracias por todo lo que has hecho –le dijo–. Las cosas habrían sido infinitamente más difíciles de no haber estado tú aquí. Siento que se te haya complicado tú día libre, pero estas cosas ocurren continuamente en un pueblo.

–Es un modo como otro cualquiera de conocer a los vecinos –dijo Gemma secamente–. Hasta el día de hoy no me habían dirigido la palabra ni los Roberts ni la señora Heinman.

–Los ancianos del pueblo tienden a guardar las distancias con los recién llegados. Lo sucedido hoy es una buena carta de presentación y facilitará el que te sientas cada vez más como en casa. Bueno, espero que disfrutes el resto del fin de semana.

El domingo amaneció frío y lluvioso. Pero eso no impidió que Gemma llevara a Daisy a la misa especial para niños que se celebraba en la pequeña y antigua iglesia local. Habían ido allí por petición de la directora del colegio.

–Por favor, vengan el domingo –le había pedido a Gemma–. Solo se celebra una vez al mes y casi todos los niños de la escuela van. Es muy informal, llevada casi enteramente por los niños, con solo una pequeña guía del párroco. Los pequeños leen poemas, casi nunca realmente conectados con Jesús. Pero, ¿qué importa? Si alguien puede entender la buena intención que tienen es él.

La mujer se rio.

–Estaremos allí –le había prometido Gemma.

Efectivamente, el servicio fue muy interesante y entretenido. Para cuando terminaron de despedirse de todos los niños y mamás que Daisy conocía, ya eran las doce y media.

Al aproximarse a la casa, vieron ante la puerta un lujoso deportivo rojo.

–¡Qué coche más chupi! –dijo la pequeña–. Es rojo, como mis sandalias.

Gemma se encogió de hombros.

–Debe de ser de alguien que ha venido a visitar a los Roberts. Nosotros no conocemos a nadie con un coche así.

Pero, mientras cruzaban la calle, vieron una figura conocida salir del coche.

Tanto Gemma como Daisy se pararon en seco. El fin de semana se acababa de estropear.

Daisy fue la primera en hablar.

–Es papá –dijo la pequeña sin entusiasmo y le agarró la mano a su madre.

Gemma respiró profundamente

–Sí, es él –murmuró.

Neil era la última persona a la que esperaba encontrarse allí. ¿Qué estaba haciendo en Dorset?

Al comunicarle que se trasladarían a un lugar tan apartado, él le había asegurado que no lo verían muy a menudo. La verdad era que había sentido un tremendo alivio.

Habría sido diferente si a Daisy le hubiera gustado salir con su padre. Pero ya le había dicho que no. Era demasiado variable y enseguida se enfadaba por todo.

Gemma apretó la mano de su hija.

–Vamos a saludar a papá.

Neil estaba en uno de sus días exhibicionistas. Tomó a la niña en brazos y la besó con excesivo entusiasmo.

–Hola, pequeñaja –le dijo–. ¿Qué te parece el nuevo coche de papi? ¿Nos damos una vuelta?

–No puede ir en un vehículo letal como ese, especialmente sabiendo cómo conduces –dijo Gemma–. Además, tenemos planes para el día. Es absurdo que te hayas hecho todos esos kilómetros sin saber si íbamos a estar aquí o no –se dirigió a la niña–. Anda, Daisy, abre la puerta. Vamos enseñarle a papi la casa.

–De acuerdo –la pequeña agarró la llave y corrió hacia la puerta.

Neil se encogió de hombros, contento de que la cosa hubiera sido de aquel modo y de que Gemma no hubiera seguido con su dura actitud.

Durante un segundo, Gemma sintió cierto pesar por el modo en que lo había tratado. Seguía siendo un niño. No había cambiado nada desde el día de la boda… el eterno Peter Pan. ¡Si tan solo…!

Si al menos hubiera crecido, hubiera aprendido a asumir responsabilidades, a darse cuenta de que tenía una mujer y una

hija, en lugar de haberse dedicado a huir de todo. Pero no había podido asimilarlo. De otro modo, habrían seguido juntos, no cabía duda.

–No se me ocurrió pensar que podríais no estar. Estoy en casa de una gente, en Hampshire. Una reunión de negocios. No es muy interesante, pero conveniente. Me di cuenta de que esto estaba cerca y decidí escaparme. Tampoco tengo mucho tiempo. Debo de estar de vuelta a la hora del té.

–¡Qué suerte la nuestra! –dijo Gemma por lo bajo, para que Daisy no oyera el irónico comentario.

Por el bien de la pequeña, Gemma se esforzó en hacer de la visita un éxito.

Por suerte para Neil, estuvo lloviendo sin parar, por lo que no pudieron ir de excursión a Round Hill. Neil era un hombre de ciudad, prototipo de corte de pelo de diseño y carísimas suelas de zapato.

Durante toda la tarde, se quedaron en la casa jugando a juegos diversos.

Neil tenía el día de padre e hizo tan correctamente su papel que logró que la pequeña Daisy se relajara. En realidad, aquello era lo único que debía hacer cuando las visitaba.

Se fue justo antes de las cuatro, después de prometerle a la niña sucesivas veces que la vería pronto.

¿Serían, una vez más, vanas promesas vacías?

–Llama antes de venir –le recordó ella–. Y, por favor, no se te ocurra pensar en llevar a la niña en esa máquina mortal.

Neil se encogió de hombros.

–No te preocupes –dijo él–. Ya se me ocurrirá algo. ¿Verdad, Daisy?

Agarró a la niña y le dio un beso paternal.

Pero, después, para sorpresa de Gemma, la rodeó con su brazo y trató de besarla en la boca.

Ella apartó instintivamente la cara, pero el beso cayó en la oreja.

La dejó ir y Gemma se tambaleó.

Daisy, muy sorprendida, se dirigió a su padre con voz acusadora.

–¡Has besado a mi madre! ¡Tú nunca besas a mi madre!

Neil ignoró por completo la reacción de Daisy y, sin darle importancia alguna, se dio media vuelta, se metió en el bólido mortal, y arrancó derrapando.

Gemma contuvo la rabia, para no hacer que el episodio resultara para Daisy aún más confuso de lo que ya había sido.

Iba a tener que explicarle muchas cosas a la niña. ¿Por qué aquel hombre había vuelto a complicar las cosas una vez más? ¿Por qué?

Desde el otro lado de la explanada, Sam había visto toda la escena. Venía de atender una emergencia y acababa de salir de la casa.

Trató de interpretar lo que veía, pero no daba crédito.

¿Quién sería aquel idiota que había arrancado el coche a aquella velocidad, que había lanzado el vehículo a casi cien por hora por la pequeña calle y que había intentado besar a Gemma cuando ella, claramente, no quería?

¿Qué tipo de amigo trataría de forzar a una mujer a besarlo contra su voluntad?

Detuvo el coche delante de la casa de Gemma y Daisy, mientras se preguntaba si estarían bien, si el episodio había tenido importancia. ¿Debía buscar alguna excusa para entrar? Después de todo, era normal que se preocupara por su empleada, aunque solo llevara en la consulta una semana.

–¡No puede ser! Me estoy volviendo un paternalista, como mi madre. Tengo que mantener las distancias. No creo que a ella le guste que metan las narices en sus asuntos.

Suspiró decepcionado por no sabía qué, y se puso en marcha, en dirección a la consulta.

Capítulo 5

LA SEMANA después de la perturbadora visita de Neil fue bastante azarosa.

Daisy y Gemma fueron a Shillingbourne el lunes después del colegio, para comprar cortinas, pintura y papel pintado, para redecorar la habitación de Daisy. Aparte de por ser necesario, el gesto fue un modo de resarcir a la niña y reafirmar que todo seguía igual.

Daisy no había preguntado, directamente, nada sobre el beso, pero se había quedado pensativa y callada y había seguido así durante toda la cena, siguiendo a su madre como una sombra y besándola o abrazándola ocasionalmente.

Gemma le había prometido, entonces, que la llevaría a la ciudad al día siguiente.

El día de compras fue todo un éxito y la misma Daisy que estaba taciturna a la salida del colegio, ya estaba feliz y contenta cuando ella llegó a recogerla.

La semana fue realmente agitada, pues había un extraño virus que estaba haciendo estragos.

El viernes no fue ninguna excepción.

Aquella mañana, cuando había completado la mitad de los análisis que le quedaban por tomar, Sam irrumpió en la sala de análisis.

No lo había visto en toda la semana, pues el dichoso virus lo había obligado a duplicar las visitas a domicilio. El viejo doctor Thorn, que vivía en el pueblo de al lado, le había cubierto la atención de la consulta.

Sam entró con una sonrisa, carente de la alegría que solía tener. No obstante y, a pesar de las líneas profundas que marcaban su cara por el cansancio, sus ojos brillaban de un modo especial.

Gemma sintió que el corazón le daba un vuelco y que, de repente, sentía deseos incontrolables de abrazarlo, del mismo modo que abrazaba a Daisy. Gemma contuvo el extraño deseo y se limitó a trabar una conversación trivial.

–Estás muy cansado. ¿No puedes conseguir a nadie más que te ayude?

–Bob Carstairs viene esta noche, el sábado y el domingo. Luego está Richard Thorn que cubrirá el día de mañana. Eso significa que

estaré libre todo el fin de semana.

–Bien. Así podrás dormir cuanto quieras.

–Tentador –dijo con una amplia sonrisa–. Pero hay mejores cosas que hacer que dormir.

Como por ejemplo, salir a cenar o de copas con alguna hermosa y despampanante mujer. Gemma se dio cuenta, de pronto, del curso que estaba tomando su pensamiento y se contuvo.

Miró el reloj en un acto inconsciente para desviar la atención.

–Lo siento, te estoy entreteniendo –dijo él–. ¿Puedes añadir un análisis de sangre más?

Le dio el informe de una nueva paciente.

–Es una muchacha joven, Alison Graves. Es nueva en la zona y no demasiado comunicativa. No tengo referencias anteriores de ella. Necesito que su médico anterior me las mande. Tiene una serie de síntomas que podrían ser motivados por algo grave. Quiero un análisis completo: sangre, orina. Tengo la sensación de que padece algún tipo de inmunodeficiencia desde la infancia, pero tenemos que ver. Me gustaría que me dieras tu opinión.

–Bien, yo creo que podré verla antes de las doce, si... –Gemma alzó las cejas e inclinó la cabeza hacia la puerta en una cómica invitación a que se marchara.

Sam se rio.

–Ya me voy, ya me voy.

Después de atender a toda la lista de pacientes, Gemma llamó a Alison Graves. Alison era una mujer alta, delgada, con el pelo largo y mal teñido. Iba muy maquillada.

Alison se sentó en la silla que Gemma le ofreció y le dio la muestra de orina.

–No sé por qué el medico se anda con tanto rollo –farfulló–. Creía que me iba a dar los buenos días y me iba a dejar en paz. Acabo de venirme a este pueblo y por eso estoy cansada, nada más.

–Sé exactamente a qué se refiere –dijo Gemma, mientras marcaba la muestra–. Yo también acabo de mudarme y es agotador. Pero, como es la primera vez que viene a la consulta, el doctor necesita tener datos para descartar posibilidades. Es un médico muy cuidadoso.

–Sí, y está un rato bien. Todo en el mismo paquete –dijo la paciente con irreverencia.

Claro que estaba bien y, además, era cuidadoso y cariñoso.

Gemma se centró en su trabajo y examinó, cuidadosamente, la prueba que tenía en la mano. Todo daba negativo.

–Bueno, esto está todo bien. Ahora, por favor, quítese la

chaqueta y levántese la manga. Le tomaré una prueba de sangre y la llevaremos al laboratorio para que la examine. A lo mejor eso nos dará una clave de por qué no se siente cien por cien en forma.

No tuvo ningún problema en encontrar una vena, bajo la intensa luz de la habitación.

Mientras Alison se levantaba la manga, Gemma aprovechó la ocasión para inspeccionar el rostro de la paciente. Bajo el maquillaje había un ligero sarpullido que le teñía las mejillas y la nariz.

Era telangiectasia, algo típico de las enfermedades inmunológicas. Sam tenía razón. Alison Graves sufría de algo más que un simple cansancio. Para Gemma había sido un verdadero cumplido que Sam le pidiera su opinión, tal y como había hecho, también, con Ralph Wyman. Le agradaba sentirse útil, y la verdad era que en aquel lugar la gente tenía la capacidad de hacer que todos se sintieran útiles.

Después de que Alison se marchara, miró el reloj. Era demasiado tarde para hablar con Sam. Tendría que contarle lo que pensaba aquella tarde, cuando fueran al hospital infantil.

Aunque ya eran las doce y media, decidió tomarse un café para aguantar hasta la hora de la comida.

Allí se encontró a Ellie, que también estaba tomando algo.

–La señora Mallory está en recepción ahora. Hoy ha sido todo una locura. El teléfono no ha dejado de sonar. Como la gente se va de vacaciones, todo el mundo quiere algo. Además, están las pruebas de alergia. Vas a estar muy ocupada durante las próximas semanas.

–No importa, es lo normal en esta época del año –respondió Gemma, mientras se echaba café en la taza.

–Al menos el virus está remitiendo, porque muy pocas llamadas han estado relacionadas con eso esta mañana. Tendremos que mantener los dedos cruzados.

–Yo, desde luego, lo haré –prometió Gemma–. Los dos doctores parecen realmente agotados.

Ellie miró por encima de su taza.

–Sí –dijo Ellie y se ruborizó ligeramente–. Creo que Sam lo está aún más. Se está llevando la peor parte, porque sobreprotege a su padre.

–Sí, la verdad es que sí –Gemma reparó en el rubor de la recepcionista y se preguntó, una vez más, si le gustaba el doctor. Esperaba que no–. Pero el doctor Mallory también ha hecho un importante esfuerzo. Son dos estupendos médicos.

–Sí, y seguro que Sam será como su padre algún día, ¿no crees? –su comentario sonaba realmente esperanzado.

Gemma decidió cambiar de tema, no queriendo indagar en el interés de Ellie.

–¿Vas a hacer algo interesante este fin de semana?

Ellie hizo un gesto de descontento.

–Voy a visitar a mis suegros. Va a ser un suplicio. A Dave tampoco le hace ninguna ilusión porque las visitas nunca salen bien. Siempre están con lo mismo. Pero hace tanto que no los vemos…

Gemma se preguntó si Ellie necesitaba hablar.

–¿Qué quieres decir con que siempre están con lo mismo?

–Siempre están con que por qué no tengo un bebé y si es mi culpa o no. ¡Si ellos supieran cuánto me gustaría tenerlo! Pero no puedo, bueno, no podemos –se retiró las lágrimas.

Gemma no sabía qué hacer.

–Pero eso no es asunto suyo –Gemma intentó tocarle el brazo–. Lo siento.

Ellie se levantó de golpe.

–Yo también siento ponerme así. Pero sabes escuchar y, a veces, se necesita a alguien que escuche –se sonó la nariz y se dirigió a la puerta–. Tengo que irme, si no, el señor y la señora Mallory van a venir a buscarme –al llegar a la puerta, se volvió–. No sabes la suerte que tienes de tener a Daisy.

–Sí, sí que lo sé –respondió dulcemente Gemma–. Ellie, si necesitas hablar, estaré muy contenta de serte de ayuda.

Ellie sonrió.

–Gracias. Te tomo la palabra –dijo y salió de la habitación.

Después de la comida, Gemma decidió organizar la sala de espera para la consulta infantil. Colocó cada juguete en su sitio y dispuso correctamente todos los instrumentos que Sam utilizaba.

Se dirigía hacia la recepción cuando se cruzó con Sam.

Se quedó sin respiración.

–¡Qué pronto! –comentó–. ¿Has comido?

Él se rio.

–Eres peor que mi madre, siempre preocupándote de si he comido o si he dormido. En fin, gracias. He comido. Por suerte, he acabado las visitas antes de lo que esperaba –sus ojos mantenían la sonrisa.

–Las madres solemos tener la mala costumbre de preocuparnos –dijo ella. Sin saber por qué, sintió la necesidad de recordarse a sí misma que era madre.

–¡Entendido!

Llegaron a la consulta y él abrió la puerta.

–Gracias –dijo ella, sintiendo que, de pronto, había una extraña tensión entre ellos. Pasó ante él, teniendo sumo cuidado de no

rozarlo.

–Déjame que te ayude –le dijo, y agarró los registros que llevaba en la mano. Sin querer, sus pieles se tocaron y Gemma sintió un suave escalofrío recorriéndola de arriba a abajo.

Sam dejó los papeles sobre la mesa y se volvió hacia ella.

Durante un tiempo indefinido sus ojos se encontraron y el silencio se cargó de significado.

–Gemma –dijo él de improviso y alzó las manos dispuesta a agarrar su rostro, como si quisiera besarla.

Lentamente, bajó las manos y retrocedió. Una extraña sonrisa apareció en su rostro.

–No sé explicar lo que me sucede, Gemma. Solo sé que hay algo –se encogió de hombros–. Hay algo desde el día que nos conocimos, cuando apareciste por la consulta y me ofreciste tu ayuda. Lo siento, ¿te he avergonzado?

Su mirada era más brillante que nunca.

Gemma sentía que el corazón se le iba a salir. Tenía la boca seca. ¿Qué debía hacer? ¿Debía hacer alguna broma apropiada, quitarle peso a la situación? Pero su cabeza no podía elaborar nada ingenioso que decir.

Lo miró fijamente, como si fuera la primera vez en su vida que lo veía. Aquel hombre era demasiado perfecto para ser verdad. No solo en lo físico, sino en el carácter también. Tenía que haber algo malo. ¡Pero ella no quería encontrar nada malo!

Algo dentro de ella la hacía sentir bien, satisfecha de que aquello estuviera sucediendo.

Trató de aclararse la garganta para decir algo.

–No me has avergonzado en absoluto –dijo ella con un tono de voz completamente normal–. Pero…

–Pero, ¿qué vamos a hacer?

Sam no tuvo que decir nada más. Estaba claro que lo que sucedía no podía obviarse.

–¿Qué?

–¿Hablar?

–Sí, deberíamos hablar. Pero está Daisy… –lo miró con una pregunta tácita en los ojos.

Él respondió con tranquilidad y serenidad.

–Lo sé. No me he olvidado de Daisy. Es la principal razón por la que debemos de hablar, Gemma. ¿Podría ir a tu casa esta tarde, como puede ir cualquier vecino?

Un ruido de pasos y voces en el pasillo aceleró la conversación.

Había muchas razones por las que no sería adecuado, pero muchas más por las que sí.

Gemma sentía que estuviera, de pronto, viviendo una fantasía.

Asintió.

–A eso de las ocho, ¿podría ser? Daisy se acuesta a las ocho y media los viernes, pero me gustaría que te viera llegar antes.

–No quieres que llegue como un fugitivo en mitad de la noche –murmuró él. Alguien llamó a la puerta–. De acuerdo, allí estaré.

Gemma se concentró en su trabajo. Ayudó a varias madres a quitarle la ropa a los niños y, de vez en cuando, también ayudaba a Sam a examinar a los pequeños, cuando ponían dificultades.

Ya casi habían terminado cuando entró un joven, casi adolescente, con un bebé escuálido, de unos doce meses, en brazos.

El niño no hacía sino llorar desesperadamente, un llanto triste y cansino. Al quitarle la ropa, apareció un cuerpo raquítico y mal nutrido.

–Me han dicho que lo traiga aquí –dijo el muchacho–. No ha parado de llorar en toda la noche. ¿Puede hacer que pare?

Le dio el niño al Gemma, como si se tratara de un paquete y el pequeño se acurrucó en sus brazos.

–También me han dicho que les de esto –continuó el muchacho.

Gemma lo leyó.

–Gaz Formby –Gemma miró la fecha de nacimiento y se sorprendió. Tenía veinte meses. Estaba claramente desnutrido y muy pequeño para su edad–. ¿Es usted el señor Formby?

Dejó la hoja sobre la mesa y tumbó al niño sobre la camilla. Le quitó el pañal sucio y le limpió con toallitas. Tenía la piel irritada y mal cuidada.

–No. Yo me llamo Steve Beck. El niño lleva el nombre de su madre. Tracy no está bien y se ha quedado en casa.

–La casa está en Bourne End, según pone aquí –dijo Gemma y recordó que allí era donde había ido la señora Heinman. Envolvió al pequeño en una suave manta, se sentó en una silla y lo acunó suavemente–. ¿La granja es cálida y confortable?

–No –dijo Steve–. Pero da igual. Nosotros no vivimos en la granja, sino en una caravana. El tío de Tracy nos deja quedarnos a cambio de trabajo. Pero es muy húmeda y sucia.

Sam se despidió de la última madre, se dirigió a donde estaba Gemma y miró al pequeño que tenía en brazos. Había escuchado parte de la conversación.

–¿El tío de Tracy vive en la granja de cerdos de Alf Formby?

–Sí –replicó el muchacho en un tono defensivo.

–Tienes razón, esa caravana está en muy mal estado. Debe de ser difícil vivir así, especialmente con un pequeño –sonrió a Steve–. Vamos a ver, pasemos dentro. ¿Se llama?

–Gaz –dijo ella con una sonrisa.

Sam y ella se miraron. No tenían que decirse nada, estaban

pensando exactamente lo mismo.

Se dirigieron hacia la consulta, pero el padre de la criatura no parecía tener intenciones de seguirlos.

–¿No viene con nosotros? –preguntó Sam.

–Si no les importa, yo me quedo aquí. No me gustan las consultas.

–De acuerdo –dijo Sam

Quince minutos después, Sam ya le estaba contando a Steve que tendría que llevar al niño al hospital para hacerle una serie de pruebas.

–Puede ser un simple cólico o algo mucho más complejo. Además está muy por debajo de su peso y necesita una dieta especial.

–¿Cuándo pueden admitirlo en el hospital?

–Quiero que se haga de inmediato. Llamaré a una ambulancia. Usted puede ir con él. ¿Tiene algún medio de transporte luego para volver?

–Tengo una camioneta. Pero, ¿y Tracy? Se va a asustar si no voy a decirle lo que ha sucedido.

Sam le dio una solución.

–Yo mismo iré a decírselo, pero tendrá que esperar a que termine mis visitas. Mientras tanto, se podría llamar a la granja, para que Alf Formby le dé el mensaje.

Steve se enfureció de repente.

–Ese maldito hombre no contesta nunca el teléfono.

–De acuerdo –intervino–. No hace falta teléfono. Después de recoger a Daisy, yo misma iré a contárselo a Tracy.

–Eso sería estupendo y resolvería por completo el problema.

Gemma se sintió feliz ante la rápida aceptación de su propuesta. Aquello le demostraba que formaba parte ya de la familia, tal y como Ellie había predicho.

Media hora más tarde, Gemma y Daisy iban de camino a Bourne End. Daisy aceptó el cambio de rutina sin rechistar. Incluso se sentía emocionada de pensar que iban a una granja.

–¿Podré tocar a los cerdos, mami? –me encantaría tocarlos, especialmente si son pequeñitos.

La imagen de lo descrito por Steve se alejaba mucho de la granja ideal, de modo que Gemma trató de controlar el infantil entusiasmo de su hija. El viejo Alf no parecía gustar mucho de la gente.

–No sé si el grajero nos va a dejar ver a los animales –le advirtió–. Tampoco sé cuánto tiempo voy a estar con Tracy. Me gustaría que te quedaras en el coche mientras tanto.

Daisy se entristeció.

–Pero mami, por favor, déjame por lo menos bajar del coche –

rogó la pequeña–. No me iré a ningún sitio, te lo prometo.

Gemma no le dio esperanzas.

–Ya veremos. A lo mejor está todo lleno de barro.

La pequeña alzó el pie.

–Pero mira, llevo las botas de agua –dijo en tono triunfal.

Gemma sonrió.

–De acuerdo, tú ganas. Puedes salir del coche, pero no te puedes mover de ahí.

Llegaron a la granja después de recorrer una larga y tortuosa carretera de piedra.

La granja resultó ser un pequeño edificio decrépito que, en tiempos, debió de tener su encanto, pero que ya había perdido toda belleza. A un lado, había una caravana vieja y sucia. Las oscuras sombras del atardecer daban al conjunto un aspecto siniestro. No había signos de vida en ninguna parte.

A Gemma no le extrañaba el estado en que se encontraba Gaz. Sus padres no eran más que dos niños que trataban de sobrevivir en un lugar como aquel.

Daisy miraba anonadada la caravana.

–¿Ahí es donde vive Tracy? –preguntó la pequeña.

–Eso creo, cariño. Voy a ver si hay alguien. Tardaré lo menos posible.

–Yo me quedo en el coche y me leo un cuento –dijo Daisy con la voz ligeramente afectada–. No veo ningún cerdo por aquí y me da miedo mirar yo sola.

Gemma la abrazó.

–Enseguida vuelvo.

Salió del coche en dirección a la caravana. Olía muy mal.

Quince minutos después ya estaba de vuelta.

–No he tardado tanto, ¿verdad? –dijo, mientras se colocaba el cinturón de seguridad. –¡Has tardado siglos! –la acusó Daisy–. ¿Podemos irnos a casa? Tengo hambre.

Gemma la besó antes de poner el coche en marcha.

–Gracias por ser tan paciente, cariño. Muy pronto estaremos en casa. ¿Qué te parece si nos preparamos algo especial para cenar, ya que es viernes?

Daisy olvidó muy pronto sus penas y eligió su comida favorita.

Durante la cena, Gemma trató de apartar de su cabeza la desagradable entrevista con Tracy. Ya tendría tiempo de hablarlo con Sam cuando llegara. Se le aceleró el corazón al recordar que, en breve, el médico estaría allí mismo, en su casa. Se le puso un extraño cosquilleo en el estómago.

¿Debería decírselo a Daisy o sencillamente debía esperar a que él llegara? Seguramente llegaría el momento adecuado.

Mientras la niña se comía un delicioso postre que su madre le había preparado, le preguntó qué deberes tenía para el fin de semana.

–Tenemos que dibujar nuestra casa, contar las ventanas y escribir algo –dijo la pequeña–. Me gusta mucho dibujar. ¿Puedo ir ahora a contar las ventanas?

–Cuando acabes de comer. Después iremos juntas a contarlas.

Minutos después ya estaban en el jardín. Gemma agarró a su pequeña de la mano.

–Me gusta mucho vivir aquí –dijo la niña–. Es mucho mejor que Londres. Las profesoras son mejores y la gente de la consulta también, ¿verdad, mamá?

–Sí, claro que sí –la oportunidad de oro acababa de presentarse–. El doctor Sam va a venir luego. Quiere hablar conmigo sobre la chica a la que hemos ido a visitar esta tarde. Siento traerme estas cosas a casa, nena.

–Me gusta mucho el doctor Sam, mami.

Capítulo 6

SAM LLEGÓ a las ocho. Gemma trató de ignorar los nervios que se le agarraron al estómago al escuchar el timbre.

Abrió la puerta y en el vano se dibujó la silueta de él.

–Hola –dijeron los dos simultáneamente. Acto seguido, soltaron una carcajada.

–¿Qué te parece si empezamos de nuevo? –dijo Sam con una sonrisa en los ojos.

Gemma se rio y el nudo que tenía en el estómago comenzó a desaparecer.

–Buenas noches –dijo, inclinando jocosamente la cabeza, al modo en que lo haría una anfitriona–. Pasa, por favor.

–Gracias –dijo él con una amplia sonrisa.

Daisy apareció dando botes, vestida con su pijama rosa y unas inmensas zapatillas peludas.

–Hola, doctor Sam. Ya estoy preparada para ir a la cama, pero los viernes y los sábados me puedo quedar hasta las ocho y media –la niña sonrió complacida–. ¿Quiere ver mi tarea para casa? Es un dibujo.

Sam asintió.

–Me encantaría verlo –dijo y aceptó la mano que ella le tendía. Lo condujo al interior–. Es un dibujo de mi casa.

Comenzó a señalarle cada una de las ventanas y a explicarle lo que había.

–Esta es la de mamá. Mi habitación no sale en el dibujo porque da a otro lado. Yo tengo cortinas con pájaros y árboles.

–¿Qué tipo de pájaros?

–Golondrinas.

Gema se quedó en la puerta, observando la escena. Sus dos cabezas unidas parecían las de un padre y una hija. ¡Estaban tan bien juntos!

De pronto, se ruborizó al darse cuenta de lo que estaba pensando. Se aclaró la garganta, pero su voz salió, a pesar de todo, profunda y seductora.

–¿Quieres algo de beber, Sam? ¿Café, vino?

Alzó la cabeza para responder.

–Vino, por favor –dijo–. Blanco, a poder ser.

Gemma no sabía si había sido su imaginación o había sido

verdad, pero su voz sonaba más profunda que nunca. Y su sonrisa, ¿no tenía una cualidad especial?

–Muy bien –murmuró ella, y se dirigió hacia la cocina.

La agradable sensación que la había inundado desde su llegada continuó vigente mientras los tres jugaban juntos. Sam y Daisy ganaron un juego cada uno, y la pequeña acusó a su madre de no estar concentrada. Ella no tuvo por menos que admitir que era cierto.

Llegó la hora de que Daisy se fuera a la cama, pero la pícara se apoyó en Sam para pedir media hora extra, a lo que Gemma respondió que sí sin dudar.

Daisy la miró anonadada y se lanzó efusivamente a sus brazos.

Para cuando la metieron en la cama, ya eran las nueve y media.

La experiencia había sido realmente especial, pues era la primera vez que Gemma compartía aquel momento con alguien.

Estaba realmente sorprendida de lo fácilmente que la pequeña había admitido a Sam. Enseguida lo había invitado a ver su nueva habitación y le había pedido que le contara un cuento.

–Siento que te hayas visto en la obligación de hacer todo esto –dijo Gemma, mientras se dirigían al salón. Tenían que hablar, pero, ¿de qué? ¿De una mirada?

Sam sonrió.

–No me pidas disculpas por algo que he hecho con todo el placer del mundo. Me encanta Thomas Tank Engine y me ha encantado la atención con que Daisy escuchaba. Es un encanto de niña.

A Sam le habría gustado poder decirle que ella también lo era: hermosa, deseable y encantadora.

Pero no lo dijo.

–Relájate, Gemma, amor, no voy a presionarte. Solo quiero hablar contigo.

¿Amor? ¿Qué quería decir con eso? Usaba esa palabra con sus pacientes, especialmente con los niños, cuando quería tranquilizarlos. Pero ella no necesitaba que nadie tratara de tranquilizarla.

–Estoy relajada –dijo ella, tratando de hacer que su voz no sonara temblorosa. No lo consiguió

Sam hizo caso omiso de su tono. Asintió y se sentó.

–¿Te importaría darme otra copa de vino?

Se acababa de sentar, pero se levantó de inmediato.

–Traeré la botella de la cocina.

En la cocina, se quedó unos segundos inmóvil, con las manos en las mejillas.

–Calma –se dijo–. Puedes manejar la situación sin problemas… ¡Mentirosa! ¡Claro que no puedes! Esto es una locura, es lo más

complicado que se te ha presentado desde el divorcio. Pero ya eres una mujer madura y experimentada. Todo lo que tienes que hacer es mantener cierta sangre fría.

Sacó la botella de la nevera, la puso en una bandeja, junto con unas aceitunas y almendras, y la llevó al salón.

Sam estaba cómodamente sentado en el sillón, la cabeza apoyada sobre el respaldo y los ojos cerrados. Se había dormido.

Trató de dejar la bandeja sobre la mesa sin hacer ruido. Pero, por muy cuidadosa que trató de ser, lo despertó.

Sam abrió los ojos sobresaltado y se incorporó.

–¡Dios santo! –dijo–. Me he quedado dormido. Es esta habitación. ¡Es tan confortable!

–¿Y no crees que el hecho de no haber dormido apenas nada durante la última semana puede tener mucho que ver? –preguntó ella sin reparos. Ya no se sentía tensa. Estaba en control de la situación, incluso de aquella extraña situación, con aquel carismático hombre que tanto le gustaba.

Sam sonrió.

–Sí, tienes razón. Ha sido una semana un tanto tortuosa. Pero eso suele ocurrir en nuestro trabajo.

Gemma le dio una copa de vino.

–¿Habéis pensado alguna vez en una tercera persona que haga un tercio del trabajo?

Sam dio un sorbo de vino.

–Dad y yo lo hemos pensado en alguna ocasión, pero acabamos por desechar la idea. Nos las arreglamos bien con Richard Thorn y Bob Carstairs. Son médicos en los que podemos confiar. Cuidan a nuestros pacientes como es debido. Créeme, médicos como ellos son difíciles de encontrar –miró a Gemma directamente a los ojos–. Esto que digo puede sonar engreído, pero no es tal cosa. Es, sencillamente, una realidad. Muchos piensan que empiezas a las nueve y acabas a la cinco y eso es todo lo que tienen que hacer.

–Lo sé. También hay muchas enfermeras que piensan así. Cada vez más, se está contratando a personal temporal, que no llega a tener la experiencia adecuada. Todo eso es culpa de los recortes y una mala gestión administrativa.

Gemma se detuvo y se dio cuenta de lo furiosa que se había puesto. Soltó una carcajada.

–¡Lo siento! Es un tema que me enerva y se me ha ido la conversación. Solo trataba de decir que sí, que sé exactamente por qué no queréis que entre un tercer médico en el equipo. Habéis logrado una consulta única. Para mí era un sueño poder trabajar en un lugar así.

Sam se inclinó hacia delante y brindó con ella.

–Somos nosotros los afortunados. Eres perfecta para tu puesto. Este es tu lugar, Blane St. Mary –su voz sonaba cálida y suave como una caricia.

Gemma se perdió en el azul inmenso de sus ojos. Podría haberse dejado ahogar en él. Gemma sintió que esas mismas palabras comenzaban a formularse en su boca. De pronto, respiró profundamente, para contener el sonido. ¿En qué estaba pensando? Tenía que comportarse. Sam acababa de decirle un cumplido. Tenía que pensar en algo que decir.

Pero no encontraba nada adecuado. Se hizo un silencio que no sabía cómo rellenar y sabía que le correspondía a ella. Así es que optó por cambiar de tema.

–He ido a ver a Tracy Formby, la madre de Gaz.

Su voz sonó insegura, decía claramente lo que no quería decir. Sam la miraba directamente. Se estaba dando cuenta de todo, pero le seguiría la corriente.

–¿Y cómo se tomó la pobre chica lo de Gaz? –la pregunta fue formulada en un tono calmado y profesional.

Si él podía ser profesional en un momento así, ella también podía.

–Se lo ha tomado demasiado bien. De hecho, le da exactamente lo mismo. Odia al pobre pequeñajo. Su indiferencia me ha dejado perpleja. No había ningún motivo para que no viniera ella a la consulta con el niño. A menos que…

–¿Qué? –preguntó Sam.

–No tiene ningún síntoma de estar enferma. Sencillamente, pienso que no se quiso molestarse en ir allí.

Sam frunció el ceño.

–¿Piensas que puede estar tomando drogas?

–Aparentemente no, pero llevaba manga larga y no pude verle las piernas.

–Son una familia realmente patética.

Gemma sintió de pronto unas tremendas ganas de llorar.

–Sí, esa es exactamente la palabra. Son absolutamente patéticos –la voz le empezó a temblar–. Pero si pienso en las condiciones en las que viven… ¿Cómo pueden arreglárselas, cuando ella no es más que una niña y él también? Cuidar a un bebé es un trabajo arduo y difícil, incluso en buenas condiciones. Para ellos debe de ser un auténtico infierno. ¡Oh, Sam!

No pudo evitarlo. Se puso a llorar desconsoladamente.

Sam se acercó a ella y la abrazó. Ella apoyó la cabeza en su pecho, mientras él la acariciaba. Podía sentir el calor de su aliento sobre el cabello.

Entonces él le levantó la cara y posó sobre su frente un delicioso

beso, cálido y reconfortante. Aquel beso le decía que él estaba allí, que podía confiar.

Sam sonrió.

–Necesitabas llorar. Todo el mundo necesita llorar alguna vez. Es la mejor terapia, cuando no se puede reír.

Gemma se quitó las lágrimas con las manos y él sacó un pañuelo del bolsillo y se lo ofreció.

–Toma, suénate la nariz –le dijo, aún sonriente.

Ella siguió su consejo.

–Gracias –esbozó una mueca temblorosa que intentaba ser una sonrisa–. Lo siento, no debería haberme dejado llevar así por la emoción. No es profesional.

Posó el dedo sobre sus labios, para acallar sus disculpas.

–No digas eso. Si hay alguien que se merece poder desahogarte eres tú. En dos semanas, has cambiado de ciudad sin que nadie te ayude, Daisy ha empezado un nuevo colegio y has trabajado como una loca. Lo de Gaz no ha sido más que el detonante. Seguramente te ha traído a la memoria tu propia lucha para cuidar y educar a tu hija. ¿Verdad, Gemma?

Ella asintió.

Sam le acarició la mejilla.

–A eso se añade el episodio de la señora Heinman, decorar la habitación de Daisy y un millón de cosas más. Debes de estar realmente agotada.

–Sí, la verdad, creo que estoy un poco cansada –admitió ella.

Sam le acarició el pelo y le besó las comisuras de los labios.

–Necesitas un buen baño y meterte en la cama.

–Pero…

–No te preocupes. Yo recogeré todo esto.

La llevó al pie de la escalera.

–Súbete –le dio un cariñoso empujón y ella inició la subida. Cuando estaba a mitad de camino la llamó–. Gemma, ¿qué vais a hacer mañana?

Ella se detuvo y lo miró.

–Por la mañana, iremos a Shillingbourne de compras y a la piscina.

–¿No tienes ningún plan para la tarde?

–Depende del tiempo que haga. Pensábamos ir a Round Hill. La vista desde allí debe de ser fantástica.

–Cuando éramos niños la llamábamos la colina de las cometas. ¿Tiene Daisy alguna cometa?

–No.

–Si pongo la cometa, ¿podría ir con vosotras?

A Gemma se le aceleró el pulso.

–¡Por supuesto que sí! Cuantos más seamos, mejor.
–¿Quedamos a eso de las dos?
–Bien.

Durante toda la mañana del lunes, Gemma recordó el fin de semana como un sueño. A pesar del extenuante trabajo, todavía podía sentir aquella brisa amable que había agitado sus cabellos en lo alto de la cima de Round Hill.

Daisy había disfrutado como una loca y Sam no había parado de reír, mientras ayudaba a la pequeña a controlar el vuelo de la cometa.

Gemma salió de la consulta y llamó a la señora Gloria Watson. Era una mujer embarazada, de unos treinta y tantos años. Iba con unas enormes zapatillas de deporte de hombre y cojeaba ligeramente.

–Gracias por recibirme, aunque no tuviera hora. Quiero ver si usted me puede solucionar el problema sin tener que molestar a los doctores. Dice Ellie que es usted brillante.

–Dejémoslo en competente –respondió Gemma con una carcajada–. Pero no sé nada de tocoginecología.

–No se trata de eso –dijo la mujer dándose unas palmaditas en la tripa–. Mi bebé está perfectamente. Se trata del dedo gordo del pie. Ayer me di un golpe y me empezó a sangrar. La verdad es que me duele mucho. La uña está un poco dañada. Me puse una tirita pero esta mañana, al intentar quitármela, ha empezado a sangrar otra vez.

Gemma hizo todo lo necesario, pero prefirió llamar a Sam para cerciorarse de lo que la mujer necesitaba.

Sam entró sonriente, como de costumbre, y Gemma respondió, a su vez, con una sonrisa. Sentía un cosquilleo en el estómago.

Sam inspeccionó la herida y llegó a la conclusión de que sería mejor llevarla al hospital de Shillingbourne Cottage para un chequeo más riguroso.

Mientras miraba a la enferma, un mechón de pelo se le cayó sobre la frente. Gemma tuvo que contener el impulso de retirárselo suavemente de la cara.

Después de un rato anunció lo que iba a hacer.

–Yo mismo llamaré al hospital. Aquí le dejo la receta del antibiótico –cuando se disponía a salir, se volvió un momento–. Prométame que no se va a marchar sola al hospital. Sé que piensa que puede con todo, pero, de verdad, no lo haga.

Gloria sonrió.

–De acuerdo, se lo prometo. Le diré a mi madre que me lleve si

Phil está trabajando. Ha insistido en traérme aquí esta mañana. Está en la sala de espera.

–Su madre es una mujer razonable –dijo Sam, sonrió a ambas mujeres y salió.

–Si no fuera porque estoy felizmente casada, trataría de cazar a ese ejemplar. Es realmente estupendo. Lo conozco desde que éramos niños. Solía ser callado y reservado, siempre en su sitio. Según parece, estuvo a punto de casarse una vez, pero salió huyendo. La verdad es que es encantador, ¿verdad enfermera?

Claro que lo era.

–Sí, es encantador –murmuró ella, sin querer ahondar en el tema. Le vendó el pie de arriba a abajo, lo que le sirvió para cambiar de conversación–. Me temo que no va a poder ponerse la zapatilla.

–No se preocupe –respondió Gemma sin aparentes problemas y salió a la sala de estar donde la esperaba su madre.

Gemma tuvo que atender a cuatro pacientes más, lo que hizo poniendo el mayor empeño posible, pero teniendo que superar la dura prueba de concentrarse y no pensar en Sam.

Había estado a punto de ponerse en evidencia, cuando el preciado mechón del médico había caído sobre su frente. ¿Qué demonios le estaba sucediendo?

Ellie la llamó a la habitual hora del desayuno. Gemma había decidido no parar esa hora, pero la voz suplicante de la recepcionista la obligó a ceder.

Mientras se comía un sándwich trató de poner en orden sus ideas.

¿Qué le estaba pasando con Sam? ¿Qué había entre ellos? Tal vez, no era más que deseo. ¿Acaso ella estaría tan presente en su mente como él lo estaba en la de ella?

Había sido tan amable y considerado consolándola el viernes.

Sin duda, había una notable atracción entre ellos. Pero Gemma ya no se conformaba con cualquier cosa. No le bastaba alguien que estuviera a su lado, ni alguien que pudiera ejercer de padre para Daisy. Quería muchas cosas más: amistad, sexo, un buen compañero.

De pronto, se dio cuenta de que estaba yendo demasiado lejos.

Apenas si conocía a aquel hombre y ya estaba haciendo planes para el futuro.

Sin embargo, el beso de despedida que le había dado el sábado había sido mucho más.

Además, aquel mismo sábado por la tarde, había sido estupendo: la cometa, un té en el pueblo, y luego, de vuelta a casa, Sam con la niña en sus hombros.

Durante años había estado dedicada en cuerpo y alma a Daisy y Sam había entrado fácilmente en aquel juego.

Pero, después de que Daisy se fuera a la cama, la compañía había sido igual de agradable: habían visto una película, se habían bebido una botella de vino y, finalmente, la había besado en el recibidor de la casa, no sin antes preguntar.

–¿Hay algún motivo por el que no debiera besarte?

Gemma pensó en una docena, la mayoría de ninguna consideración.

–No –había respondido ella.

–¿Tu ex?

–Es muy ex.

–¿Seguro?

–Más que seguro.

–¿Hay alguien más?

–No.

Se inclinó sobre ella y la besó suavemente. Ella respondió como una sedienta flor que hubiera estado durante años en el desierto, esperando a que lloviera. Sus cuerpos se fundieron y sus lenguas se exploraron.

Y, después, un suave abrazo….

–¡Oh, Gemma! –le había dicho él–. No sé lo que me has hecho. Te has metido en lo más profundo de mi piel.

Aquel susurro de palabras había sido como agua caída del cielo. Gemma se había estremecido, y su corazón había latido con fuerza inusitada.

Pero algo le decía que todo iba demasiado rápido.

–Será mejor que te vayas ahora –le dijo.

Sam no dudó un segundo.

–Necesitas más tiempo, ¿verdad?

–Sí.

–Lo tienes –su voz sonaba suave y comprensiva–. Solo te pido que pienses en lo que nos está sucediendo. Te veré en la consulta el lunes.

Tras esto, se había marchado sin insistir más.

Y claro que había pensado en lo sucedido. De hecho, no había hecho otra cosa desde entonces. El recuerdo de su beso y las implicaciones que podía haber tenido permanecieron en su memoria durante todo el domingo. Al menos, había podido sobrevivir sin levantar sospechas en Daisy.

Por suerte, habían pasado parte del día con su mejor amiga, Katy. Mientras las dos pequeñas jugaban, las madres habían podido charlar, sembrando la semilla de una futura amistad.

Sin embargo, el comentario de Gloria Watson sobre cómo Sam

había escapado al matrimonio, la había dejado pensativa. Tal vez, Sam era uno de esos hombres que evadían el compromiso. ¿O habría alguna otra explicación?

Las campanadas del reloj sacaron a Gemma de su ensimismamiento.

Estaba en la consulta y Ellie quería, sin duda, hacerle un resumen de su catastrófico fin de semana.

Pero, a penas si había empezado, cuando el timbre de la puerta de la consulta comenzó a sonar insistentemente.

Gemma y Ellie se apresuraron a atender a quien con tanta impaciencia llamaba.

Se encontraron a un anciano, completamente pálido. Estaba temblando y se tocaba el lado izquierdo del pecho.

–Tengo un dolor terrible –decía el hombre.

Gemma y Ellie lo agarraron y lo ayudaron a entrar.

–¿Lo conoces? –preguntó Gemma.

–No –respondió Ellie–. No está registrado aquí. Hay un coche mal aparcado ahí fuera. Tal vez sea suyo. ¿Crees que se trata de un ataque al corazón?

–Puede ser –dijo Gemma, mientras le tomaba el pulso–. Llama a cualquiera de los médicos, trae la botella de oxígeno y quítale la corbata. Vamos a llevarlo dentro.

Los médicos llegaron enseguida y los cuatro lo trasladaron al lugar adecuado.

El hombre miraba asustado las caras extrañas que tenía delante y trataba de quitarse la máscara.

–Será mejor que te la dejes puesta –dijo Sam, mientras se ponía el estetoscopio–. Soy el médico. Está en la consulta de Blaney St. Mary.

–Parece ser que el ataque ha cesado –murmuró el doctor Mallory–. Pero, a pesar de todo, tendremos que enviarlo al hospital. Ellie, llama a una ambulancia.

Unos minutos después, el hombre parecía haberse repuesto ligeramente.

–Creo que ha sufrido usted un pequeño ataque al corazón –dijo Sam–. ¿Ha tenido algún ataque con anterioridad, señor…?

–Blake –dijo el hombre con los labios temblorosos–. No, nunca. ¿Es serio lo que me ha pasado, doctor?

Sam sonrió.

–Todos los ataques son serios, pero el suyo ha sido muy leve. Lo que voy a hacer es internarlo en el hospital para que le hagan una serie de análisis. ¿Quiere que llamemos a alguien?

Gemma tomó nota del teléfono de su hija. Resultó ser una viuda que pasaba sus vacaciones en Shillingbourne. El hombre se

mostraba agitado y preocupado por todo.

Sam le inyectó un analgésico de efecto sedante. Él y Gemma le aseguraron que se ocuparían de todo. Se quedaron con él, observando el ritmo cardiaco que aparecía en el monitor, el pulso y la respiración, hasta que llegó la ambulancia.

Lo acompañaron hasta que estuvo dentro, juntos, uno al lado del otro, con sus manos casi rozándose.

Sam llevaba las mangas subidas y Gemma podía sentir el calor de su piel.

Sin querer, se ruborizó.

–Tengo que seguir trabajando. Me estoy quedando retrasada.

Sam enlazó sus dedos entre los de ella.

–Un minuto más no va suponer gran diferencia –dijo–. Gemma, sobre lo del sábado, ¿podríamos…?

Su voz se desvaneció al ver aparecer en escena un deportivo rojo que hacía rechinar sus ruedas delante de ellos. Sam reconoció el coche. Era el mismo que había visto aquel día frente a la casa de Gemma.

–¡Maldita sea! –dijo Sam–. ¿Conoces a este maníaco?

Ella asintió.

–Sí –respondió indignada–. Es Neil, mi ex marido.

Capítulo 7

SAM LA miró incrédulo.

–¿Así es que este es el marido que se supone ser tu ex? –le soltó la mano, como si tuviera fuego, se dio media vuelta y desapareció.

Gemma se quedó como una estatua viendo cómo se alejaba de allí.

¿Qué había querido decir con eso de que «se supone ser tu ex»? ¿A qué venía ese tono tan sarcástico? Y, sobre todo, ¿qué demonios estaba haciendo Neil allí?

–¡Sorpresa, Gem! –iba hacia ella dando saltitos, con una infantil y exuberante sonrisa, jugando a ser Peter Pan.

Se paró ante ella, con el mismo gesto que habría hecho un niño. A Gemma la indignaba aquella actitud.

–Hola, cariño. ¡Cuánto tiempo sin vernos!

¡Cariño! ¿Por qué demonios la llamaba cariño? Odiaba que la llamara así, siempre lo había odiado. Tampoco le agradaba el diminutivo de su nombre. Siempre lo había usado cuando eran novios. Pero de eso hacía ya mucho tiempo. Ya no quería saber nada.

–¡No digas tonterías, Neil! Estuviste aquí hace una semana y te dije que no vinieras sin llamar antes. Daisy está en el colegio y yo estoy trabajando. Vente a casa a las cuatro.

Quería tener tiempo para preparar a la pequeña para la visita de su padre.

El gesto de Neil cambió. Las comisuras de los labios se volvieron hacia abajo.

–¿No puedes sacarla del colegio antes?

–No y, además, estoy trabajando. Te veré en mi casa a las cuatro.

Se dio media vuelta y se marchó sin decir nada.

Ellie pareció sorprendida al verla.

–Sam me ha dicho que cambiara algunas de tus citas. Me ha dicho que tenías visita.

–¿Te ha dicho eso? –Gemma sonrió forzadamente–. No hace falta. Como ves, estoy aquí. Pero hazme un favor y llama a la escuela. Diles que si me retraso al ir a recoger a Daisy, que no se la entreguen a nadie más.

Ellie la miró curiosa.

–Sé que suena un poco extraño, pero ya te lo explicaré mañana. Entre tanto, no comentes nada a nadie.

Ellie asintió.

–De acuerdo. No diré nada si no quieres.

–Gracias –dijo Gemma y, acto seguido, se disculpó con un par de pacientes que esperaban hacía un rato.

Decidió apartar de su cabeza tanto a Neil como a Sam y continuar con su trabajo.

Efectivamente, había una larga lista de gente que quería hacerse un chequeo antes de irse de vacaciones y otros que sufrían de fiebre del heno y requerían antihistamínicos. También tuvo que poner una serie de vacunas para aquellos que se marchaban de viaje. Aquello era algo muy común en Londres, pero completamente inesperado para ella en un lugar como Blaney St. Mary.

Los pacientes pasaron sin problema uno a uno, hasta que fue el turno de Jo Pullen y su esposa. Iban a Arabia Saudí. Jo Pullen era un hombre de mediana edad, grande y robusto, que casi se desmaya al ver la aguja. Tuvo que ser convencido por Gemma y por su indignada esposa de que apenas sentiría nada.

–Eso es lo que tú dices –protestó él–. Pero no puedo soportar la visión de una aguja. Por eso odio viajar a ningún lado fuera de la isla.

–Ya está –dijo Gemma momentos más tarde.

–¿Quiere decir que ya me la ha puesto? –preguntó el hombre extrañado–. ¡Pero si no me he dado cuenta! ¡Ha hecho magia, enfermera!

–¿Usted cree? –se rio Gemma–. ¿Por qué van a Arabia Saudí?

Fue la señora Pullen la que respondió.

–Vamos a ver a nuestro hijo, que trabaja allí. Estoy deseando llegar. Será un estupendo cambio.

–Estará todo lleno de arena y de bichos –dijo él, mientras se bajaba la manga–. Pero, al menos, lo peor ya está superado, gracias a usted, enfermera.

Gemma los acompañó hasta la puerta y llamó a la siguiente paciente: la señora Janice Norton.

Era una mujer joven, con un pequeño bebé que llevaba en una mochila y otro de unos tres años con quien se estaba peleando. Tenía la otra mano vendada.

Gemma se aproximó a ella.

–Déjeme que la ayude –agarró al niño y los condujo a la consulta.

El pequeño se quedó sorprendido y miró a Gemma ligeramente asustado.

–Hola, me llamo Gemma, ¿y tú?

El niño metió el dedo en la boca y continuó mirándola sin responder.

–Es muy tímido –explicó su madre–. Se llama Adam.

–Bueno, con los años se le pasará la timidez. ¿Vas al jardín de infancia?

Janice respondió por él.

–El más cercano está en Shillingbourne y es demasiado caro. No podemos permitírnoslo.

–No se preocupe, muy pronto podrá jugar… ¿con su hermano o su hermana?

–Hermana –respondió la mujer.

–Bien, voy a ver cómo va la herida.

Al quitar la venda, notó que iba más despacio de lo que debía.

–Creo que ha estado utilizando la mano más de lo que es conveniente –dijo Gemma.

–Me es imposible no hacerlo teniendo a estos dos. Sobre todo porque Adam requiere mucha atención. Está celoso.

Gemma continuó la cura.

–¿Le permite a Adam que la ayude con la pequeña?

–¡No se me ocurriría! No se da cuenta de que ella es un bebé y de que hay que tratarla con mucho cuidado.

¡Pobre Adam! Estaba claro que era un niño querido, pero… Gemma terminó su trabajo.

–Vuelva dentro de tres días –dijo.

Se sentó en la silla y pensó que debía de decirle algo a aquella pobre mujer. Estaba agotada y desorientada.

–¿Por qué no le explica a Adam cómo tiene que tratar a la pequeña? Dígale que es un bebé y que es por eso, que cuando el era pequeño también lo trataban así. Enséñele y, sobre todo, dele muchos besos y abrazos.

Janice frunció el ceño.

–¡En ningún momento lo he dejado de lado! –dijo la mujer indignada–. Pero hay tantas cosas que hacer. Mi marido quiere que le haga caso todo el día y yo estoy agotada.

–Janice, está muy claro que no ha dejado a Adam de lado. Pero hágale muy patente que lo quiere. El bebé necesita mucha atención, eso está claro. Pero, tal vez su marido podría ayudar.

–¡No! –dijo ella–. Él no quería niños y… yo creo que está celoso –se dirigió hacia el niño–. Vamos Adam. Vamos a casa a merendar.

Gemma pensó que se había excedido, que se había metido donde no debía. Pero al llegar a la puerta, Jenice se detuvo y se volvió.

–Gracias por sus consejos. Todo cuanto me ha dicho me ha servido de ayuda. No sé cómo no me daba cuenta de lo que estaba sucediendo. He sido una necia.

–No es una necia, solamente está cansada. Debería venir a que la viera el doctor. Seguramente, sus hormonas están un poco alteradas. Tal vez, él podría darle algo para ayudarla.

–¿De verdad? –dijo la joven madre con una inesperada luz en el rostro–. ¡Sería fantástico si pudiera dejar de sentirme tan cansada!

La mujer se marchó y Gemma se puso a recoger la consulta. No sabía si había hecho bien dándole esperanzas de que Sam le solucionaría el problema. Pero, en cualquier caso, una visita al joven doctor la ayudaría. Janice estaba tremendamente necesitada de afecto y eso saltaba a la vista. Las palabras del afectuoso doctor podrían ser como una pócima mágica.

Gemma se dio cuenta de que solo pensar en su nombre producía todo tipo de extraños efectos en ella. Pero no debía permitir que le sucediera eso. Especialmente, después del modo en que la había dejado al llegar Neil.

¡Neil! Miró el reloj. Eran las tres y cuarto. Debía darse prisa si quería recoger a la niña con tiempo suficiente para explicarle que su padre estaba allí.

Daisy recibió a su padre con cierta distancia, como siempre hacía. Lo besó precavida, a pesar del sonoro beso que él había imprimido en su mejilla. Pero sonrió complacida al ver el paquete envuelto en papel de regalo que le había llevado.

–Esto es para recordarte cuánto te quiere tu papi.

–Gracias –dijo Daisy, con la voz temblorosa por la emoción.

Gemma trató de evitar el resentimiento que su gesto le producía. Tácitamente rogaba a Daisy que no se dejara impresionar, que aquel era el mismo hombre que había hecho caso omiso de ellas durante tanto tiempo. Un regalo caro no podía cambiar eso.

Y, efectivamente, era un regalo caro. Una de esas muñecas con cara angelical, vestida de rosa, que andaba, hablaba, lloraba y cantaba.

Gemma la miró admirada y le acarició el pelo.

Sus grandes ojos verdes brillaban intensamente.

–¡Mira, mami! ¿A que es preciosa?

–Sí, cariño, lo es.

Durante un instante, Gemma sintió envidia de Neil, que podía darle a su hija un juguete que la hiciera sentir tan bien.

Pero pronto se dio cuenta de que era un pensamiento absurdo. Daisy era feliz con muchas otras cosas. No necesitaba juguetes caros.

A pesar de todo, por primera vez Neil se había esforzado. Había que reconocerle cuanto menos eso.

–¡Qué suerte tienes! –dijo Gemma–. Yo creo que papá se merece un beso de agradecimiento.

Daisy se inclinó y besó a su padre.

–¿Y esta otra mejilla? –dijo Neil.

La niña lo besó rápidamente.

–También me vendría bien un abrazo –insistió.

Daisy frunció el ceño, pero, finalmente, se bajó de la silla y lo abrazó.

Gemma pidió que no insistiera más, que no convirtiera aquel pequeño detalle en todo un espectáculo.

Pero Neil se caracterizaba por su falta de tacto, de modo que siguió insistiendo.

Después de todo, así había sido siempre. Carecía de tacto. Casi todos los hombres carecían de tacto. Excepto Sam.

¿De verdad? ¿Entonces por qué se había ido de aquel modo al ver aparecer a Neil?

–Papá –dijo Daisy–. Me estás apretando mucho y le estás haciendo daño a mi muñeca.

La voz de la pequeña sonaba constreñida y algo desesperada.

–Neil, deja a la niña.

–¿Estás celosa?

–No. Pero ya te ha dado las gracias. No lo estropees. La estás asustando.

Neil soltó un poco el abrazo.

–¿Te estoy asustando?

Daisy lo miró. Negó con la cabeza.

–Pero quiero bajar y Rose también. Quiere bajar…

Neil hizo un gesto de enfado infantil.

–De acuerdo, si eso es lo que quieres.

La soltó con excesiva vehemencia.

Daisy se abrazó a su muñeca y se quedó unos segundos mirando a su madre y a su padre. Gemma se sentía mal. No quería hacer de su hija un motivo de guerra.

–¿Por qué no llamas a Katie y le cuentas lo de la muñeca? Puedes llamar desde mi habitación.

–¿Puedo hacer eso de verdad, mami? ¡Qué bien! –salió corriendo en dirección al dormitorio de su madre.

Se hizo un silencio tenso y Gemma y Neil se miraron fijamente.

Gemma pensó que lo mejor era ignorar lo sucedido, no hacer ningún comentario al respecto.

–¿Quieres un café o un té?

–Preferiría algo más fuerte –dijo él, todavía furioso.

–Pensé que como tenías que conducir… –dijo ella, sabiendo que la petición había sido más que esperada. No hizo mención alguna a la media botella de whisky que tenía–. Lo único que tengo es vino.

–Bueno, qué se le va a hacer –de pronto, la sonrisa infantil

volvió a tintar su rostro–. Me alegra que todavía te preocupes por mí, que te importe que pueda tener un accidente.

–Me preocupa que cualquiera pueda tener un accidente. He visto demasiados casos en el hospital –se dirigió a la cocina–. Enseguida vuelvo.

Neil estaba junto a la ventana cuando ella regresó. Gemma atravesó la habitación y le dio una de las copas.

–Salud –dijo él.

–Salud –respondió ella, sin poder pensar en nada más, con el único deseo de que se marchara. De pronto, se dio cuenta de que aquel mismo hombre que ahora quería tener a distancia había sido, tiempo atrás, un gran amor.

Neil se bebió el vino casi de un trago y miró al reloj.

–¡Maldita sea! Me tengo que ir –miró a Gemma–. ¿Sabes una cosa? Deberíamos volver a estar juntos otra vez, tú y yo.

Gemma se quedó sin habla durante unos segundos. Al fin, rompió el silencio.

–¿Y Daisy?

–También. Ella va incluida en el paquete.

Gemma no daba crédito a lo que acababa de oír.

–¿Pero qué dices?

Neil ignoró el tono sarcástico de su comentario.

–¿Qué me dices? ¿Lo intentamos?

Gemma respiró profundamente, para aplacar su ira.

–Creo que lo único que debemos intentar es no empeorar las cosas aún más.

–¿Tienes miedo de enamorarte perdidamente de mí otra vez? ¿O es que todavía no has superado lo que sentías?

Gemma lo miró absolutamente perpleja. ¿Cómo podía imaginarse que todavía lo amaba después de lo que le había hecho, del modo en que las había abandonado tanto a ella como a su hija?

A Gemma todavía le sorprendía que aquel mismo hombre niño pudiera ser tan bueno en el mundo de los negocios.

Gemma le quitó el vaso vacío de las manos.

–Lo pasado, pasado está, Neil. Ya es hora de que te marches. Tienes una cita.

–Sí, pero volveré pronto.

Lo llevó hacia la puerta.

–Te despediré de Daisy –dijo Gemma, con la esperanza de que no insistiera en despedirse personalmente. La niña ya había tenido bastante para un solo día.

Pocos minutos después, oyó con alivio que el motor de su deportivo se alejaba.

Gemma no podía dormir. Los eventos del día insistían en aparecer una y otra vez.

La sugerencia de Neil de que volvieran juntos la había puesto furiosa y, al mismo tiempo, había levantado en ella cierta aprehensión. No porque pensara que Neil pudiera ser violento ni nada por el estilo, pero sí porque sabía que era como un niño malcriado que se podía enrabietar.

Respecto a Sam, el modo en que la había tratado también le dolía. ¿Qué había creído que era Neil para ella? Qué le había hecho reaccionar de aquella forma tan extraña.

También estaba preocupada por la reacción de Daisy ante la visita de su padre, lo que era absurdo pues la pequeña se había ido felizmente a la cama sin darle más importancia.

El reloj de la iglesia estaba dando las nueve menos cuarto cuando Gemma cruzaba la explanada en dirección al trabajo.

–Quizás Sam y yo podamos olvidar lo ocurrido ayer y comportarnos normalmente, como si nada –se dijo–. Pero debo de estar soñando. Seguramente me evitará como si fuera una plaga y no me dará la oportunidad de pedirle explicaciones.

Pero el destino dispuso que se encontraran de frente, imposibilitando que la pudiera evitar.

–Buenos días –dijo él al verla.

Gemma sintió un nudo en el estómago.

–Buenos días –respondió.

Sam sonrió ligeramente, pero era una sonrisa superficial, carente de la espontaneidad que tenía otras veces.

Con un tono de voz neutro se dirigió a ella.

–¿Podrías venir a mi consulta en cinco minutos?

Gemma no podía negarse, a pesar de su tono frío y poco jovial.

–Bien, doctor.

Se quitó la chaqueta, se pasó los dedos por el pelo y se miró al espejo. Sus ojos reflejaban tristeza. ¿Por qué tristeza? Por Sam, por el modo en que la estaba tratando, por su incomprensible rabia. ¿Por qué se había enfadado?

Suponiendo que fuera por el modo en que Neil había llegado con el coche, eso no le daba derecho a culparla a ella.

Era como si un motivo personal lo hubiera desconcertado y obligado a partir como alma que llevaba el diablo. Pero, ¿qué motivo? Si apenas si conocía a Neil.

Él sabía que había un ex marido, y que era un ex de verdad, pues ella se lo había dicho. Pero, ¿no se daba cuenta de que eso no

implicaba que fuera ex padre? Como tal, tenía todo el derecho del mundo a visitar a su hija.

¿Acaso se le había ocurrido pensar que quizás hubiera algo entre ellos aún?

¿Vendría su resentimiento de la sensación de tener algún derecho sobre ella?

Después de todo lo único que había entre ellos era una fuerte atracción.

Miró al reloj y el corazón le dio un vuelco.

Ya habían pasado los cinco minutos de rigor. Se dirigió a la consulta y llamó a la puerta. Él la invitó a entrar.

Él estaba de espaldas, mirando por la ventana. Después de un rato, se volvió.

–Quiero disculparme por lo de ayer –dijo en tono humilde–. No debería haberme ido del modo que lo hice. Debería haber esperado a que me presentaras a… tu marido.

Gemma sintió que el corazón se encogía.

–Es mi ex marido.

Sam se aproximó a ella.

–¿Estás segura de que es tu ex?

Gemma sintió una mezcla de rabia, incredulidad y tristeza. Creía conocer mejor a aquel hombre y la estaba decepcionando.

–Te dije la otra noche que era mi ex, y lo dije en serio. ¿Por qué no me crees? –su voz surgió casi como un susurró. Sentía ganas de llorar, pero tuvo que contenerse. No había ningún motivo para llorar. Sam no era sino un hombre más.

Sam se acercó aún más, mientras la miraba directamente a la cara, buscando sus ojos.

–Gemma, no sé cómo arreglármelas con estos celos que siento.

–¡Celos! –exclamó ella, sorprendida.

–Sí, eso es: siento celos –el intercomunicador interrumpió la conversación–. Dime, Ellie.

Gemma se había quedado inmóvil, observando a Sam. ¡Celos! Qué increíble…

Las palabras de Ellie llegaron hasta ella. Hablaba de una bicicleta y de un accidente.

Gemma hizo un gran esfuerzo para poder recuperar la compostura y adoptar una actitud profesional.

–¿Puede andar? –dijo Sam–. Bien. Gemma está aquí. Iremos para allá. ¿Hay alguien con él? Pues entonces será mejor que le diga algo a su madre.

Colgó el teléfono y se volvió hacia Gemma. Sonrió.

–Lo siento una vez más. Me imaginaba que pasaría esto. Una vez más, la conversación queda interrumpida. Me temo que la

obligación nos llama. Jason Lowe se ha caído de la bicicleta. Vamos a tener que limpiarle las heridas.

Gemma lo siguió hacia el pasillo.

Era uno de los hijos de Shirley Lowe, una de las primeras pacientes a las que había atendido.

–¿Su madre es Shirley Lowe?

–Sí. Supongo que primero lo regañará por haberse lanzado con la bicicleta a semejante velocidad y luego lo matará a besos. Es una muy buena madre.

El niño de trece años era grande y patoso como su madre. No dejó de sonreír durante el tiempo que tardaron en limpiarle las heridas y hacerle el tratamiento.

–Has tenido mucha suerte, Jason. Este corte de aquí podría haberte llegado hasta el ojo –le dijo Sam–. Por si acaso, voy a mirar el fondo del ojo, no sea que haya algún daño.

Examinó detenidamente al muchacho con el oftalmoscopio y no encontró nada.

–Yo ya he terminado. ¿Cómo vas tú?

Sus palabras eran formales, pero el tono era extremadamente cálido, casi íntimo.

–Yo también he terminado. Pero me parece arriesgado dejar las heridas al descubierto. Ahora va con pantalón corto, pero mañana tendrá que ir al colegio con pantalón largo y puede que le haga daño.

Sam asintió.

–Tiene razón. Yo preferiría que se quedaran al aire libre para que se secaran antes, pero la enfermera tiene razón.

–Si no fuera al colegio –dijo Jason, mirando a su madre que acababa de llegar–, no tendría que llevar pantalón largo.

Shirley hizo un gesto de descontento.

–Si el doctor opina que puedes ir al cole, irás al cole.

–Por lo que a mí respecta, no hay ningún problema. Lo único que no puedes hacer es jugar al fútbol durante tres o cuatro días. En cinco días, tendrás que venir a ver a la enfermera –se quitó los guantes de plástico y los tiró a la papelera. Tengo que salir a ver a otros pacientes. La enfermera te ayudará.

Gemma pasó el resto de la mañana muy ocupada y tratando de recuperar el tiempo que había empleado en la cura. No pudo tomar café, lo que evitó que tuviera que contarle a Ellie lo sucedido con Neil el día anterior. Eso no significaba nada pues, tarde o temprano, tendría que contárselo.

Por suerte, tampoco estaba a la hora de la comida, pues un dolor de muelas se la había llevado de allí y, en su lugar, estaba la señora Mallory.

Al entrar en su casa, a la hora de la comida, el teléfono estaba sonando. Antes de que nadie hablara ya suponía que era Sam.

–Gemma, soy Sam. No podré verte después de comer, pues tengo que ir a Shillingbourne Cottage. Pero tenemos que hablar. Te iré a ver a eso de las nueve, cuando Daisy esté dormida. Si no me dices lo contrario, daré por hecho que me esperas a esa hora.

Entre paciente y paciente, Gemma se debatía entre dejarle o no un mensaje anulando la cita. Para cuando recogió a Daisy del colegio, ya había decidido no llamar y esperar a que llegara.

Realmente, tenían que hablar.

Capítulo 8

GEMMA tenía una jarra de café y unas galletas preparadas cuando Sam llegó a las diez. No había reproche posible que hacerle, a pesar de que llegaba una hora tarde.

–Pasa y siéntate antes de que te caigas. Se te ve agotado.

Gemma se había pasado toda la tarde nerviosa y en espera de aquel encuentro. Pero en el momento en que lo vio en aquel estado, los nervios se desvanecieron.

Sam se sentó en el sillón. Estaba abatido.

–¿Ha pasado algo en el quirófano? –le preguntó ella.

Sam la miró.

–La última paciente de la lista, una chica joven de diecisiete años… Era una operación de apendicitis que debería haberse superado sin complicaciones. Cuando ya estábamos a punto de acabar le dieron dos ataques al corazón…

–¿Ha…?

–No –respondió él–. Logramos salvarla en el último momento. Pero está muy delicada. La cuestión era por qué había sucedido. Todas las pruebas daban correctas. Solo quedaba una posibilidad…

–Una embolia cerebral –susurró Gemma.

–Sí. Sacamos una radiografía y resultó ser una embolia. ¿Cómo se iba a imaginar Roger que había algo así? La muchacha no sufría mareos ni dolores de cabeza. Al parecer ha sido la operación lo que ha desatado todo.

Miró a su café y, enseguida, volvió a levantar la cabeza.

–Es terrorífico ver cómo una adolescente de diecisiete años está luchando entre la vida y la muerte en la UCI. Solo unas horas antes me estaba preguntando si podría correr en la maratón por los enfermos de leucemia. Y, aunque sobreviva… ¡Dios santo, ha tenido una embolia cerebral a los diecisiete años! Por la posición del coágulo, se le va a quedar paralizado todo el lado derecho. ¿Qué va a ser de su vida, estando medio paralítica?

–Sam, sé que es un cliché pero, mientras hay vida, hay esperanza. Hoy en día hay muchos medios de recuperación. No hay ninguna razón para que en su caso no sirvan.

Miró la mano que Gemma había posado sobre su brazo y luego la miró a los ojos.

–Tienes toda la razón –le dijo–. Se puede recuperar

completamente, pero necesitaba oírlo. Sé de muchas mujeres que habrían refunfuñado porque he llegado tarde, pero tú no lo has hecho. Incluso me has dejado hablar de esto. Gracias.

Gemma sonrió.

–Las gracias no hacen falta. Soy enfermera.

¿A qué mujeres se refería? ¿Mujeres con las que había tenido relaciones íntimas? No había ninguna razón para pensar que no habría un montón de mujeres en su vida. Según Gloria Watson había estado cerca del altar. Pero, ¿qué importaba lo que dijera nadie?

Claro que cuando el río suena…

Era un hombre atractivo y, por supuesto, atraería a muchas mujeres.

En cuanto a su vida social era todo un misterio para ella. Quizás, durante los escasos ratos libres con los que contaba, se dedicaba a llevar una azorada vida en Shorehampton o en Bournemouth. La verdad era que sabía muy poco de su vida, con la excepción de lo que le había contado aquella gloriosa tarde de sábado en que estuvieron volando la cometa.

–¿Podría tomar otra taza de café? –preguntó él. Sam le había tendido la taza y la miraba con una sonrisa. Estaba más relajado.

Gemma se dio cuenta de que se había quedado anonadada mirándolo. Salió de su ensimismamiento y se ruborizó al reparar en lo que le había ocurrido.

–Sí, claro –dijo rápidamente.

¿Había notado él que durante unos segundos se había perdido en sus ojos?

Gemma fue por el café y trató de seguir como si nada hubiera sucedido.

–¿Se puede saber qué es lo que ha causado la embolia?

Sam dio un largo trago a su café.

–Quizás se pueda. Le van a hacer una larga lista de pruebas y puede que eso nos de una respuesta. Pero, como tú misma me has dicho en alguna ocasión, en nuestra profesión hay que saber contar con los imprevistos. Es la pesadilla que nos corresponde vivir. El pobre Roger se está atormentando con la idea de que, tal vez, debería de haber previsto algo que no ha sido capaz de ver.

–¿Es posible?

Sam negó con la cabeza.

–Improbable. Es un anestesista experimentado. Además, todos los análisis fueron positivos. La muchacha es, además, una deportista. Realmente la embolia ha sido un inesperado accidente –miró al reloj–. Me pregunto cómo estará.

Miró a Gemma como si ella tuviera la respuesta.

–Podrías llamar al hospital.

–Tienes razón –dijo él como si le acabaran de descubrir la luna–. ¿Cómo no se me había ocurrido pensarlo?

Como todas las personas inteligentes, a veces son incapaces de ver lo más obvio.

Sacó el móvil y marcó el número, mientras Gemma recogía los platos. Se había comido todas las galletas. Debía de estar muerto de hambre.

Sam preguntó por el doctor Hayes y fueron a avisarlo.

–¿Quieres un sándwich? –le preguntó, mientras esperaba a que el doctor se pusiera.

–Sí, por favor –respondió él y le acarició la mano con los dedos. Fue un tacto leve, pero a Gemma la estremeció por completo.

Hizo una pila de sándwiches de pollo y agarró la media botella de whisky que le había negado a Neil. Volvió al salón.

Sam estaba sentado al borde del sillón, con el teléfono en la mano y una expresión ilegible en el rostro.

–¿Y bien? –su voz salió como un susurro.

Sam se levantó y se metió el móvil en el bolsillo.

–Se ha estabilizado. Todavía no ha salido del peligro, pero si sigue así, mañana podrán trasladarla a Bournemouth en helicóptero para que comiencen con el tratamiento especializado. Hace unas horas no habría ni soñado con algo así.

–Entonces son buenas noticias. Cuanto antes puedan empezar con el tratamiento, mejor. Eso puede llegar a evitar la parálisis, ¿verdad?

–Eso es lo que se piensa últimamente. Aparentemente, si se empieza una terapia de masaje, fisioterapia y terapia lingüística horas después de un ataque cerebral, los daños pueden ser reversibles. Por favor, que se haga realidad en este caso.

Sus ojos azules se fundieron con los de ella.

–¡Oh, Gemma!

Le tomó las manos y comenzó a besarla. Luego la abrazó.

Gemma se sentía como en casa. Su corazón latía al mismo ritmo que el de él. Se quedaron juntos, de pie, durante un largo rato, apoyándose el uno en el otro.

Así es como debería de ser siempre: el uno soportando al otro. Ese fue el pensamiento de Gemma. Pero apenas se conocían. Gemma recordó lo que Gloria Watson le había contado. Tal vez, había algo oscuro en el pasado de Sam. Tal vez, no era el hombre perfecto que parecía ser. Pero no le importaba.

–¡Qué a gusto estamos así! ¿Verdad? –murmuró Sam.

–Sí –susurró ella.

–Estamos en perfecta armonía, Gemma, lo hemos estado desde

la primera mañana que nos conocimos –dijo él y le levantó la cara–. No importa cuánto tiempo haga de eso. Pertenecemos el uno al otro.

El reloj del salón dio las once y un silencio absoluto se adueñó de todo.

Una docena de pensamientos se entremezclaban en la cabeza de Gemma. ¿Qué quería decir con aquella expresión? ¿Estaba hablando de matrimonio o de otra cosa? ¿Y Daisy? ¿Cómo encajaba Daisy en sus planes?

Todo parecía muy romántico. Nada importaba. Pero había una niña a la que le importaba todo mucho. Después de la relación que tenía con su padre, probablemente le resultaría realmente difícil aceptar a ningún otro hombre.

Quizás solo estuviera hablando de sexo.

–¿Qué quieres decir? –preguntó ella en un susurro–. ¿Qué significa que pertenecemos el uno al otro?

–Lo que he dicho. Creo que casi puedo leer tus pensamientos…

¿De verdad podía? Se ruborizó.

–No hay mucho misterio, mi amor. Significa que tú debes de estar conmigo y yo contigo. Tú, Daisy y yo juntos.

–¡No te has olvidado de Daisy!

–¡Maldita sea! ¿De verdad pensaste que me podía olvidar? –parecía realmente indignado.

–Yo… Bueno, Neil nunca…

–¿Qué tiene que ver Neil en todo esto? Se supone que estás divorciada. ¿Por qué anda siempre por aquí? ¿Todavía sientes algo por él?

–¡Claro que no!

–¡Lo siento, siento que me ponga tan nervioso, pero es que no lo soporto!

–Si no lo conoces…

–Me basta con lo que he visto. Es un maníaco que se dedica a exhibir su deportivo a toda velocidad y que, además, en algún momento de su vida te ha hecho mucho daño. La idea de imaginaros juntos…

Sam parecía realmente afectado por la idea. Había en su rostro un gesto de dolor que proclamaba a gritos que la amaba.

–Sam, no hay nada entre nosotros. Solo que tiene derecho a ver a la niña, lo que no hace muy a menudo. No es un buen padre, nunca lo ha sido. No pudo asumir la responsabilidad cuando la niña nació. De vez en cuando aparece, y juega a ser padre un rato, pero en ocasiones pasan meses de una visita a otra.

Sam tomó su rostro entre las manos.

–¿Es por eso que te resultaba difícil pensar que estaba

incluyendo a Daisy? ¿Piensas que no tengo ningún sentido de la responsabilidad?

–Tengo miedo por ella, Sam. Ha tenido tantos cambios en su corta vida. Su padre no ha hecho más que prometer cosas que nunca ha cumplido. A veces la malcría, otra veces la ignora. A veces, incluso, la atemoriza.

Sam la miró con horror.

–¿Te refieres físicamente?

–No, nunca le ha pegado, no se lo permitiría. A veces es excesivamente afectivo y, acto seguido, se vuelve taciturno y silencioso si Daisy no hace exactamente lo que él quiere. Eso la asusta y hace que se sienta culpable. Neil es como un camaleón y Daisy no sabe lo que es tener cerca un hombre sólido en el que se puede confiar.

Sam le besó la nariz.

–Yo seré sólido, déjame demostrártelo –su voz sonaba profunda y sugerente. Comenzó a acariciarle las mejillas–. Eres muy hermosa y llevas demasiado tiempo sola. Todo lo que quiero es cuidar de Daisy y de ti. Cuanto antes pueda empezar, mejor.

Gemma sintió miedo. Era fácil hacer promesas, pero otra cosa era cumplirlas.

Sam era un soltero empedernido. ¿De verdad quería abandonar su libertad por ella y por Daisy? Tendría que preguntárselo. Pero no aquella noche, ya había tenido bastante… y ella también.

Lo único que realmente importaba era la felicidad de Daisy. Todo iba demasiado deprisa.

–Gemma, vuelve a mí, por favor –su voz era suave pero firme–. ¿Qué te ocurre?

Parecía tan comprensivo, todo lo contrario que Neil.

–¿Cómo sabes que me ocurre algo?

–Tus ojos lo dicen todo. Por favor, dime qué pasa.

–Necesitamos tiempo. Todo me parece tan irreal. Apenas si nos conocemos, y especialmente Daisy necesitará más tiempo. Tengo que asegurarme de que le gustas y de que confía en ti.

–¿Que me acepta?

–Exacto. Llevamos tanto tiempo solas. Sería una mala madre si me apresurara en exceso. No tengo derecho a hacerle eso, solo porque…

–¿Nos hemos enamorado?

Gemma se mojó los labios.

–Sí –susurró.

Sam sonrió.

–Entonces, iremos despacio. Te cortejaré a la antigua usanza, hasta que nos conozcamos y me haya ganado el amor de Daisy.

Porque te aseguro que pienso ganaros a las dos, y conseguiré ser el mejor padre del mundo para ella –volvió a tomarla de la barbilla–. Me crees, ¿verdad, Gemma?

Su dulzura casi la hace llorar.

–Sí, Sam, te creo. Gracias por ser tan comprensivo.

–No hay nada sobre lo que ser comprensivo. El amor maduro es así, se basa en promesas. No soy ningún adolescente que confunde amor con deseo, ni alguien que no haya aprendido el valor de entregarse de verdad a alguien. No os decepcionaré, amor mío –la besó dulcemente y, en ese instante, sonaron las campanadas de las once y media–. Y ahora será mejor que me vaya, para que no peligren nuestras buenas intenciones y para que las lenguas no vayan más deprisa que nosotros.

Gemma se rio.

–¿Por qué se iban a interesar en nosotros?

–Porque somos noticia. Este es un pueblo pequeño y todo el mundo hablará de nosotros. El joven doctor al que medio pueblo conoce desde niño y la hermosa enfermera. Es el mejor cotilleo que podrían tener.

–Quizás me vean como una oportunista. Mientras Daisy no sufra…

–Daisy no sufrirá, cariño. Todo el mundo te conoce ya como una buena madre y una extraordinaria enfermera. No creo que nadie quiera haceros daño. Ahora me voy. Buenas noches, mi amor. Duerme bien. Gracias por el café y por escucharme y, sobre todo, gracias por quererme.

Le dio un último beso y salió de la habitación.

Poco después, se escuchó el sonido de la puerta.

Gemma se metió en la cama y pensó en todo lo sucedido. Quería hacer un repaso de lo acontecido desde que Sam había llegado hasta que se había marchado. Pero no pasó del momento en que la había tomado en sus brazos. Se regodeó en ese instante y se quedó profundamente dormida, hasta que, al día siguiente, Daisy entró en su habitación a las siete en punto.

Daisy estaba eufórica por todo lo que iban a hacer durante el día.

–Esta tarde viene Katy, mami, que no se te olvide.

–No se me olvida. ¿Qué preparamos de merienda?

–Sándwiches de queso y pastel de fresa y nata.

–Muy bien.

–Y chocolate para beber.

¡Qué fácil era hacerla feliz!

–Creo que podré complacerte.

Después de dejar a Daisy en el colegio, Gemma se dirigió a la consulta.

Se preguntaba intrigada cómo sería su encuentro después de lo que habían acordado la noche anterior, cómo sería eso de trabajar juntos en aquellas circunstancias. ¿Cómo reaccionarían sus padres ante aquella situación? La habían hecho sentir como en casa cuando solo era una empleada. Pero, ¿qué pensarían de ella como probable nuera?

Trató de imaginárselo: una mujer divorciada con una niña pequeña. Seguro que pensarían que su hijo estaba cometiendo un error. ¿Y Ellie, quien, de un modo soslayado, le había confesado su interés por Sam?

Según se lo había puesto Sam todo parecía fácil. Después de un tiempo, Daisy llegaría a conocerlo y a quererlo y todo sería parte del milagro que la había llevado hasta Blaney St, Mary.

–Buenos días, ¿no te parece que hace una mañana absolutamente perfecta?

Gemma se sobresaltó al oír la cadenciosa voz de Sam. Caminaba hacia ella, acompañado de Rufus y de Rex, dos enormes perros que también formaban parte de la familia. Los perros la olieron y ella les acarició la cabeza.

Allí estaba Sam, alto y musculoso, con su pelo brillante bajo la intensa luz de la mañana.

–Sí –respondió ella–. Pero, ¿por qué estás paseando a los perros a esta hora?

–Hoy empiezo mi jornada un poco más tarde.

Gemma se aclaró la garganta.

–Lo sé, pero generalmente la utilizas para ponerte al día con los papeles.

Los ojos de Sam eran increíblemente azules y cálidos.

–Esta mañana he decidido romper la rutina y venir a buscar a mi amor –tomó entre sus dedos un mechón de pelo y se lo colocó detrás de las orejas.

–¡Vaya! –Gemma miró de un lado a otro para comprobar si alguien los observaba.

Sam se rio.

–¿Temes atraer la atención? Bueno, me atrevería a decir que detrás de algunas ventanas nos están espiando. Pero, mejor. Cuanto antes se acostumbren a vernos juntos, mejor. A ti no te importa, ¿verdad, Gemma?

Gemma sonrió.

–No, no me importa, siempre y cuando Daisy no sufra ningún daño. Querría poder explicárselo yo antes de que se lo diga nadie –

apartó los ojos de su magnética mirada y vio la hora–. Me tengo que dar prisa o llegaré tarde. Luego nos vemos.

Sam la acompañó.

–¿Esta noche? –preguntó él–. Te prometo llegar más pronto. Puedo ir antes de que metas a Daisy a la cama, como la otra noche. La verdad es que la visita resultó todo un éxito. Podemos hacer algo el fin de semana también. Hay un rally en Lower Boxley. Habrá cars para niños.

Llegaron a la puerta de la consulta, y dieron la vuelta para acceder por la entrada de personal.

Sam le tomó la mano.

–¿Tienes frío?

Ella negó con la cabeza.

Sam soltó la correa de los perros y les ordenó que se sentaran. Se volvió hacia Gemma y abrió los brazos.

–Ven aquí –dijo suavemente.

–Pero… no deberíamos hacer esto aquí –le murmuró Gemma.

Durante unos segundos la tuvo en sus brazos, la besó suavemente y exploró el interior de su boca.

Gemma comenzó a sentir que las piernas le flaqueaban. Casi no podía ni respirar. Con un gran esfuerzo, se apartó de él.

–Me tengo que ir –le dijo–. Por favor, Sam.

La acarició suavemente.

–Te quiero –le dijo.

Agarró las correas de los perros y se fue.

Capítulo 9

GEMMA se peinó y se pintó los labios, para disimular el beso. Se miró en el espejo y trató de ver si alguien podría adivinar lo que había sucedido fuera.

Solo la mirada soñadora podía decir más de la cuenta. Se sentía en el paraíso.

Al llegar a la recepción se encontró con la señora Mallory. Normalmente, la presencia de Olivia era bienvenida, pero aquella mañana lo último que necesitaba era encontrarse con ella. ¿Qué habría pensado de haber visto a su hijo en brazos de la enfermera solo minutos antes?

Gemma sentía que el corazón golpeaba con fuerza contra las costillas, pero fingió una sonrisa.

–Buenos días, señora Mallory. Es una sorpresa verla aquí. Pensé que Ellie ya estaría recuperada.

Trató de sonar normal y cotidiana, pero no lo consiguió.

Olivia Mallory alzó la vista y miró a Gemma.

–La pobre Ellie lo está pasando mal. Ayer el dentista encontró una infección donde solo creía que había una muela picada. Está tomando antibióticos pero se encuentra muy mal, de modo que le he dicho que se tome un par de días.

–Pobrecilla. Lo siento por ella y por usted, porque, si no recuerdo mal, pensaba irse de compras mañana.

–Tal vez lo pueda hacer. Helen Brodie ha vuelto de sus vacaciones. Es la mujer que sustituye a Ellie.

Gemma asintió.

–Sí, la conozco de nombre. Bueno, será mejor que me ponga manos a la obra. Mis pacientes esperan.

Agarró la lista y comenzó la dura jornada de trabajo.

Pero entre paciente y paciente no podía dejar de pensar en lo sucedido. La obsesionaba Daisy y cuándo tendría el valor suficiente para enfrentarse a ella y contarle lo que estaba sucediendo. ¿Cómo se lo tomaría la pequeña? ¿Le parecería mal la idea? Y, si así era, ¿qué haría Daisy?

Sam… solo pronunciar su nombre le provocaba todo tipo de efectos, incluso se ruborizaba.

Apartó de su cabeza todo recuerdo del doctor y siguió manos a la obra.

La mañana fue muy agitada, sin tiempo siquiera para tomar un café.

A eso de la una, Sam apareció por la consulta.

Gemma sintió que su corazón se desbocaba ante la hambrienta mirada de que era objeto.

–Había pensado que, tal vez, podríamos comer algo juntos. Pero me ha surgido una emergencia y no voy a poder verte hasta esta noche, amor mío.

¡Amor mío! El sonido de aquellas dos palabras la incitaban a atravesar la habitación como una fiera y a lanzarse a sus brazos.

De pronto, se dio cuenta de que no lo vería hasta la noche y le pareció una eternidad.

–Bueno, no pasa nada –disimuló ella–. Tengo un montón de cosas que hacer a la hora de la comida.

Sam se rio. Estaba claro que no le faltaban estrategias para hacer la situación más llevadera.

Se miraron. Era estupendo estar en armonía, en la misma frecuencia de onda. ¡Solo pedía que Daisy admitiera la situación!

–Me tengo que ir, amor mío. Pero te prometo que todo va a ir bien –se dio media vuelta y se alejó por el pasillo.

Solo de pensar en lo que le acaba de decir, se ruborizó de nuevo. Era como si se hubiera enamorado por primera vez.

Pero, entonces, ¿qué había sido Neil para ella? Estaba claro que no había sido un verdadero amor. Seguramente, había sido un instrumento para lo que ella necesitaba: ser madre. No recordaba muy bien cómo había sido. Había tenido mucho que ver con el sexo, pero nada con la pasión que sentía por Sam.

Pero era una pasión en la que se incluían muchos más ingredientes que puro sexo.

Por suerte era verdad que tenía millones de cosas que hacer a la hora de la comida, por lo que estuvo entretenida.

Pero, cuando estaba a punto de meter el pastel de fresa y nata en la nevera, se dio cuenta de que si Katy iba no podría ir Sam.

Su ánimo se derrumbó.

–¿Cómo no lo había pensado antes?

Sabía exactamente por qué. Ansiaba tanto verlo, que había apartado de su cabeza todo pensamiento lógico.

Agarró el teléfono y lo llamó. El respondió de inmediato.

–Hola, Sam. No te voy a entretener mucho. Es solo que esta noche no puedes venir, porque hay una amiga de Daisy en casa.

–Y, ¿por qué es ese un motivo? –dijo en un tono divertido.

–Bueno… porque… –Gemma no sabía bien qué decir–. No lo sé bien.

–Es solo una pequeña que le contará a su madre que ha visto al

doctor Sam en tu casa. ¿Qué tiene eso de malo? –soltó una carcajada.

Se estaba riendo de ella. No se habría esperado eso. ¿Qué había de aquella promesa de ser uno? ¿No se daba cuenta de que estaba preocupada por Daisy?

–¿Estás bien, amor? –su voz había dejado a un lado el tono de sorna.

Gemma habría querido poder gritar que no estaba bien, que tenía un montón de sentimientos mezclados, que se sentía culpable de haberse enamorado, que no confiaba en él, que podía acabar haciéndole lo mismo que Neil le había hecho.

Pero no fue capaz de decir nada.

–¿Gemma? –repitió Sam–. ¿Qué ocurre? Escucha, si realmente no quieres que vaya esta noche, no iré. ¿Es por Daisy?

Su suave y comprensivo tono la ablandó.

–Sí, es por ella. Tengo tanto miedo de que sufra por los cotilleos –le temblaban las palabras en los labios. De pronto, sin tener sentido, soltó una pregunta que había tenido pendiente desde hacía mucho tiempo–. ¿Es verdad que abandonaste a alguien cuando eras joven?

Nada más formular la pregunta se dio cuenta del error que había cometido. ¿Cómo se le ocurría preguntar algo así por teléfono y en aquellas circunstancias? Pero la realidad era que necesitaba saberlo.

–Sam, contéstame, por favor. Tengo que saberlo.

–Sí, claro que tienes que saberlo –dijo secamente–. Pero pasó hace mucho tiempo.

–Creíste que no me enteraría.

–No es eso. Te lo habría contado yo en algún momento, cuando viniera al caso.

«Cuando viniera al caso». ¿Cuándo habría sido eso?

–¿De verdad? –preguntó ella incrédula e hizo un esfuerzo por recabar fuerzas–. Bueno, te dejo, porque estarás ocupado.

–Ahora mismo no hay nadie, pero oigo que alguien se aproxima. Escucha, tengo que verte esta noche como sea. Necesito que me des la oportunidad de contarte mi versión de la historia. Si quieres, iré después de que hayas acostado a la niña.

Por algún motivo, decidió que lo mejor sería dejar las cosas como estaban.

–No, vente a eso de las seis, como estaba previsto –no quería que le pudiera decir que no le había dado tiempo suficiente para explicarse–. Te reservaré un trozo de pastel de fresa y nata.

–Adoro el pastel de fresa y nata.

La otra mitad de la mañana se le hizo eterna. Gemma sentía un gran agujero en el corazón y una inmensa tristeza. Pero tenía que atender a los pacientes a pesar de todo.

Cuando acababa de terminar con el último paciente de la lista, el doctor Mallory le pidió que mirara un caso.

–Es una herida en un pie. Ponle la antitetánica y codeína para el dolor. Pero no llegues tarde a recoger a Daisy –le dijo–. El viejo Harry esperará gustoso a que yo acabe.

Gemma le aseguró que no había problema. Tenía mucho tiempo, pues uno de sus pacientes no había aparecido.

–¿Quién es este hombre, que resulta tan especial para usted?

El doctor Mallory se rio.

–Está registrado aquí, pero no suele venir con frecuencia. La última vez fue cuando su mujer murió, aunque, de vez en cuando, yo me paso por su casa, por precaución. Tiene noventa y cinco años y se ha venido por aquí porque tiene el pie mal.

–¿Ha venido él solo?

–Así es Harry. Me gustaría que lo cuidaras bien pues me conoce desde que era un bebé y, de eso, hace más de sesenta años. Ya estaba casado y tenía niños cuando yo nací. Me conoció como el joven doctor Mallory, y vino a mi boda. Si Sam sentara la cabeza y se casara pronto, iría a su boda también. Bueno, te envío al paciente. Lo dejo con plena confianza en tus expertas manos.

Expertas podrían ser, pero también desubicadas.

Colgó el teléfono intercomunicador. Estaba temblando. La historia de la familia Mallory había removido algo dentro de ella, especialmente la parte en la que había hablado de un matrimonio para Sam. Aquella misma mañana, mientras la besaba a las puertas de la consulta, había considerado la posibilidad casi como un hecho consumado. Pero sus dudas habían hecho que todo se tambaleara.

Fuera cual fuera la posible explicación de Sam, era precipitado pensar en ciertas cosas.

Le importaba saber la verdad por Daisy, pues era, realmente, la única persona que importaba.

Gemma curó satisfactoriamente a Harry Trotter y le rogó que se cuidara.

–Si no lo hace, se volverá a infectar y, ¿sabe? Me meterá en un lío, porque el doctor pensará que no lo he atendido como es debido.

–¿Me está usted haciendo chantaje, jovencita? –preguntó el hombre.

Gemma sonrió.

–Tal vez. Pero es cierto que el doctor se pondrá furioso conmigo si no se cura.

–Bueno, supongo que podré ayudar. Les tengo mucho cariño a

los dos médicos –se levantó y se dirigió hacia la puerta–. Volveré la semana que viene.

–Si de verdad hace eso, me hará la persona más feliz del mundo.

Ciertamente aquel hombre, tal y como le había dicho el doctor Mallory, era alguien muy especial.

Trató de tranquilizarse, mientras cruzaba la calle para recoger a Daisy y a Katy. Había sido un día intenso, desde el comienzo de la mañana, con aquel beso de Sam, hasta la conversación con el doctor Mallory.

El médico estaba muy orgulloso de su familia, del modo en que había permanecido durante generaciones en aquel pueblo cuidando de sus habitantes. Y estaba convencido de que eso continuaría siendo así. Era tanto como decir que sus cimientos estaban firmemente puestos en aquella tierra.

¿Qué pensaba ella de todo eso? ¿Y Daisy?

Suspiró y decidió arrinconar todos aquellos pensamientos y dedicarle la tarde a las niñas.

Acababan de merendar y estaban a punto de decidir qué vídeo iban a poner, si Mary Poppins o Blancanieves, cuando el timbre sonó.

Gemma miró el reloj. Eran pasadas las seis. Debía de ser Sam.

Se levantó.

–Yo voy –dijo Gemma.

Pero Daisy se adelantó y corrió hacia el recibidor con su madre a los talones. La pequeña abrió la puerta.

Era Sam, acompañado de Rex y de Rufus. Estaba en el porche. Las niñas se entusiasmaron y rápidamente abrazaron a los perros.

–Los había sacado a dar un paseo y pensé que quizás Daisy y su amiga podrían querer conocerlos –sonrió.

Daisy levantó la cabeza.

–¿Cómo sabía que Katy estaría aquí, doctor Sam?

–Porque tu madre me dijo que tenía que apresurarse a ir a casa a la hora de la comida para preparar un pastel de fresa y nata –sonrió a las niñas–. A mí me encantan los pasteles de fresa y nata y tenía la esperanza de que hubiera sobrado algo.

–¡Sí, claro que sí! –dijo la niña con entusiasmo–. ¿Verdad, mamá?

Gemma respondió como la perfecta anfitriona.

–Por supuesto y lo vamos a invitar a que coma algo. Pero no aquí, en la puerta de la calle.

–¿Y los perros?

–Ellos también son bienvenidos.

Gemma se apartó de la puerta y Daisy guío a Sam y a los perros al cuarto de estar.

Gemma evitó su mirada, temerosa de lo que él podía encontrar en ella: amor, odio, desconfianza.

Daisy lo invitó a sentarse junto a ella y le sirvió un trozo de pastel. Se sentó delante de él, dispuesta a jugar.

–Como el otro día cuando vino, ¿quiere jugar a las cartas? O podemos jugar al trivial junior.

Gemma se rio.

–Cariño, dale al doctor un poco de tiempo. A lo mejor Katy y tú preferís ver un vídeo, como teníais planeado.

Katy negó con la cabeza.

–No, gracias. Puedo ver el vídeo en cualquier otro momento. Prefiero jugar a las cartas.

Gemma se dio cuenta de que no podía hacer nada. Las pequeñas estaban dispuestas a acaparar a Sam.

–¿Quieres algo de beber?

El médico miró el pastel.

–Un café estaría muy bien.

Sam se sabía un sin fin de juegos infantiles que les fue explicando poco a poco.

Las niñas querían saber por qué conocía tantos juegos.

–Es un legado de mi pasado: muchas tardes lluviosas con un montón de niños de la familia a los que entretener.

Mientras explicaba los juegos, Gemma trataba de descubrir algo en su mirada. ¿Estaría furioso por haber atendido a ciertos cotilleos? ¿Sería capaz de darle una explicación aceptable?

Después de una hora de juegos, Sam anunció que debía marcharse.

–El trabajo de un doctor no se acaba cuando termina la consulta. Tengo que hacer un montón de llamadas. Podríais llamarlo mis deberes.

Las niñas se rieron.

–¿Deberes? Yo pensé que un médico lo sabía ya todo.

–¡Ojalá! –dijo Sam–. En mi trabajo tienes que estar aprendiendo siempre. Gracias por los juegos. Las dos sois muy buenas.

Llamó a los perros, que estaban retozando frente a la chimenea. Los dos se levantaron y, tras una señal de Sam, le dieron la pata a las niñas, que quedaron encantadas.

Gemma estaba confusa. ¿Cómo iban a hablar si se marchaba?

–Pensé que te quedarías a cenar.

–Como te he dicho, tengo un montón de llamadas que hacer –su voz sonó excesivamente directa–. Adiós, chicas. Adiós, Gemma.

¿Qué quería decir con aquel adiós? Sonaba como algo definitivo.

–Te acompaño a la puerta –dijo Gemma. Las niñas se levantaron–. No, vosotras quedaos aquí. Tengo que hablar con el doctor.

Lo siguió hasta el recibidor. Abrió la puerta y salió al porche.

Gemma se apresuró a hablar.

–Sam… –le tocó el brazo.

–Volveré a las nueve, cuando la niña esté dormida. Se lo dices si quieres –su voz carecía de expresión y de emoción.

Perpleja, Gemma vio cómo se alejaba.

A las nueve en punto, Sam apareció en la casa.

Gemma le abrió la puerta y se dirigieron al salón.

Una vez allí, Gemma señaló el carrito de las bebidas.

–¿Quieres algo?

–No, necesito tener la cabeza despejada para aclarar todo esto –tenía la mirada fija en él. Estaba de pie, con las piernas abiertas, en una pose muy masculina–. Gemma, ¿tú me quieres?

–Yo…

–Claramente, di si me quieres o no. La pregunta es muy directa y la respuesta debe de serlo. No quiero que me hables de Daisy, ni del poco tiempo que ha pasado. Lo que quiero saber es si me amas.

Gemma se sentó en el sofá. Aquella era la última pregunta que habría esperado.

–Sí –respondió.

Sam asintió.

–Bien. Pues ahora que hemos aclarado eso, te contaré por qué abandoné a una mujer hace diez años –su gesto era triste.

Gemma levantó los ojos.

–Yo no quería…

–Pero lo has hecho, me has preguntado porque querías respuestas –se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

Gemma apretó los puños.

–Eso quiere decir que realmente abandonaste a alguien –no quería saberlo.

–Tuve una relación medio seria con una enfermera tiempo atrás. La abandoné cuando me enteré de que se estaba acostando con medio hospital. Un día o dos después, anunció que estaba embarazada. Pero ella nunca dijo que fuera mío. Las posibilidades de que así fuera eran pocas. Yo tomaba precauciones. Poco después, ella desapareció sin dejar rastro. No obstante, lo sucedido me marcó y me hizo madurar y comprender lo que es realmente importante en la vida.

En dos pasos se acercó al sofá y se sentó al lado de ella.

–Es por eso, amor mío, que estoy dispuesto a dároslo todo, a ti y a Daisy.

Gemma sintió un inmenso alivio. Claro que no era perfecto, pero era el hombre que ella creía, un hombre en el que realmente podía confiar.

–¡Oh, Sam! Te quiero realmente.

–El sentimiento es mutuo –dijo él y la tomó en sus brazos.

Se dispuso a marcharse media hora después.

–Es verdad que tengo que hacer un montón de llamadas –le dijo–. Por cierto, mi madre quiere que el domingo vayáis a merendar a casa. Piensa que ya es hora de que conozcas a la familia. Es una de esas reuniones que hacemos de vez en cuando.

–Pero no los conozco.

–Ese es el propósito de que vengas. A partir del domingo ya los conocerás. Además, Daisy se lo puede pasar muy bien con mis sobrinos y sobrinas.

Gemma sintió un momento de pánico.

–¿Se lo has contado a tu madre? ¿Lo de la merienda ha sido idea tuya?

Sam sonrió.

–No, no le he dicho nada, aunque creo que lo sabe. Mi madre es muy intuitiva. Lo de la invitación fue idea suya.

Gemma sonrió.

–De acuerdo, si a Daisy le parece bien, iremos.

Capítulo 10

GEMMA vio muy poco a Sam durante los siguientes días.

La lista de pacientes en espera de análisis crecía. Además, las visitas a domicilio eran cada vez más, pues el virus parecía haber vuelto al ataque.

Pero el jueves por la noche, Sam aprovechó para hacerle una visita.

Al abrir la puerta, Gemma le hizo un gesto de que hablara bajito.

–Acabo de meter a la niña en la cama. Si oye que estás aquí, se querrá levantar

Sam sonrió.

–Eso quiere decir que se alegrará de verme –la siguió hasta el salón–. ¿Y tú? ¿Te alegras de verme?

La abrazó con suavidad y, sin esperar ninguna respuesta, la besó tiernamente. Exploró con la lengua los lugares ocultos de su boca.

Gemma respondió con idéntico entusiasmo.

De pronto, sonó el teléfono.

–Doctor Sam –dijo una voz infantil. Parecía atemorizada y confusa.

Gemma se apartó ligeramente para poder recobrar el aliento.

La niña lloraba al otro lado del teléfono.

–Heather –dijo él–. No intentes levantarla. Solo ponla hacia un lado y colócale un cojín debajo. Voy para allá.

Colgó el teléfono.

–Lo siento. Es una de mis madres solas. Últimamente no ha estado muy bien. Tiene el corazón muy delicado debido a unas fiebres que sufrió de pequeña.

Se dirigieron hacia la puerta.

–Era su hija de ocho años –dijo él–. Heather se llama. Fue la primera niña que yo traje al mundo. A pesar de las dificultades, Estela ha hecho un extraordinario trabajo siendo capaz de sacarla adelante.

–Espero que todo vaya bien –dijo Gemma.

–Gracias –salió a toda prisa y no miró atrás. Se metió en el coche y se alejó.

Gemma se quedó pensativa. En más de una ocasión había pensado en lo que le ocurriría a Daisy si ella se enfermara.

Y, peor aún, ¿qué le ocurriría si muriera?

No había mucha gente que pudiera responsabilizarse de ella. Por un lado estaba el irresponsable de su padre. Por otro, estaban sus abuelos, pero ni siquiera la conocían y, además, cada uno tenía sus parejas y una niña de seis años podría no ser, precisamente, bienvenida.

Eso dejaba solo a Emma, su mejor amiga y madrina de Daisy. Pero, en aquel momento, estaba trabajando como enfermera en un remoto lugar de la India.

Realmente, la única posibilidad verdadera que quedaba era Sam. Siempre decía que quería cuidar de Daisy y darle todo el cariño que necesitaba. Pero eso sucedería cuando estuvieran casados. Pero si no lo estuvieran, ¿cambiaría eso las cosas?

¿Cómo podía pensar así? Sam era un hombre íntegro que jamás la traicionaría. Y ella sabía que era así.

Daisy ya había dicho que le gustaba. Había muy buen sentimiento entre ellos y lo había habido desde el primer momento.

¿Qué importaba el poco tiempo con que habían sucedido las cosas? Seguramente Daisy, como ella, tenía la sensación de conocer al doctor Sam desde siempre. Continuamente hablaba de él.

–Bien, mañana hablaré con ella y le contaré lo que sucede entre nosotros. Quiero saber qué piensa de tener a Sam como padrastro.

¿Y si no lo quería? A Gemma se le encogió el estómago ante la idea.

Pero decidió mantenerse firme en su decisión y se quedó dormida.

Soñó con una niña que no era Daisy que se ahogaba y a la que salvaba Sam.

Al despertarse, pensó que quizás la niña fuese Heather.

Estaba ansiosa por llegar al trabajo y averiguar qué había ocurrido con Heather y su madre.

Ellie estaba en recepción cuando Gemma llegó.

Parecía más pálida que de costumbre, pero tenía un brillo especial en los ojos.

–Me alegro de verte, Ellie –dijo Gemma–. ¿Cómo te encuentras?

–Bien –dijo ella y soltó una pequeña carcajada–. Además, tengo una noticia: estoy embarazada. Solo unas semanas, pero no me lo puedo creer. ¡Estoy tan feliz! Dave incluso me llevó a comer el otro día. Hacía siglos que no me llevaba a ninguna parte.

Gemma sonrió.

–Me alegro mucho, de verdad –dijo realmente complacida–. Luego me cuentas todo en detalle. Ahora me tengo que apresurar,

quiero ver al doctor un momento.

–Su último paciente acaba de salir. Puedes entrar ahora.

–Gracias.

Gemma se dirigió a la consulta y llamó a la puerta. Estaba ante el monitor del ordenador y no se dio la vuelta cuando la oyó entrar.

Gemma se quedó sin respiración al verlo allí sentado. Era como el hombre de sus sueños.

–Sam, no querría molestarte –dijo ella–. Pero…

Sam se dio la vuelta.

–Tú jamás me molestarías, Gemma. ¿Qué te parece si me das un beso de buenos días?

Le ofreció sus brazos.

Ella dijo que no con la cabeza.

–Alguien podría entrar y pillarnos.

Sam la miró pícaramente.

–Nadie puede entrar sin llamar primero y siempre puedo decirle que se marche.

Gemma resistió a la tentación. Se limitó a besarle dulcemente las yemas de los dedos.

–Eso es todo lo que obtendrás por ahora, así es que, disfrútalo.

Sam hizo un gesto exagerado y teatral.

–Eres una mujer muy dura –dijo con una sonrisa–. Si no has venido a darme un beso, ¿para qué estás aquí?

–Me he pasado parte de la noche pensando en Estela, la madre de Heather.

La pícara mirada se vio sustituida por otra compasiva.

–Me imagino que te ves de algún modo identificada con ella.

–Sí, algo así –confesó Gemma, sin querer contarle en detalle lo que había estado pensando–. ¿Qué ocurrió? ¿La has enviado al hospital?

–No. Cuando llegué estaba consciente. Tendrá que hacerse una serie de pruebas. Creo que le van a tener que poner un marcapasos.

–¿Y Heather? ¿La dejaste sola en la casa en esas circunstancias.

–Claro que no –respondió él–. Nunca haría algo así. Llamé a una buena amiga de la madre para que se quedara con ella.

Gemma se ruborizó.

–Lo siento. Por supuesto que no pensaba que podrías haber hecho algo así. Lo que me ocurrió ayer es que no podía dejar de pensar en lo que sucedería sí…

–¿Si te ocurriera algo así a ti?

Ella asintió.

Él atravesó la habitación y la tomó en sus brazos.

–Yo cuidaría de Daisy, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –dijo ella.

El resto del día pasó realmente deprisa. Trató de dejar de pensar en Sam y de concentrarse en su trabajo.

A las tres menos diez despidió a su última paciente y recogió todo para salir a buscar a Daisy.

Pero, según se aproximaba al colegio, Gemma sentía un nudo en el estómago. Estaba a punto de preguntarle a su hija la cuestión más importante de su corta vida. ¿Aceptaría o no a Sam como padrastro?

Al volver hacia la casa, ya con la niña, comenzó a llover.

–Lluvia de abril –dijo Gemma, mientras abría el paraguas.

–Pero estamos en mayo, así que es lluvia de mayo –protestó Daisy.

Gemma se rio.

–Tienes toda la razón.

Al llegar a la casa, dejaron sus chubasqueros en la entrada y se fueron directas a la cocina.

–Tengo una idea. Como es viernes, puedes merendar lo que quieras –abrió la nevera–. Hay donuts de chocolate y crema y puedes beber lo que quieras: Coca Cola, Fanta…

Daisy aplaudió complacida.

–Un donuts de chocolate y una Coca Cola, mami.

Gemma sintió un vuelco en el estómago. Cuanto antes debía decirle lo que tenía en mente.

–Mamá, ¿por qué te tiemblan las manos?

Gemma se sentó frente a ella.

–Porque tengo algo que decirte y no sé por dónde empezar. Daisy, sabes que te quiero más que a nada en el mundo y que quiero que seas feliz. Quiero que estemos juntas y felices siempre –su voz estaba temblorosa.

De pronto, la niña se quedó mirando a su madre y los ojos se le llenaron de lágrimas.

–¡Mami, por favor, no te mueras, no te mueras!

Gemma se levantó sobresaltada y agarró a la pequeña.

–Mi vida, no me voy a morir –le murmuró–. ¿Qué te hace pensar eso, mi bebé?

Daisy seguía llorando.

–Pero parece que me vas a decir algo malo, algo que puede hacerme daño. ¡No quiero que te vayas, que me dejes!

Gemma la abrazó aún con más fuerza.

–Hija, te prometo que no es nada de eso. Y, además, no creo que lo que tengo que decirte sea malo. Pero sé que te sorprenderá.

Daisy levantó la cabeza, que había escondido en el pecho de

Gemma.

–Parece algo muy importante.

–Lo es, cariño.

–No tenemos que volver a vivir en Londres, ¿verdad? Yo no quiero. Quiero quedarme aquí, con Katy, y el doctor Sam y la gente de la consulta. Quiero ser feliz.

Tomó el rostro de su hija y la besó.

–Yo también quiero eso –dijo suavemente–. Y eso mismo quiere el doctor Sam. No quiere que nos vayamos nunca de aquí. Así es que me ha pedido que me case con él, pero le he dicho que antes debía preguntártelo a ti.

Gemma trató de mantener la calma, pero su corazón latía enloquecido.

Daisy se quedó pensativa.

–Si te casas con él, ¿será mi papá?

–No exactamente. Será tu padrastro. Tu padre seguirá siendo tu padre.

–¿Papá seguirá visitándome?

–Sí –respondió Gemma, sin querer ahondar en el tema.

Daisy seguía pensativa.

–¿Tendré que seguir llamándolo doctor Sam cuando se case contigo?

Gemma tuvo la sensación de que podía desmayarse de un momento a otro, aunque jamás le había sucedido.

–¿Quieres decir que te parece bien que me case con él?

Daisy asintió y sonrió.

–Sí –dijo por fin–. Me encantaría. Quiero mucho al doctor Sam y me gustaría que fuera mi padrastro. Pero, ¿cómo debería llamarlo?

Gemma sintió una plena felicidad. Le costaba creer que Daisy estuviera tan complacida con la idea.

El resto de la tarde la conversación se centró en la boda.

Daisy fantaseaba sobre cómo sería e incitaba a su madre a hacerlo. Quería saber cuándo tendría lugar.

–Todavía no los sabemos, cariño. Hay muchas cosas que el doctor y yo debemos hablar y concretar.

La niña continuó pensando en los posibles vestidos de novia y en todas las cosas de cuento de hadas que los niños asocian con las bodas.

Daisy preguntó si podía llamar a Katy para contárselo. Pero su madre le explicó que todavía no lo sabía la familia de Sam y que era conveniente esperar.

–Sé que es difícil que guardes el secreto y no se lo cuentes a tu mejor amiga. Pero queríamos que la primera en saberlo fueras tú, pues eres la persona más importante de nuestras vidas.

Necesitábamos que nos dieras tu bendición.

–¿Y lo he hecho?

–Sí, claro que lo has hecho.

Daisy suspiró aliviada.

–Me alegro mucho –dijo la pequeña–. Ahora debería irme a la cama, porque estoy muy cansada.

Gemma llamó inmediatamente a Sam mientras la niña dormía plácida, pero no pudo hablar con él de inmediato.

Cuando finalmente contactó con Sam le dijo lo sucedido.

–He hablado con Daisy.

Sam sonó nervioso.

–¿Y?

–Está feliz e impaciente de que llegue el día de la boda.

Sam respiró aliviado.

–¡Bien! Gracias a Dios, estaba realmente temeroso.

–Yo también. Pero tú tenías razón, todo ha salido bien.

–Iré para allá.

–Pero estás de guardia.

–¿Y qué? Mi móvil funciona igual de bien en mi casa que en la tuya.

Llegó pocos minutos después y, en cuanto entró en la casa, besó a Gemma. Luego, la tomó en sus brazos y la llevó hasta el salón.

–¿Estás contenta? –le preguntó él.

–Siento que me hubiera quitado un gran peso de encima. No te puedes imaginar lo que me preocupaba. No sé lo que habría hecho de no haber sido así. Lo que me ocurre ahora es que estoy exhausta.

–Cansancio emocional, amor mío.

–Me encanta cuando me llamas amor mío. Me hace sentir segura, querida…

–Y feliz.

Ella sonrió.

–Más feliz de lo que he estado jamás.

–Pues prepárate para ser feliz durante mucho, mucho tiempo. Y ahora, vete a la cama. Yo me vuelvo a casa. Quiero verte subir a tu cuarto.

Cuando Gemma había llegado casi arriba se volvió.

–Doctor Sam –lo llamó y le lanzó un beso.

–Buenas noches, duerme bien.

Así lo hizo. Se metió en la cama y no supo nada más del mundo hasta la mañana siguiente.

El sábado pasó como la mayoría de los sábados.

No pudo ver a Sam, porque tenía una reunión en Bournemouth,

donde tendría que estar toda la tarde.

Pero, a pesar de que tenía ganas de estar con él, eso le daba la oportunidad de seguir con la rutina normal, de modo que Daisy no se sintiera abrumada por los cambios.

No obstante, los planes para el futuro eran el principal tema de conversación para la niña.

Daisy estaba obsesionada con cómo debía de llamar a Sam.

–Se lo voy a preguntar mañana –decidió ella–. Durante la merienda en casa de sus padres.

–Quizás sería mejor que algo así lo discutiéramos los tres a solas. Habrá mucha gente y puede que no todos sepan que nos vamos a casar. Tal vez, solo se lo haya dicho a su madre y a su padre.

Gemma estaba completamente equivocada. Para cuando ella y Daisy llegaron a la casa, ya todo el mundo sabía que se habían comprometido.

Sam abrió la puerta y pidió disculpas.

–¡No te enfades conmigo! Se lo he tenido que decir antes de que llegaras.

Daisy intervino.

–Mamá no se va a enfadar contigo, porque te quiere.

Sam tomó a la niña en brazos.

–¿Estás segura de eso?

Daisy asintió.

–Totalmente segura.

Sam sonrió.

–¿Puedo darte un beso?

–¿Porque vas a ser mi padrastro?

–Por eso y porque estás dispuesta a compartir a tu mamá conmigo.

–¿Porque os he dado mi bendición?

–Exactamente.

Daisy ofreció su rosada mejilla.

–Aquí –señaló con el dedo.

Sam le dio un sonoro beso.

–Y otro aquí –le ofreció la otra y se repitió la operación.

–Unámonos al resto, están ansiosos de hablar con vosotras.

Cuando estaban a punto de entrar, Gemma se detuvo.

–Me da miedo. Tienes una familia tan numerosa, y nosotras no tenemos a nadie.

–Mi familia es la tuya.

Así fue desde el primer momento. Las recibieron con los brazos abiertos y a nadie le importó el hecho de que se quisieran casar

después de haberse conocido solo durante unas semanas.

–A Mark y a mí nos ocurrió lo mismo –dijo Mattie, la esposa del hermano de Sam.

Fue un caso de amor a primera vista. Los padres también estaban felices. Pero, después de todo, también a ellos les había sucedido.

La tarde fue un éxito y todo el mundo hizo que Gemma y Daisy se sintieran realmente cómodas.

La niña se divirtió de lo lindo con los otros niños. Después de merendar, Nicola, Paul, Fliss, Tom y la pequeña Lucy llevaron a Daisy al patio para jugar. El señor y la señora Mallory, acompañados del más pequeño de todos, salieron al jardín con ellos para vigilarlos.

La fiesta concluyó a las siete.

Cada familia se montó en su coche y partieron hacia sus casas, después de un montón de besos de despedida. Todos dieron la última enhorabuena a Sam y a Gemma.

Gemma se despidió de los señores Mallory.

–Tenemos que irnos ahora –les dijo–. Les doy las gracias por esta tarde tan bonita y por habernos acogido tan bien. Tienen ustedes una familia encantadora.

–Y ahora formáis parte de ella –respondió la señora Mallory. Se inclinó y besó a Daisy–. Nos has traído otra estupenda nieta.

El doctor Mallory las besó a las dos.

–Me alegro mucho de que estés entre nosotros. La verdad es que había previsto que esto llegaría.

Gemma lo miró sorprendida.

–¿Cómo?

El hombre se dio unos golpecitos en la nariz.

–Intuición. Las mujeres no tienen el monopolio de la intuición. Y también sé que si no fueras estupenda, Sam se habría dado cuenta.

Capítulo 11

LOS DÍAS siguientes a la merienda familiar fueron agitados pero tremendamente felices.

La noticia se extendió rápidamente por el pueblo, que no dejaba de darles la enhorabuena.

Gema se lo dijo a Ellie el lunes por la mañana y le dio permiso a Daisy para que se lo contara a Katy.

Ellie se alegró de la noticia.

–Sam y tú hacéis una estupenda pareja –dijo–. Y me parece perfecto para Daisy tener un hombre como Sam en casa. Es una persona muy especial y será capaz de quererla y cuidarla como se merece.

–Lo sé –dijo Gemma–. Ella lo adora. ¡Estoy tan feliz! No me puedo creer que todo esto esté sucediendo. Todo lo que siempre he deseado me está ocurriendo desde que he llegado a Mary St. Blaney.

–Y yo me he quedado embarazada. Eres tú la que ha traído la magia a este pueblo.

El martes a las once, en pleno ajetreo del día, un ruido fuerte los sobresaltó.

Había sido el sonido de unos frenos, seguido de un golpe.

El doctor Mallory y Sam salieron de las consultas. Gemma emergió de la sala de análisis.

Salieron fuera y vieron un coche rojo que estaba atravesado en mitad de la calle, con su largo morro empotrado en una pared.

Un Land Rover que se disponía a salir del aparcamiento también había sido golpeado. Era el coche de Steve Smith, uno de sus pacientes.

Steve salía del coche, pálido y tembloroso.

–No ha sido mi culpa –dijo–. Ese idiota apareció a toda velocidad. No pude evitar el golpe.

Sam lo apaciguó.

–Está bien, Steve, espera aquí y respira hondo.

El conductor del otro coche estaba caído sobre el volante.

De pronto, Gemma se dio cuenta de que el coche le resultaba familiar.

Cuando Sam se aproximó, Gemma lo alertó.

–¡Dios santo! Es Neil –dijo, mientras apartaba a Sam para ver con más detenimiento al conductor.

Neil gimió.

–No te muevas –le dijo Sam–. Podrías tener el cuello roto. Quédate así un momento. Gemma, trae el maletín de emergencias y un collarín.

Gemma asintió, no sin sentirse ligeramente perturbada.

Pero años de práctica podían con cualquier situación difícil.

–¿Necesitas algo más? –preguntó con voz firme y serena.

–Dile a Ellie que llame a una ambulancia. Avisa a mi madre para que nos ayude en la consulta y que informe a los pacientes de que se van a retrasar todas las citas.

Sam daba órdenes siempre con un tono contenido y calmado que infundía mucha confianza.

Mientras hacía todo lo que le habían pedido, Gemma sentía una serie de sentimientos encontrados. Por un lado estaba furiosa de la estupidez de Neil, por otro estaba ansiosa y preocupada.

Pero le extrañaba el sentimiento de distancia que sentía, como si no se tratara de su ex marido.

Si en lugar de él hubiera sido Sam, las cosas habrían sido muy diferentes. Apartó de su cabeza semejante pensamiento.

Sam estaba inclinado sobre el accidentado. Estaba sujetando su cabeza y hablaba con él en voz baja.

Miró a Gemma y sonrió.

–Desde el asiento del copiloto, ponle el collarín, mientras yo le sujeto la cabeza.

Muy cuidadosamente, con una mano en la frente y la otra en la nuca, Sam colocó el cuello y la cabeza, de modo que Gemma pudo colocar, sin problemas, el collar.

–¿Te encuentras mejor así, Neil? –le preguntó Sam.

–Mmmm –farfulló Neil y Gemma lo miró fijamente, preguntándose si estaría o no plenamente consciente.

Sam le leyó el pensamiento.

–Si me traes el oftalmoscopio podré examinarle los ojos y saber qué es lo que le ha pasado.

–Sí, claro –con rapidez miró en la bolsa de primeros auxilios y encontró el instrumento.

Sam examinó a Neil.

–Las pupilas están iguales y la dilatación es normal –le dio unas cuantas palmadas en la mejilla–. Vamos, muchacho, es hora de despertarse.

Neil murmuró algo y parpadeó, hasta que abrió los ojos.

–¿Dónde diablos…? ¡Me he dado contra el muro! –de pronto se atemorizó–. ¡No me puedo mover!

–Se supone que no debes moverte –dijo Gemma–. Tienes un collarín puesto y una herida considerable.

–De acuerdo –dijo Neil apretando los dientes–. Pero es mi pierna la que me está torturando.

Gemma respiró aliviada. Por suerte estaba plenamente despierto y consciente.

–¿Qué pierna? –le preguntó Sam.

–La derecha. Tengo la sensación de que mi rodilla fuera a estallar –el rostro se le contrajo de dolor.

Gemma le agarró la mano para reconfortarlo.

–Miraré a ver qué te ha ocurrido. Pero no quiero moverte hasta que no llegue la ambulancia –le dijo Sam–. Puede que el cuello esté lesionado, así que tendré que examinar la pierna sin sacarte de ahí. ¿Tienes algún dolor más: el estómago, el pecho, los brazos…?

–No que yo sepa –dijo, retorciéndose de dolor.

–Tendré que cortarte el pantalón por encima de la rodilla. –dijo Sam

–¡Qué importa eso! –dijo Neil–. Por Dios, que me quiten el dolor cuanto antes.

Gemma le dio a Sam unas tijeras.

La rodilla estaba muy inflamada.

–Es normal que te duela de ese modo. La rodilla está dislocada y, seguramente, habrá varias roturas. Pero yo no puedo hacer nada aquí. En el hospital determinarán qué es lo que se debe hacer. Lo que sí puedo es darte algo para el dolor. Prepárame 50 mg de pethidine, Gemma.

Sam le inyectó el analgésico, mientras se oía a la ambulancia aproximarse.

–Hará efecto rápidamente y durará hasta que llegues al hospital –le dijo.

Neil asintió.

–Ven conmigo, Gemma –le rogó Neil.

–Por supuesto –dijo ella, mientras pensaba en la fría compasión que sentía, más profesional que otra cosa. Lo besó con esa misma frialdad en la mejilla.

Pronto lo metieron en la ambulancia.

Sam le agarró la mano a Gemma.

–Cuídate –le dijo–. Y recuerda que estoy al otro lado del teléfono.

–Gracias –le dijo–. Trataré de estar de vuelta a la hora de salida de Daisy.

–No te preocupes por eso. Yo la recogeré. Y dile a Neil que no se preocupe por el coche. Yo me ocuparé de todo.

Claro que lo haría. Gemma sintió un vuelco en el corazón. Aquel

hombre tenía una gran capacidad de amar y de preocuparse por los demás. Como Ellie había dicho, era alguien muy especial.

El reloj de la iglesia dio las seis cuando Gemma llegaba a su casa. Se bajó del taxi y suspiró reconfortada. ¡Qué alegría le daba estar en casa! Tenía la sensación de llevar días fuera de casa, cuando solo habían pasado unas cuantas horas. Durante todas aquellas horas no había sino estado hablando con Neil y cada palabra, cada frase, le demostraba fehacientemente cuán diferentes eran.

Estaba cansada y algo decaída, después de un día de intensas emociones. Ansiaba una taza de té y algo de comer. Pero, sobre todo, quería ver a Daisy y a Sam.

Debían de estar a punto de llegar, por lo que le habían dicho por teléfono.

Levantó la vista y vio a los dos aproximándose a través de la verde pradera que separaba la consulta de la casa.

Daisy corrió al encuentro de su madre.

–¿Cómo está papá? –preguntó de inmediato–. ¿Está bien?

Gemma la abrazó con fuerza.

–Estará bien. Le han hecho todo tipo de pruebas y lo están tratando. Muy pronto se habrá repuesto. Te manda un beso.

Neil no había pensado ni un solo instante en su hija, pero eso era algo que Daisy no tenía por qué saber.

–¿Se tendrá que quedar en el hospital?

–No, se irá a casa de un amigo –sonrió cariñosamente a su hija.

Sam y Gemma se miraron. ¡Tenían tantas cosas que decirse!

–Debes de estar exhausta. Has tenido un día muy duro. Te preparé un café –dijo él.

–Yo también he tenido un día muy duro –dijo Daisy, haciéndose la importante.

–De acuerdo. Pues, para ti, habrá limonada casera –le ofreció Sam.

–¡Limonada casera! ¡Qué rica! Y, ¿por qué hay limonada casera? ¿Estamos celebrando que papá no se tendrá que quedar en el hospital?

–Por ejemplo –dijo Sam–. Pero también, que es un día especial porque vamos a fijar el día de nuestra boda. Yo creo que, cuanto antes lo fijemos, mejor.

Gemma abrió los ojos alarmada.

–¿Qué quieres decir con fijar la fecha de nuestra boda? Pensé que íbamos a esperar. Tenemos que hablar de muchas cosas, dónde vamos a vivir, Daisy necesitaba tiempo…

Daisy se acercó a su madre.

–Yo no necesito tiempo, mamita –dijo con entusiasmo–. Quiero a Sam y tú lo quieres también y yo quiero vivir en su casa. Hay muchas habitaciones y necesitaremos sitio cuando tenga más hermanos.

Gemma miró a ambos y se preguntó de qué habrían estado hablando en su ausencia.

Sam sonrió.

–Los niños siempre dicen lo que piensan y la lógica es aplastante –le dijo él.

–¿Qué lógica? –preguntó ella.

Sam se dispuso a responder.

–Pues…

Gemma lo advirtió con la mirada de que no respondiera, pues fuera cual fuera esa respuesta los conduciría a un sinfín de preguntas de la niña.

–Me lo explicarás más tarde –dijo ella y se volvió hacia la niña–. Y yo creo que tú te mereces un abrazo.

–¿Por qué? –preguntó la pequeña.

–Porque los dos tenéis razón –incluyó a Sam con una sonrisa–. No hay ninguna razón por la que no debamos casarnos cuanto antes.

–Bien –dijo la niña.

–Yo secundo eso –dijo Sam–. Y ahora, ¿qué os parece si hago unas tortillas para cenar? Una grande para mí, otra mediana para mamá y otra pequeña para Daisy.

–¡Bien, como los tres osos!

–Exactamente.

A las ocho en punto, Daisy ya estaba en la cama y Gemma y Sam estaban en el sofá, sentado el uno junto al otro.

Ambos ansiaban estar en brazos del otro, pero tenían que hablar de Neil.

–Aunque apenas si conozco a tu ex marido, he de confesar que tiene mucho que ver con que estemos aquí.

Gemma lo miró sorprendida.

–No entiendo a qué te refieres.

Sam la miró fijamente a los ojos.

–Lo que quiero decir, Gemma, es que desde la primera vez que lo vi irse de aquí, conduciendo como un maníaco, he tenido celos de él. Entonces no sabía que era tu ex marido, pero lo vi cómo te besaba y pensé que era alguien especial. Cuando apareció en la consulta, llegué a la conclusión de que todavía lo querías y deseabas

volver con él –bajó la cabeza–. Hoy, también he sentido celos. Te he visto tan cariñosa, tan comprensiva con él. Por suerte, el trabajo me ha mantenido ocupado.

Gemma lo miró sorprendida.

–¡Sam, por favor! Ya estaba convencida de que no había nada, pero lo de hoy me ha certificado que realmente no queda nada –dijo ella–. Te aseguro que, si no fuera por Daisy, no volvería a verlo jamás.

Sam respiró profundamente.

–¿Había venido a ver a Daisy?

–No. Había venido a hablar conmigo, porque le he escrito una carta contándole lo de nuestra boda.

–¡Oh, Gemma! Llevo tanto tiempo esperando que aparecieras que, a veces, el miedo a perderte me ciega. Casémonos cuanto antes.

Gemma lo tomó de las manos.

–De acuerdo, pero vamos a complacer a Daisy y a tus padres. Nos casaremos en la parroquia del pueblo, tal y como ha hecho toda tu familia durante generaciones. Y tendremos que invitar a…

–¿El viejo Harry Trotter? –sonrió Sam–. Va a ser una boda de cuento de hadas. Me gusta la idea. Porque soy como mi padre. Me gusta la continuidad, me gusta que la familia continúe con el trabajo, me gusta conocer a mis pacientes. No podría vivir ni trabajar en otro lugar y espero que Daisy y tú lleguéis a amar este lugar.

–¡Ya lo amamos, Sam!

Gemma cerró los ojos en espera del beso que había de venir. Pero el beso no llegó. Gemma abrió los ojos intranquila.

–¿Qué ocurre, Sam?

–Nada, mi amor. Solo que me he quedado fascinado mirando tu rostro.

–¡Eres un romántico!

–Todos los hombres Mallory lo somos. Esa es la virtud que nos ayuda a mantener a nuestro lado a nuestras mujeres después de haber dicho sí quiero en el altar –levantó la ceja interrogante–. ¿Cuándo va a ser eso?

–Dentro de seis semanas, en junio –dijo Gemma–. Y te prometo que será para siempre.

Epílogo

TIMOTHY y Tara lloraron sin parar durante toda la ceremonia de bautismo.

–Es una buena señal eso de que lloren tanto –dijo el viejo Harry Trotter–. Eso quiere decir que están sanos.

Mucha gente alrededor de él le indicó que se callara, pero la familia Mallory se limitó a sonreír.

–Cuando paren de llorar ya no podrán llorar más –dijo Daisy, esperanzada.

–Dejarán de llorar cuando crezcan –dijo Katy.

Gemma y Sam estaban oyendo la conversación de las pequeñas y sonrieron.

Sam apretó la mano de su esposa y le sonrió.

Ambos recordaban que hacía exactamente un año habían estado ante ese mismo altar dándose el sí del matrimonio.

La iglesia había estado repleta de invitados y el suave olor de las flores lo había inundado todo.

Daisy había llevado un vestido que era la réplica exacta del de su madre, solo que en pequeño.

Gemma no pudo controlar las lágrimas. El recuerdo de aquel momento tan feliz la había conmovido. Tal vez, había sido el olor de las flores lo que le había llevado a la memoria tan preciado recuerdo.

Sam la agarró con más fuerza, mientras el sacerdote pronunciaba las palabras.

–En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo os bautizo… –dijo él –. Y ahora, como petición especial de la hermana de los gemelos, cantemos Sale el sol.

Toda la congregación se puso en pie y entonó al unísono el alegre canto.

Era casi media noche. Sam y Gemma estaban en el dormitorio, dando de comer a los pequeños recién nacidos. Gemma le daba el pecho a uno, mientras Sam le daba un biberón extra al otro.

Gemma sujetaba con una mano al bebé, mientras con la otra anotaba algo en su diario.

Sam tenía un libro sobre las piernas, pero no estaba leyendo,

sino que observaba entusiasmado a la madre.

–¡Ojalá pudiera pintar! No sabes lo hermosa que estás cuando le das de mamar –dijo él.

Gemma se rio.

–¡Pero si ya has tomado un millón de fotos! Y casi quemas la cámara de vídeo.

–No es lo mismo. Me gustaría saborearte de otro modo.

Gemma sonrió.

–Tú mismo. Sírvete a placer –respondió ella.

–Sabes que no quería decir eso –se inclinó sobre ella y le besó sensualmente el cuello–. Aunque no me importaría nada.

Gemma cerró su diario.

–¿Has terminado? –preguntó Sam–. Has sido muy rápida hoy. Pensé que te llevaría algo más de tiempo.

–¿Por qué particularmente hoy? –preguntó ella con una sonrisa seductora–. ¿Que soy la mujer más feliz del mundo y que ha sido la guinda perfecta para un año maravilloso? Nos has querido y nos has cuidado a Daisy y a mí, y, encima, hemos crecido como familia.

El reloj de la iglesia dio las doce.

Tara terminó de comer y Sam le quitó el biberón para que no se tragara el aire.

–¿Cómo puedes tener el poder de una aspiradora con una boca tan pequeña? –le dijo a la pequeña con una sonrisa burlona.

Tara lo miró con sus grandes ojos muy abiertos y eructó.

–Creo que esta es la respuesta –dijo Gemma con una carcajada.

Sam se aproximó a ella y la besó.

–¿Sabes? La boca de Tara es como la tuya.

Gemma miró a su hijo.

–Y Timothy tiene tu nariz.

–¡Me congratula que así sea! Son la perfecta combinación de los Fellow y los Mallory.

–Creo que el viejo Harry lo llamaría de algún modo especial.

–Se le admite todo –dijo Gemma–. ¡Seré feliz lo llame como lo llame!